





Diario de los sucesos de la Revolución
en la Provincia de Antioquia en
los años de 1840-1841

María Martínez de Nisser



Martínez de Nisser, María, 1812-1872.

Diario de los sucesos de la revolución en la Provincia de Antioquia en los años de 1840-1841 / María Martínez de Nisser. -- Medellín : Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2012.

106 p. ; 24 cm. -- (Colección bicentenario)

ISBN 978-958-720-126-0

1. Antioquia (Colombia) - Historia 2. Colombia - Historia - Guerras Civiles, 1830-1902
3. Colombia - Historia - Siglo XIX

I. Tít. II. Serie

986.21 cd 21 ed.

A1343323

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

Diario de los sucesos de la revolución en la provincia de Antioquia en los años de 1840-1841

Primera edición: Benito Gaitán, Bogotá, 1843

Segunda edición: Editorial Incunables, Bogotá, 1983

Primera edición en la colección Bicentenario de Antioquia: junio de 2012

© María Martínez de Nisser

© Colección Bicentenario de Antioquia

© Fondo editorial Universidad EAFIT

Carrera 48A No. 10 sur - 107

Tel.: 261 95 23. Medellín

ISBN: 978-958-720-126-0

Diseño de carátula: Miguel Suárez

Editado en Medellín, Colombia

*
Contenido

Amores y batallas de María Martínez de Nisser <i>Patricia Nieto</i>	7
A los honorables senadores y representantes del congreso constitucional de 1843	15
Introducción	17
Diario. Durante la facción de Córdoba	
Octubre, 1840.....	21
Noviembre, 1840	28
Diciembre, 1840	31
Enero, 1841	37
Febrero, 1841.....	44
Marzo, 1841	50
Abril, 1841	58
Mayo, 1841.....	78





*Amores y batallas de María Martínez de Nisser**

Por Patricia Nieto

El viento traía el frío del páramo hasta la plaza de Sonsón donde soldados andrajosos preparaban escopetas y lanzas al frente de la iglesia de paja. La noche se convertía en la madrugada del 20 de abril de 1841 y en la casa de los Martínez Arango las mujeres gritaron de horror cuando María inclinó la cabeza un poco a la derecha y con pulso firme cortó su negra cabellera de veinticuatro años.

No permitió que guardaran ni un mechón de su cabello para entregárselo a Pedro Nisser cuando volviera de prisión, porque la única ofrenda que ese sueco aventurero merecía era su vida entregada por amor. Una pasión que se encendió en el pecho de Pedro cuando viajó como médico a Sonsón, después de comprobar que por las lomas de las montañas no corrían los ríos de oro que le pintara un amigo en Suecia, y se encontró con los ojos negros de María. Pedro se había atrevido a atravesar el mar y a doblegar cordilleras en compañía de seis aventureros más, entre los que estaba el primer De Greiff encargado de fundar la dinastía que sabemos.

Pedro perdió el sueño cuando se enteró de que el perfecto inglés de María era obra de un enamorado minero londinense próximo a regresar para llevarla al altar. La cura para su mal fue saber por los propios labios de la amada, que pasados diecisiete largos meses, la ausencia y el silencio en lugar de avivar las esperanzas lo condenaron al olvido.

* Este texto fue publicado inicialmente en el periódico *La Hoja*, Medellín, 1994.

Se casaron en la pequeña iglesia de piso de tierra en 1831. Ella sin cumplir los quince y él pasado de los treinta; ella con el cabello por debajo de los hombros y él con una testa calva; ella católica y él protestante; ella con la bendición del padre José Tomás Henao que perdonaba los pecados si los hombres llenaban los campos de maíz y él con permiso del Obispo; ella con la compañía de sus hermanos menores Isaac, Alejandra, Bonifacio, Ezequiel, Segunda, Celia, Victoriana, José Manuel y Ursulina, y él con las bendiciones que desde el otro lado del mar le enviaba su madre Sara Margareta.

Ahora su cabeza parecía la de un soldado raso y su cuerpo ocultaba las voluptuosidades, que enloquecían a Pedro, en un uniforme rojo y verde confeccionado contra el tiempo a la luz de una vela. Un beso en la frente fue la despedida de Pedro Martínez, su padre, maestro como ellas, y un abrazo intenso el adiós de Paola Arango, su madre, que en los días siguientes no se movió ni un minuto del altar donde en 1803 cantaron el primer *Te Deum* al ritmo del arpa de don Ramón Echandía, un maestro chapetón.

“Como a las siete monté a caballo en compañía de mi padre y de mis dos hermanos, me presenté en la plaza en donde estaban ya formados para marchar cincuenta y tantos voluntarios, y dirigiéndome al señor Henao hablé en estos términos: ¡mayor Henao! el amor a mi patria y a mi esposo me han puesto en este traje; desde que traidores comenzaron a oprimir a esta armada provincia estoy resuelta a ofrecer mi débil cooperación al bien de mi patria, y con ansia aguardaba este momento, tanto más, cuando he visto los oprobios y vejaciones que han sufrido algunos de mis paisanos, y los que actualmente sufre mi adorado esposo [...]”,¹ escribió María una noche después en el campamento de guerra en Abejorral, cuando ya tenía por tarea limpiar fusiles y componer los dañados.

Pedro mataba las horas de prisión puliendo los mapas de las montañas del sur de Antioquia, tarea que aprendió en el taller europeo donde también inventó una máquina de vapor que estrenó el 3 de diciembre de 1816, y pensando en la “niña suiza” zalamera que unas noches antes le suplicó casi de rodillas le permitiera acompañarlo para comprobar la verdadera fuerza que los enemigos tenían dispuesta en Rionegro.

Pedro y María, que se quedaron solos para siempre porque sus dos pequeños murieron bajo el inclemente sol de las minas de oro de Anorí, comenzaron a trabajar en la defensa de la Patria desde meses atrás, pero sus compromisos se

¹ En el presente libro, p. 69

intensificaron en los primeros meses de 1841. Desde octubre del año anterior los gobernadores, nombrados entre los seis candidatos que proponían las cámaras provinciales, se declararon Jefes Supremos en cada zona del país. Se trataba de una supuesta defensa de la idea de un gobierno federado, pero escondía la venganza de los liberales que no soportaban el dolor de la derrota y quisieron quemar los últimos cartuchos en una guerra a muerte.

Salvador Córdova, de la misma casta del héroe de Ayacucho, era el Supremo de Antioquia y viajaba por todos los campos de Antioquia sometiendo a la fuerza a quienes se le oponían. El doce de noviembre llegaron treinta de sus hombres a Sonsón, allanaron posesiones, persiguieron a los pobres, capturaron a veinte campesinos, intentaron recoger cincuenta y cinco mil pesos para financiar la guerra, se acomodaron en la plaza donde a María se le calentó tanto la sangre que le confesó a Andrea, su amiga del alma, la intención de coger una lanza y meterse a la guerra con tal de atravesar a los malvados.

En los meses siguientes se dedicaron en cuerpo y alma a la preparación de la batalla que todos consideraban de improbable ocurrencia. Ella, a capturar noticias en la boca de los viajeros, en las letras de *El Cometa* (periódico de la oposición), a coser uniformes para los soldados, a celebrar con ocho amigas cada que se conocía de una baja en las filas de Córdova y a escribir el diario de campaña. Él, a reunir hombres capaces de formar un pequeño batallón de apoyo, a desafiar la oscuridad de la noche para viajar a alguno de los pueblos vecinos con el fin de ajustar detalles y recoger información para perfeccionar los planos de la región, a pelear en la batalla de Itagüí donde no hubo vencedores, pero desgranó amenazas, emboscadas y traiciones, a medicarle a Hilario Jaramillo, preso en manos enemigas, un brebaje que lo ayudó a escapar de la cárcel con el pretexto de usar el baño, y a llevar razones a Rionegro exponiéndose a que, como ocurrió, lo atraparan en la mitad del camino y lo condenaran al destierro.

María esa tarde la pasó tan afligida que, sin saber el porqué, soportó el viento helado que azotaba la entrada del camino de Rionegro. Su cuerpo quería estar en el pueblo puliendo las lanzas, recogiendo plomo para hacer balas, ubicando centinelas o cosiendo camisas, pero su corazón no se apartaba de los ojos claros y adoloridos de su esposo, que a esa hora caminaba descalzo en una prisión al otro lado de la montaña. Cuando la vio ahí tan sola, un hombre sin bajar de su caballo, movió levemente la cabeza y ella entendió la razón de su dolor.

Corrió por un sendero destrozado por las eternas lluvias de Sonsón, se metió en la casa a coser su propia blusa de soldado, cortó su larga cabellera y se entregó

al ejército que a las tres y media de la tarde del 29 de abril salió de Abejorral con más de cien voluntarios y ciento diez lanceros de Mariquita.

Como a las ocho de la noche llegamos al río Arma, el cual desde su nacimiento tiene un curso por un valle profundo, siendo sus orillas estrechas y escarpadas, por lo que en muy pocas partes ha sido posible formar un paso. Mis hermanos colgaron un caucho para favorecerme del golpe del agua, y sentada sobre una raíz al borde de un río, que por momentos se crecía, pasé la noche [...] Cuando desperté, me horroricé de conocer dónde habíamos pasado la noche, un estrecho terreno pantanoso, una senda casi por desfiladeros contemplaban mis ojos.²

Sólo comió caña de azúcar hasta que entraron exhaustos a Pácora donde la viruela tenía fundida a la gente. Con más miedo a la epidemia que al enemigo pasó la noche más corta de su vida, porque antes del amanecer, otra vez desafiando los rigores de una naturaleza en invierno, cogieron el camino de Salamina, pueblecito alto, católico y cubierto de nubes a donde esperaban atraer al enemigo.

El coronel Braulio Henao dividió la tropa en cinco compañías: cuatro de fusileros y una de los lanceros, compuesta por los desnudos y llaguentos voluntarios de Mariquita. En ninguna figuraba María, rendida a esa hora por una fiebre que le hacía ver a Pedro amarrado a un calabozo suplicándole amor y a Bolívar sentado sobre un cañón botado en el mar y mostrándole el nombre de Salamina. Cuando despertó, Henao tenía ubicado al enemigo en la cuesta de la Frisolera. Marcelino Palacios le consiguió una lanza, y ella se paró con otras mujeres que se le unieron en línea recta a lo largo del filo de la carretera. Lo demás fueron estruendos que ella jamás había oído y balas que le zumbaban en la oreja. En su pecho palpitaba también el corazón de Nisser.

Todavía en el campo humeaban los últimos fuegos cuando María montó su caballo y auxilió durante toda la tarde y toda la noche a los ocho héroes heridos de Salamina. A la media noche se supo de la captura del Supremo y los soldados se estrecharon en largos abrazos que no terminaron hasta el 14 de mayo en la plaza principal de Medellín donde les prepararon un elevado trono vestido de púrpura, custodiado por señoras que lanzaban rosas al aire, los coronaron con

² *Ibid.*, p. 75.

ramas de laurel y a María le entregaron una medalla que luego fue a parar al museo de Estocolmo.

María llegó radiante a la idílica Medellín de la mano de su Pedro Nisser que, una vez liberado, salió a su encuentro en Abejorral. “Sentí una de aquellas emociones que el corazón suele sentir sin saber la causa. Mi pensado esposo corrió a mis brazos”,³ escribió María en la primera noche de paz y amor en Abejorral. Juntos caminaron por Sonsón, La Ceja y Marinilla, donde los recibieron con arcos florales y Pedro volvió a ver muchachas del color propio de las mujeres de su tierra.

En varias ocasiones Nisser volvió a ver a las jóvenes suecas correteando por los campos, cuando intentaba atraer inversionistas para el negocio de las minas en América y recolectar los objetos para una gran exposición de Suecia en Bogotá. En esas estaba cuando, ya viejo, lo sorprendió la noticia de la muerte de María el 18 de Septiembre de 1872 en su vieja casita de la Plazuela de San Ignacio en Medellín. Su corazón, que desde hacía más de cuarenta años palpitaba en el cuerpo de María, apenas le alcanzó para atravesar una vez más el mar y subir la empinada cuesta que llevaba al cementerio de San Lorenzo. Un hombre desconocido cargó la lápida de mármol y bronce por el camino empedrado y ayudó a pegarla en una tumba a ras del suelo casi cubierta por el barro.

Con las últimas palpitations volvió a Suecia donde su fatigado corazón se sentía como nunca antes prisionero. Tomó otro buque en busca de la libertad que sólo le daría el último suspiro de amor al lado de María, pero su cuerpo encalló para siempre en el cementerio inglés de Jamaica.

³ *Ibid.*, p. 99.





*Maria
Martinez
de Nisser*

*DIARIO
DE LOS
SUCESOS DE LA REVOLUCION
EN LA
PROVINCIA DE ANTIOQUIA
EN LOS AÑOS DE
1840-1841*

Facsímil de la carátula del libro publicado en 1843.





*A los honorables Senadores y Representantes
del Congreso Constitucional de 1843*

Señores:

A vosotros, hijos predilectos de mi patria, en cuya sabiduría y experiencia descansa la esperanza del pueblo granadino: a vosotros que os habéis reunido con el sagrado objeto de cicatrizar las heridas políticas, consolidando el respeto y la inviolabilidad de la constitución ultrajada: a vosotros tengo la honra de dedicar las siguientes páginas que encierran una breve narración de los acontecimientos de la provincia de Antioquia, acaecidos durante la revolución.

He determinado, honorables señores, que mi pluma nada versada, apareciese delante de vosotros y de los demás granadinos ilustres por sus hazañas patrióticas y dignas del aprecio nacional, tanto por la firmeza de su carácter, como por sus nobles esfuerzos en la lucha contra la más negra facción, alimentada por la maldad, por la indiferencia y por la apatía que en general reinaba en todos los ángulos de esta desgraciada patria; persuadida que sólo vosotros tendréis un vivo interés en recordar los hechos patrióticos y aquel fuego sagrado que os animaba cuando aspirabais a desplegar vuestros deseos imitando al héroe desinteresado, al esclarecido Neira, quien con una muerte prematura selló la gloria de su vida, y cuyos hechos brillarán eternamente, como el emblema del mas acrisolado patriotismo. Vosotros mirareis con indulgencia, me atrevo a esperar, lo imperfecto de la narración que tengo el honor de ofrecer, suplicándoos dignéis aceptar con benevolencia, ésta débil demostración de mi

*

Diario de los sucesos de la revolución en la provincia de Antioquia en los años de 1840-1841

sincera gratitud, única razón porque se publica esta relación imperfecta, por la particular distinción con que me he visto honrada concediéndome honores, por un decreto, que tuvisteis la dignación de expedir en mi favor, solo por haber cumplido los sagrados deberes impuestos por la patria, cuya imagen reverenciaré hasta la última hora de mi existencia; teniendo siempre presentes estas palabras del inmortal Bolívar: *ningún esfuerzo por la patria es sacrificio, solo se cumple con una ley natural.*

Bogotá, enero 2 de 1843

Honorables Senadores y Representantes

María Martínez de Nisser

*



Introducción

Las relaciones históricas, tanto la sagrada, como la profana, nos presentan las continuas convulsiones políticas, en que las pasiones humanas se despliegan en todos sus grados imaginables; y a la vez que unas nos pintan el esplendor de las virtudes y del verdadero patriotismo, otras nos hacen ver hasta qué punto ha podido llegar la malignidad de los enemigos del reposo social. —La posteridad se acordará siempre con horror de aquellos, que con un poder legítimo o usurpado, levantaron su trono sobre la sangre de sus semejantes, como medio único para asegurar su dominio robado y satisfacer su desmesurado orgullo. —¡Quién no se estremece al contemplar, que en las épocas de los Herodes, Nerones y Robespierres, fue muy crecido el número de sus satélites!—Pero también conocemos que muy rara vez pudieron los tiranos sostenerse en sus puestos, generalmente despeñados por sus mismos aduladores; pero muchas veces por aquellos a quienes oprimían.

Estos sucesos debían persuadir a todo usurpador, sobre la incertidumbre y fatalidad de su odiosa empresa; pero semejantes lecciones de nada han servido; porque la pasión dominante en el hombre, *la envidia*, le engolfa en toda clase de delitos, sin respetar el pacto social. —Mas si las páginas de los pasado, presentan lo que el género humano ha sufrido por aquel azote devastador: *la usurpación del poder legal*, que muchas veces fue originada por un solo ambicioso y perverso, que arrastrando tras sí la escoria del pueblo, sumergió a su patria en las llamas de la discordia; estos mismos anales, que nos han conservado un triste recuerdo de las vicisitudes políticas y sociales. —¡Cuánto nos consuelan, recordándonos:

como el amor a la patria y las virtudes cívicas se han desplegado en momentos críticos y lamentables! Y en cualquier circunstancia ¡feliz la patria que puede recordar esos bienes y contemplar los desinteresados servicios de un Washington, de un Neira!

Al poner sobre el papel estas líneas sólo he repetido una verdad que es bien conocida en todo el mundo civilizado; y aunque conozco que la limitada esfera, que abraza la presente relación, no puede ser tan extensa como la historia completa de los males que en la presente época ha sufrido esta desgraciada República, que desde el grito del padre Villota en Pasto, está padeciendo, por la malignidad de tantos enemigos; sin embargo he creído, sería conveniente dar algunas parciales pinceladas, que puedan servir para trazar el cuadro general. —Si una mano diestra hubiese de desempeñar el presente trabajo, los amigos de la patria, habrían quedado mejor servidos; pero he creído grato a los buenos patriotas, hacer conocer por las acciones, a las personas que en esta provincia han contribuido más eficazmente al restablecimiento del orden, con algunos pormenores del feliz éxito, que un reducido número de ciudadanos fieles y valientes, obtuvieron en los campos de Salamina, donde se truncaron los diabólicos intentos de los supremos, quedando a la vez roto uno de los eslabones principales de aquella cadena formidable que sin interrupción existía desde el Istmo hasta los confines de Pasto y con la que estaba ciñendo toda la República. Testigo ocular de tan heroica victoria, en que se hizo recomendable el furor marcial de los defensores de las leyes, me será perdonado que tenga igualmente el deseo de contribuir a que se conserve para la posteridad, la memoria de los granadinos, que supieron sacrificarse por la constitución y sus fueros.

Sonsón julio 1º de 1841



Diario
Durante la facción de Córdoba

*Le choc des opinions contraires, fait
jaillir l'étincelle cachée de la vérité.—*

(Nuits D'Young)





Sonsón 11 de octubre de 1840

DESDE el tiempo de las elecciones, en agosto pasado, se veían indicios nada equívocos de los sentimientos turbulentos del partido que se llama *la oposición*. En Rionegro hubo intrigas y amenazas porque unánimemente se reuniesen los votos para la primera magistratura, en favor del candidato *letrado*, pues el militar se hallaba en casos muy apurados. Mas los miembros de la asamblea, creían que dicho candidato no sería aquel que debiera preferirse para la tranquilidad de la nación; no porque le faltasen conocimientos, sino porque no son éstos solamente los que se requieren para ciertos puestos administrativos. Otras prendas son, sin duda, las que se requieren además. Lo cierto del caso es, que los señores de la oposición ni con trabas, ni con amenazas, pudieron hacer prosélitos para su secta de los que se pronunciaron adictos al partido denominado *ministeriales*, y el candidato de letras quedó desairado. Entonces fue que el coronel Córdova se había expresado: “si no es por bien, será por medio de las bayonetas”. Cuando supe que tal expresión se le había escapado, dije para mí: ¿será posible que con esta advertencia el Sr. Córdova, pueda salirse con la suya; o por mejor decir, con la de varios contrarios a la actual administración...!

Hoy a la tarde ha llegado noticia del alzamiento del Sr. Salvador Córdova; quien el día 8 del presente se ha apoderado del cuartel de Medellín; quedando *de hecho*, jefe civil y militar de esta provincia; y que el gobernador Obregón había hecho demostraciones opuestas a Córdova; pero, que la opinión, acerca de la conducta de este magistrado, es muy poco favorable para él...; también es letrado. La proclama del ex coronel explica los motivos que ha habido para

la rebelión, y comienza: “que ya terminaron los sufrimientos, y que como no es ni cobarde ni insensible para el bien de su patria, no podía menos de acudir al grito de los ultrajados”. Al ver el principio de dicha proclama, me hallaba intentada a creer, que Córdova había levantado su voz, para reunir y poner en actividad el pueblo, para la defensa de la patria y de su gobierno legítimo; pero al continuar la lectura, y viendo que al gobierno nacional le da el epíteto de *un club de maldad* etc., etc., no quise continuar la lectura de un papel infame, un libelo disparatado; sólo digo: que a pesar de que las manos son de Esaú, la voz sin embargo, es de Jacob.

Estamos pues a las órdenes del ex coronel Córdova, y conocemos los motivos que ha manifestado este hijo ingrato; siendo él la cabeza del partido, el cual desde ahora no se puede llamar oposición, sino *facción o fracción* contra el poder legítimo; porque oposición con las bayonetas al pecho, ciertamente lo es: pero según el diccionario, son y serán facciosos los que de hecho se apoderen de la supremacía. *Fracción* también se puede llamar este alzamiento; pues, espero que, serán muy pocos los que se adhieran a este partido. Que la causa sea popular y que pueda degenerar en una guerra civil, tampoco lo creo; porque el descontento más bien parece ser *muy individual* o personal; y porque, fuera de esto, habrán pocas provincias como Pasto, que ha sido y será el *pasto* para la insubordinación en todos tiempos.

Si me pongo a reflexionar sobre la conducta de Córdova y sobre los motivos que ha tenido para armarse contra el poder actual, el poder que es el legítimo, y aquel mismo que le correspondió del modo más público y notorio, digo: que ingratitud más grande no se verá nunca en el mundo; pues se le pudiera perdonar si se quedaba en inactividad contra, o a favor de un gobierno que, en nombre de la nación, le había colmado con tantos bienes; pero ¡haciéndose cabecilla para destruirlo...! El honor de ser distinguido entre los beneméritos de la nación, debe ser muy satisfactorio para la persona que tenga sentimientos patrióticos, virtudes sociales, o que sea de algún cultivo; pero un estulto, un necio, jamás podrán discernir el mérito que se les hace, con la honra que se les atribuye. El goce de un sueldo íntegro y considerable, sin obligación alguna, después de haber recibido su retiro, a pesar de haberlo solicitado con un lenguaje insultante contra el primer magistrado de la República, dando por motivo el de que, no quería

servir más a su patria, por haber sido reinscrito en la lista militar cierto oficial, cuyo valor negaba Córdoba, reputándose éste, “como muy valiente”; es una gracia que a ningún otro militar, ha sido concedida. Nada debo decir sobre el decantado valor de Córdoba; pero en todo caso habría valido más el elogio, oyéndolo salir de la boca de otro, que de sus mismos labios. Mas, que Córdoba tratado por la nación como lo ha sido, corresponda a la gratitud nacional levantando el estandarte de la rebelión y agitando con él los aires granadinos, ¡quién lo podía figurar! Cumplir las amenazas y las promesas de aquella liga, que desde el centro de la República esparció, tiempos ha, sus venenosas máximas, y sus principios incendiarios, para sublevar el pueblo contra su gobierno legítimo: es prueba de que carece de aquellos nobles sentimientos que mueven a la gratitud, o de que si los tiene, se deja dominar por otros mal intencionados; y en todo caso es, el instrumento miserable para los disturbios que ya principiaron en esta provincia. ¡Antioquia triste y afligida! en otra ocasión sentisteis los pesares y el luto de una revolución, también capitaneada por un Córdoba... ¡Cuándo cesarán tus males! Y ¿ese Córdoba con quien quiso medir sus talentos aquel, y con quien empuñó su espada, jurando la destrucción del tirano...? ¡Ingrato! Ese que tu llamas tirano, era tu bienhechor, ¡el *inmortal Bolívar!*

La hazaña del día ocho, presenta a Córdoba como cabecilla del motín contra el gobierno y los que abracen su causa por más que la sobredoren, *son y serán facciosos*. Y si hasta la presente jamás he atendido con tanto fervor a los manejos de los moribundos políticos de la República; viéndose ya esta pacífica provincia enrolada entre los enemigos del gobierno, aunque muy pocos de sus habitantes abrazarán el partido de los traidores; atenderé desde ahora con algún cuidado, a los sucesos de la facción, cuyo desenlace espero sea protegido por la providencia, que dará amparo a la causa justa, que yo he abrazado, con el gran sentimiento de que como débil mujer, poca esperanza tengo de poder desplegar mis ardientes deseos por el bien de mi cara y desgraciada patria. Tengo sin embargo la satisfacción de que toda mi familia pertenece al partido legal, y de que mi esposo aunque desgraciadamente se encuentra hoy en medio del torbellino, no desfallecerá de sus principios, y de que siempre estará por el orden; pues basta que sea europeo.

Día 12. —Hoy he tenido la dulce complacencia de conocer los nobles sentimientos, que en defensa del gobierno, y para el pronto exterminio de la facción, han desplegado varios vecinos de este lugar. El P. S. Joaquín de Restrepo les ha dirigido la palabra con la mayor energía y entusiasmo, a fin de que se diese algún paso activo contra la infame causa de Córdoba y sus partidarios, dando un ejemplo digno de ser imitado; pues ha ofrecido ser uno de los primeros en tomar las armas. A este tiempo llegó una invitación de los Sres. Elías González y Marcelino Palacio, que con algunos otros patriotas de Salamina se hallan en Abejorral, anunciando: “que siguen para Medellín a atacar a Córdoba, y que aguardan allí, a los de éste y demás pueblos que quieran unírseles”; para lo cual ha dado el Sr. González una proclama, en la que se descubre tanto valor como patriotismo. Si de este temple hubiera siquiera unos veinticinco hombres, ¡poco duraría el gusto al Sr. Córdoba! Para mañana a las ocho han quedado de reunirse varios individuos, a fin de saber con cuantos de este pueblo deba contarse; y yo opino, que nada se hace, por falta de armas. Si fuera como en el tiempo de los griegos y de los romanos no se necesitaba, pues el entusiasmo suplía el defecto; mas aquí, nada se ha sufrido todavía, y no es mucho que no conociendo el mal, no se hagan los esfuerzos necesarios, para ahogarlo en la cuna.

Día 13. —Hoy por la mañana, cuando comenzaban a reunirse unos pocos para deliberar sobre lo que se había de hacer, ha llegado una carta de un ministerial, con la noticia del levantamiento en la provincia del Socorro contra el gobierno, y del triunfo que el faccioso González ha alcanzado sobre las fuerzas de éste en la Polonia. Todos desmayaron, y silenciosos se retiraron a sus casas. Una triste quietud sucedió a aquel movimiento, y yo, con dolor me dije: ¡por algunos días más será Córdoba nuestro amo!

Día 17. —El Sr. González marchó sin embargo, para Medellín con unos pocos; y habiendo reflexionado sin duda en el camino que era un arrojito, se volvió. Más, este hombre exaltado viendo que nada podía hacer, por entonces en favor de su patria, se retiró declarándose enemigo de Córdoba y de su facción, por medio de una comunicación que le dirigió al mismo Córdoba y sus cómplices.

Día 18. —Hoy he visto el manifiesto que dirige el ex coronel al Presidente de la República. Allí ha reunido los motivos para el levantamiento contra el

poder legítimo, y en ellos dice: que por las exacciones, reclutamientos, intrigas eleccionarias, reinscripciones impopulares, postergaciones y remociones injustas; por haberse dejado rodear el gobierno de los godos santuaristas y demás desnaturalizados; porque ha sido Obando perseguido injustamente, siendo éste uno de los más formidables enemigos del general Flores, por la serie de disgustos y persecuciones con que se dio la muerte al muy eminente general Francisco de Paula Santander; porque la conducta del Presidente es considerada como cruel, inepta, impopular e inhumana, y porque el Presidente y sus adictos no den el sucesor que pretenden para la primera magistratura...

Estos son en compendio, los motivos poderosos, con los cuales intima al Presidente de la República, para que deje su puesto. ¡Sin duda que son muy poderosos, para que el país se arme contra el Presidente y se arruine! Córdoba no tiene ni estudio, ni talento para exponer sus ideas, en caso que tenga algunas; y sin duda es su cuñado que le da la mano, o quizás su primo Letrado, bajo la capa de adicto al gobierno legítimo; porque pensar un hombre solo que sin más apoyo se haga entregar el cuartel, así no más, sea con veinticinco, más o menos hombres, es hasta ridículo creerlo, y menos en un lugar poblado como Medellín... mientras tanto, y en todo caso, yo llamo *sospechoso al Gobernador*. —Córdoba asegura en su manifiesto, “no haber derramado sangre ni validose de los caudales de sus conciudadanos”

Debo decir sobre lo primero: que donde no hubo resistencia, tampoco hubo lugar para derramarla, y ¡ojalá que el atentado del ex coronel no cueste sangre alguna a su desgraciada patria! ¡Más valía no haber jamás visto nacer hijo tan desnaturalizado como éste! Que no se haya valido de los bienes de sus conciudadanos, no debe causar admiración; porque a los cuatro o cinco días que da su manifiesto ¿qué gasto pudo haber tenido que no lo cubriese con las abundantes rentas de la provincia? Además, algunos otros han creído, que tanto nuestro Salvador como su hermano Vicente se hallaban mal con respecto a la renta que administraba el último...; y éste fue un motivo más para principiar la facción; porque *a río revuelto, ganancia de pescadores*.

Los jefes de la facción quieren hacer ver que los pueblos son los que se han pronunciado (cuando mucho será el de Rionegro) pero, a eso digo: que si en otros tiempos los dioses se comunicaron a sus oráculos, así los pueblos se

pronunciaron *por bocas ajenas*. Para que el pueblo se levante contra su gobierno, es preciso suceda una de dos; o que el pueblo tenga cierto cultivo general, o que las faltas del gobierno contra la nación sean tan palpables y tan directas, y contra el bienestar de sus habitantes, que ellos enfurecidos se levanten en masa, para defender sus derechos, principalmente cuando son usurpados los bienes individuales, la tranquilidad y seguridad pública. En tales casos ¿quién no abraza el partido del bien público, siendo tan natural su impulso? Pero tales injurias no existen; pues la tranquilidad pública sólo ha sufrido en las provincias de Pasto y Popayán, y ¿por quién o quiénes...? Los amigos de la tranquilidad, los partidarios contrarios al gobierno legítimo, responder quieren, pretendiendo hacer ver que, los sufrimientos de esas provincias los ha causado el gobierno, por haber tratado de exterminar a una persona protegida por la oposición y a su principal caudillo, el cual ni aún en el momento de verse rodeado de las sombras de la muerte olvidó a su cliente. ¡Ah caudillo! ¡Ah cliente que ha causado tantos males a su patria...! ¡A su patria que los colmó de honores...! ¡Y quién sabe cuándo será el fin de estos males! —Esta liga exterminadora contra el actual gobierno, se cree autorizada para seguir la senda que les trazó su finado cabecilla; y para vengar las justas persecuciones de su hijo primogénito, dando a la vez por pretexto faltas quiméricas del actual Presidente, a quien no tienen por legítimo cuando ya dentro de poco va a terminar su período; pero cuando se quiere hacer males, pretextos nunca faltan. El personaje cuya causa defienden y cuya venganza es el norte de sus desatinos, poco honor hace a su partido. La acusación contra ese caudillo descansa sobre una base suficientemente firme para desconceptuarlo ante los ojos del hombre de bien; y si esto no bastase... ¡qué más, que haberse levantado contra su gobierno; asociándose con un Sarria, un Noguera, un España etc. etc. personajes solamente conocidos por sus maldades y como cabecillas de la facción pastusa!

Día 19. —Por un boletín de la facción, se ha visto, que los eclesiásticos Abad, Arango y Castrillón, capitaneando cierto número de gente armada, han ofrecido sus servicios a su coronel, dos días después del pronunciamiento, cambiando la estola por la cartuchera. Buen ejemplo para el pueblo, aunque en Rionegro, según dicen no se necesita de tal incentivo; porque apenas se

encontrará allí media docena de personas adictas al gobierno, mientras en este lugar, tenemos la dicha de que no haya ninguno a favor de Córdoba.

Buscando los motivos porque Rionegro, es el pueblo que se ha distinguido mas en esta fatal época entre los sublevados, y habiendo encontrado las causas, por medio de una persona más versada que yo en la materia, son dignas en verdad de darles un lugar en este diario. Hace como dos años que Rionegro quiso competir con su vecina Medellín, pretendiendo separarse en provincia, y como el Presidente de la República no informó en su favor, porque no lo creería útil para el bien general, fue esto un motivo para disgustarse contra él. —Antes o después hubo una cuestión sobre límites entre los dos cantones, y como un personaje que ocupaba uno de los puestos principales de la administración general del Estado, no influyó en favor de los interesados por Rionegro, lo reportaron como enemigo de este lugar; he aquí otro pretexto para su activa cooperación. —Además de esto, siendo los magnates de allí, desde antes, adictos al pro-hombre de la revolución, no hay que admirarse que Córdoba encontrara, lo que ellos deseaban hallar en él, esto es: todos los elementos de la conjuración que alimentaba las referidas pretensiones.



Noviembre

Día 5. —Hasta hoy creí que la facción no tuviese prosélitos en este pueblo; pero ya veo que me he equivocado. J. E. y su hijo José María se han declarado a favor de ella; lo mismo que A. A. —y J. M. S. —; haciendo éste último el papel de cubiletero.

El reclutamiento no va muy adelante, y cada día peor para los mandatarios, si faltasen los agentes que aquí existen; y aunque son personas insignificantes los que se han agregado al partido de los rebeldes; sin embargo, para hacer mal todos sirven.

Día 10. —Se supo la renuncia de los Sres. Secretarios de Estado Lino de Pombo y J. de D. Aranzazu.

Día 12. —Acaba de llegar un papel de nuevos insultos al Presidente del Estado, producido por *el primo o el cuñado*, y firmado por el ex coronel. Se acusa al Presidente del delito de *lesa-patria*, así como al P.E. por haber admitido al general Flores con sus tropas, en auxilio contra la facción de Obando. Quieren también hacer ver que el coronel Borrero ha escrito lo siguiente: “Como en breve una parte de la Nueva Granada pertenecerá al Ecuador etc. etc”. Si se dudase de esto, el Sr. Manuel Antonio Jaramillo, como agente del ex coronel cerca del Gobierno, manifestará la carta—; y por fin añade: “que a costa de los bienes de la provincia de Antioquia, arrojará al general Flores al otro lado del Carchi” con otros disparates de igual tenor —aparentes para alimentar las pretensiones de los de su partido. —Que el coronel Borrero haya escrito tal carta, muy difícil

me parece, porque aunque él tuviera alguna duda sobre el triunfo del gobierno, ¡cuándo lo diría!

La derrota completa del cabecilla Obando, en Huilquipamba, se ha sabido hoy— y que este traidor se escapó...

Hay ya alguna esperanza de que vengan auxilios del Gobierno para libertarnos de las iniquidades que nos rodean —aunque por acá poco se ha sufrido todavía, por lo que respecta al lado de Popayán—. Llegando alguna tropa y armas, además el pueblo siempre fiel, cooperará a favor del Gobierno.

Día 15. —El ex coronel se dirige a los habitantes del Cauca, y en resumen dice: “el coronel Borrero, inspirado sin duda por algún genio destructor, ha concebido el loco proyecto de someter esas hermosas e interesantes provincias al dominio del general Flores, y pretende cambiarlos el honroso título de ciudadanos de la N. G. , por el de súbditos del Ecuador—” ¿Cuál de sus dos oráculos, será el autor de estos disparates, que sólo tienen por objeto alucinar a los crédulos de esta provincia, hacerles odioso al coronel Borrero, y poner el anzuelo con su carnada a las provincias vecinas del Cauca, a fin de aumentar su partido? —concluye: “¡Caucanos! Yo marchó hacia esas provincias, con quinientos soldados, resueltos a triunfar o perecer conmigo en la demanda; bien pronto os daré el cordial abrazo etc. etc”. —¿Con que el Salvador de los malvados de esta provincia piensa dejarnos...?— Ojalá que sea pronto; pues pueda ser que por allá encuentre con quien probar su decantado valor, y pagar igualmente....

Todavía no se sabe qué clase de gobierno es el que han adoptado Córdova y sus colegas; pues en un papel, dirigido al ex coronel, le piden la explicación, e igualmente le dicen: “tú serás nuestro Salvador, mas yo creo que aunque el Salvador muera, su gente no quedará redimida...”

Día 18. —Los pronunciamientos (o mejor, sublevaciones) de los pueblos de la costa, Cartagena, Santa Marta y el de Mompo, contra el gobierno, se han sabido hoy—; figurando los nombres de Carmona, Piñeres, Ribon, etc. como jefes supremos de los estados *soberanos* de aquellos pueblos; todos decantando *la popularidad* de sus pronunciamientos y los motivos *urgentes*, para que *por este medio se salvase la patria etc. etc.*, y cuantas causas quiméricas se pueden figurar. Espero muy en breve saber el *ruidoso pronunciamiento del estado de Riohacha*, que

según entiendo, es de mucho peso en esta nueva metamorfosis de la República... —... en todo caso, no faltan por una parte enemigos de la patria, y por otra se manifiesta mucha debilidad en el pueblo—Ah, ¡quién sabe cuando se sacudirá este yugo!

Día 20. —Aquí estamos como dentro de un subterráneo acerca de lo que puede suceder a favor del gobierno; pues los cabecillas y sus agentes saben guardar muy bien los secretos que les tienen cuenta, y todo lo que puede desalentar su partido, se entiende de los que se creen capaces de discernir; mientras que *el por que y por que* no queda sepultado en el silencio. Pero a pesar de todo su escrupuloso esmero, no pudieron atrapar las noticias inesperadas, que nos han llenado de consuelo, al saber los favorables sucesos ocurridos en la inmediación de la capital de la República, debidos al patriotismo más digno de gratitud y admiración, al *inmortal Neira, al salvador de las leyes y de la Constitución.* —Por una carta particular se ha sabido *el consejo* que dio este héroe a dos ciertos *letrados*, que con disimulo trabajaban a favor de la facción; fueron pocas sus palabras, pero de tanto peso, que los abogados las tomaron al *pie de la letra*. Sin duda, no hay más remedio que el terror, para contener los males en que se halla ya sumergida mi pobre patria...

Día 25. —Una carta del ex coronel, dirigida al general Flores; parece dar una confirmación considerable a su pronunciamiento; pues la pluma de su cuñado pretende hacer ver: “que la provincia de Pasto está *vendida* al Ecuador” —y finalmente dice: “Si el general Flores no desocupa a Pasto, Córdova lo echará muy en breve”—a todo esto no debe uno hacer más que reírse—; para los ignorantes es documento de consideración;— para los sensatos sólo sirve para conocer, cómo de día en día los facciosos buscan pretextos para su causa *popular*.

Día 26. —He tenido mucho gusto de ver en un impreso de Bogotá titulado *Carta al Coronel Córdova*, como por fin hubo quien me le dijera la verdad; pero aunque nuestro perturbador reconoce que ha hecho mal ¿cuánto no le dirán su primo, su cuñado y esta raza de malvados? Así me parece, y que la buena intención de esta carta se perderá, como sucede regularmente con la semilla confiada a un terreno estéril o erial.



Diciembre

Día 1. —Se dice que las rentas se van agotando (porque las han acariciado mucho nuestros Córdovas y compañeros) y sin duda, tendrán los antioqueños que contribuir, por bien o por mal, al sostenimiento del Salvador. Un papel en días pasados, recomienda al ex coronel haga ver al público, cuales son los principios de gobierno, que ha adoptado, como primer magistrado de esta provincia; y en consecuencia salió un decreto de nuestro supremo, con veintitantos artículos a modo de un *código penal*, el cual apenas admite: que se piense de un modo contrario a los facciosos... ¡Con que: a los tres meses sabemos ya cuáles son las penas!; y sin duda, fue por este arancel que ciertos individuos han sido desterrados fuera de esta provincia; por habérseles mostrado en contra del *Sistema liberal*; porque en la ciudad de Antioquia hubo un plan de reacción, que sin duda, hubiera lucido bien, si el Señor Juan Antonio M. y socios no hubieran contrariado el patriótico esfuerzo que se pretendió hacer; y así han tenido que pagar algunos de Antioquia y otros de Medellín, solo por esos cubileteros de la facción...

Día 2. —Hace algunos días que se ha hablado sobre la llegada de cierta fuerza del gobierno por el lado del valle del Cauca bajo el mando del coronel Borrero; anunciando que consta de quinientos o seiscientos veteranos, bien pertrechados ¡Ojalá que así sea,! y que el coronel Juan María Gómez ha ido tiempo hace, con el objeto de solicitar auxilio para salvar la provincia del obstinado Salvador.

Día 11. —El levantamiento en la ciudad de Antioquia hace honor a aquellos patriotas; pero desgraciadamente no se pudieron sostener, sin duda por falta de

un jefe resuelto, y no menos por las intrigas de los agentes de la liga opresora que según noticias había desalentado a los valientes hasta tal grado, que ni aún impidieron el paso del Cauca, y antes de llegar Córdova con sus doscientos satélites a la plaza del lugar, se había dispersado la mayor parte de los buenos ciudadanos, y luego fueron entregadas todas las armas...

Día 12. —Hasta hoy habíamos disfrutado de alguna tranquilidad en este pueblo; y aunque los agentes del traidor trabajaban con actividad para engrosar las filas de la facción, poco habían adelantado, porque si en alguna parte de la República el pobre labrador huye del fusil, sin duda es aquí en donde para defensa del gobierno legítimo, o sea para la invasión de su soberano poder, se muestra indiferente: él prefiere las cuevas o las asperezas de los montes, a la vida del soldado, cuya suerte a la verdad, no debe envidiarse. En tales circunstancias el *consejero* del alcalde, hizo que éste pidiese al Salvador, un piquete para poder llenar su obligación a cerca de la recluta, y hoy han llegado unos treinta armados, a las órdenes de un Peláez. La sensación con que he visto a estos enemigos entrar en la plaza, sabiendo que sólo traían por objeto allanar las posesiones y perseguir a los pobres, a fin de abultar el número de los que debían ser sacrificados por intereses personales y calumnias contra el poder legítimo—esta sensación no ha sido sino el deseo de contribuir al pronto exterminio de los autores del yugo ignominioso que estamos sufriendo. Siempre lo sentía; pero desde que he visto las bayonetas de la usurpación, me hallo en una disposición tan determinada, que gustosamente sería yo una de las defensoras de la justicia y del gobierno, si llegase el día de poder cooperar a su defensa.

Día 18. —Acaban de llegar aquí veintitantos infelices, apresados para el cuartel del cabecilla: tiene que contentarse con estos; pues aunque las rondas son continuas a las posesiones, no podrán atrapar más: se pueden comparar los que huyen a los venados, que aun con perros, es difícil cogerlos. Según noticias, tienen los facciosos como novecientas bayonetas empleadas. Rionegro como el foco de la facción, donde los principales animan al populacho, y donde el pastor invita su rebaño, con su ejemplo y con la limeta, no debe admirarse ni que tantos y tan activos hombres hagan salir a los miserables, a favor del ex coronel, quien por sí o como hombre privado nada tiene en su contra, y quien como tiene charreteras y habla familiarmente con todos, no necesita de mas

armas para ganar terreno, donde la liga tiene todo preparado por medio de sus agentes. Por lo mismo de Rionegro han salido como cuatrocientos, que se vanaglorían con el nombre de *voluntarios*. El pueblo inmediato del mismo cantón, San Vicente, ha dado como doscientos, igualmente voluntarios; pero en esa parroquia en nada les ha ayudado su pastor pues detesta a los opresores de su patria. De la parte llamada el nordeste, se asegura que han auxiliado con alguna gente, porque por allá, el primo letrado tiene mucha influencia, mientras que teniendo en Barbosa todos sus parientes y el cura a su lado, han encontrado bastante partido los jefes.

En los pueblos inmediatos a Medellín y en la capital, existen igualmente sublevados, y como allá se encuentra de todo, ha encontrado también el Salvador hasta *ángeles* para su guardia; aún aquí donde hasta el otro día no se supo de sus agentes, ha resultado *un ángel* en su favor...; pero *siempre* tendré a *todos* estos que por nuestra desgracia aparecieron entre los justos, como del partido de los rebeldes...

Día 19. —De todo tenemos que sufrir, antes de alcanzar el goce del triunfo sobre los malvados que en el día dan la ley. Por lo mismo si hay algunos que con gusto contribuyen a la facción, o a los progresos de ella; ¡cuántos no habrá que maldecirán a los autores de nuestra opresión, cuando tengan que partir sus bienes con ellos! Pues cincuenta y cinco mil pesos son los que dentro de ocho días deben entregar los pueblos de esta provincia, a disposición del cabecilla.

Día 20. —Se dice que el ex coronel con toda su tropa piensa colocarse en Abejorral, para prepararse, a batir las fuerzas del gobierno. Añádase que parte de los facciosos deben ocupar este lugar; pero espero que nuestra buena suerte nos proteja, para no ver más gente de esta casta, que la que tenemos aquí... Entrar esta gente, y no tener con qué recibirla *debidamente* y como ellos merecen, ¡que fatalidad!

Día 22. —Por el impreso faccioso, llamado *el Cometa*, se tiene alguna noticia de los sucesos del gobierno, aunque los impostores saben muy bien poner el colorido a su amaño, o de un modo que representa como ridículo, aún los objetos más serios; su último número contiene “la vuelta del Presidente del Estado a la capital y a quien llaman el Presidente in partibus...”; desgraciadamente, así

será por ahora; pero que esta obra de la facción llegue a verse completada... no lo creo; porque todavía no conocen los cabecillas (sean los que hacen alarde de sus espadas, o sean los que no tienen corazón para más armas que sus plumas) lo que puede un pueblo irritado, o aunque sea solamente una parte de él. Cantaletan el auxilio prestado del Ecuador, por medio del general Flores, y que es una humillación de la República valerse de armas extrañas, sometiéndose a un jefe extranjero, a quien vendieron el país, cediendo como esclavos a sus conciudadanos, para atacar bajo la protección de Flores las trincheras de Huilquipamba... A esto digo: que en tiempo de un incendio ¿quién no trata de salvar su propiedad que es una de las primeras obligaciones del hombre? En aquel momento de consternación, cuando uno ve su casa abrasada por el elemento devorador, ¿quien no clama por el elemento contrario? y si la atmósfera no se convierte por una feliz casualidad en aquel frío apagador, nadie vacilará en sacar agua de las casas vecinas, a fin de ocurrir a la necesidad. Ahora, si existe una ley que prohíbe valerse del auxilio inmediato, sin obtener licencia de una comisión o corporación señalada, es muy natural que no se niegue, siempre que se pague el valor o el costo del agua necesaria para contener el incendio, pero si existiendo tal ley, y siendo yo dueña de la casa incendiada no se me diere la licencia pedida, sin embargo no dejaría perder el edificio y sus muebles, por cumplir con un convenio imprudente, aunque hubiese insensatos que acusasen mi conducta; después de apagado el fuego, arreglaríamos los cargos, y para lo futuro *borraríamos para siempre en nuestros convenios, la fórmula ridícula sobre la licencia de sacar agua de las casas vecinas en casos apurados, reconociendo la obligación sagrada del pago que correspondiese por el valor del agua y demás auxilios*. Sobre el cargo “*de la venta del país*” solamente debe uno compadecer a plumas imbéciles o no hacer caso de ideas tan extravagantes, porque muy extraño es, que haya un granadino que por un momento piense: que aún entre los facciosos existen sesos tan escasos, que pueden creer que de un modo privado se puedan contratar propiedades de la naturaleza de esta.

Sobre “*la humillación*” creo, que todos los del justo partido dirán: que aunque fuera una humillación valerse de una fuerza extraña, mil veces más humillantes es y sería entregar vilmente el poder legítimo con el oprobio nacional a una facción. Estos sencillos razonamientos, si los vieran nuestros enemigos, poco

les agradecerían, pues mucho sienten ellos la pérdida de su amo Obando; —pues con resignación tenemos que sufrir sus armas, sacadas de las alas de Belcebú.

Habiéndose verificado por la noche la entrada del general *Herrán a la capital*, se burlan con frecuencia de esto; pero el hombre sensato sólo reconoce en este paso una nueva prueba de la moderación de este héroe, a quien no le gusta el bullicio de sus admiradores, de sus amigos y de todo el público, que jamás han podido menos de aplaudir su patriotismo, su humanidad y el celo con que siempre ha sido el fiel defensor de su Patria.

El haber llevado a la plaza mayor de Bogotá, al esclarecido *Neira*, cuya vida gloriosa estaba al apagarse en aquel tiempo de entusiasmo general de que están llenos todos los corazones patriotas, y cuando todos trabajaban por fortificar la capital contra los ataques furiosos de los enemigos, ha parecido ridículo a nuestros perseguidores, que en lugar de confesar su inferioridad en todo comparándose con la fuerza legal, se consuelan con ridiculizar las pruebas evidentes de patriotismo.

En el mismo papel se ve la insolente comunicación de Piñerez al Vicepresidente de la República; pero llegará el día en que paguen todo junto esos hijos desnaturalizados. Igualmente se ven los sentimientos hostiles que un periódico de Panamá esparce entre los suyos, todo para favorecer a Obando y su partido.

Día 27. —Antes de ayer han llegado al pueblo vecino, los enemigos de nuestra tranquilidad y según noticias, hay ochocientos y tantos, y cien mas que han de llegar.

Algunos que en éste no han querido pagar el repartimiento decretado a favor de la facción, han sido llamados a presentarse al amo; con tal número de bayonetas, aunque sean manejadas por reclutas, hay para saquear a la provincia entera, y así es que con resistirse los compartidos, nada ganan. Entre los que aquí han pagado, hubo una persona que al hacerlo, añadió ofrecimientos para cuanto mandase su señoría; pero, ¡qué pocos encuentra en este pueblo el supremo, que se brinden con tanta generosidad!

Según dicen hubo cierto choque por intereses, entre su señoría el obispo de esta diócesis y el ex coronel, el cual ha terminado en una carta de varias verdades para el cabecilla, y en una orden de éste para que el obispo saliese de

Antioquia con su secretario. En dicha carta dice el Sr. Obispo: “que aunque sea de la oposición *es de los moderados*”, y efectivamente, como ministro de la Religión, es muy justo que dé este ejemplo, a pesar de que algo más se ha esperado de su Señoría Ilustrísima, pues cuando supe que varios clérigos habían tomado parte activa en la rebelión, hasta el término de presentarse conduciendo a los voluntarios ante el jefe de la facción (Boletín No. 2) pasando esto en el principio de octubre último, sin que se moviese a reconvenirlos, ni a exhortar a los pastores a que fuesen fieles al gobierno legítimo, haciéndole ver la enormidad del delito en que incurrían los enemigos del orden ¡qué idea, dije, formará el público del Reverendo Obispo, por no haber hecho todo lo que pudo en días en que el gobierno necesitaba de su influencia y de su elocuencia! El vulgo sin duda ha podido creer por esto, que la revolución tenía por objeto proteger la Santa Religión de Jesucristo, y que Obando igualmente la estaba defendiendo etc. etc...

Día 29. —Llegó la noticia del pronunciamiento de Honda capitaneado por el coronel Vezga siendo gobernador de esta provincia: se titula *jefe supremo del estado de Mariquita y de la federación*; desde el día 12 del presente, hubo vivas por la federación y quejas de la conducta que el gobierno ha observado contra el Dr. Azuero y los demás que habían sido separados de los negocios políticos, en los cuales sin duda eran perjudiciales y hostiles. De día en día se va aumentando el número de los supremos, despedazándose el país con pretextos miserables, y según dicen, hace muy poco que el ex coronel Vezga fue encargado de la gobernación de Honda, lo que da margen para lamentar. ¡Cuán poco conoce el gobierno a los hombres! ¿Será posible que falten personas siquiera de buena fe, aunque no sean *letrados* para los puestos públicos?, y más cuando según dicen, el supremo de Mariquita, no es de los más entendidos. Igualmente habla el mismo documento del pronunciamiento de Neiva, y de que su jefe supremo es el general López; pero todavía nos falta la confirmación de esto último. Todos los blancos de Rionegro se hallan con Córdova en Abejorral, de *curiosos* solamente; pues los de la plebe son casi los únicos que están en las filas.

Día 31. —Según noticias la fuerza del gobierno, parte ésta en Riosucio al mando del coronel Gómez, y parte en Anserma, con el coronel Borrero. ¡Cuando será que llegan estas fuerzas, para que terminen los oprobios y la facción!



Enero de 1841

Día 1°. —Principiamos un año nuevo, estación nueva para nuestros males, para nuestras esperanzas y para el desenlace de los acontecimientos políticos. Así lo espero a lo menos, y ¿quién no desea el bien de su patria, y quién no solamente aspira al exterminio de los males, sino que también contribuye gustosamente en todo lo que está a su alcance?, sólo los perversos. Aunque nada versada en cosas de política por lo poco que he leído, y por lo que estoy viendo, conozco que siempre es mejor un gobierno legítimamente establecido, aunque tenga sus faltas, que la rebelión, la facción, o llámese guerra civil, cuyos males son tantos, tan enormes y de tan funestas consecuencias, que siempre son el rompimiento del pacto social, de ese pacto formado por la voluntad del pueblo legalmente representado. ¿Cuáles serán los bienes que le habrán resultado a la nación española en su lucha llamada *guerra civil*...?

El Padre Restrepo y mi esposo mandaron hoy al Sr. Hilario Jaramillo a Riosucio, para llevar algunas noticias sobre el estado actual de nuestros enemigos, y traernos una razón positiva de lo que hay allí, pues las mentiras son tantas, que nada se puede creer. Igualmente avisará, que el apoyo que aquella fuerza necesite, lo encontrará en estos pueblos.

Día 2. —Los agentes del supremo han echado menos a Hilario, y según dicen, han mandado desde anoche gente en su alcance; pero persuadida estoy de que es más fácil atrapar una liebre.

Día 6. —Poco después de la oración ha vuelto Hilario de Riosucio, vio la tropa del gobierno y habló con el coronel Gómez; en una palabra, sabemos ya, que ciento cincuenta veteranos se hallan al mando de este lucido jefe, y que dentro de cuatro o cinco días llegarán a Riosucio con el coronel Borrero cuatrocientos cincuenta, según la comunicación del coronel, lo que es esencialmente interesante. Nada indica este jefe en su oficio para verificar un movimiento combinado con estos pueblos; pero sí dice: “que hoy trescientos fusiles desocupados”. Siempre aguardamos alguna invitación del coronel Borrero; pues aunque él no necesite de nuestra gente, lo más seguro, es lo mejor. ¿Con que por fin llegó el tiempo en que el gobierno se acordará de esta provincia? Por esta tardanza se puede calcular, en qué apuro se habrá visto, cuando a los tres meses va apareciendo el auxilio que con tanta ansia hemos esperado.

Día 7. —Tarde de la noche hemos sabido que el destacamento de los facciosos situado en Sepulturas, ha sido sorprendido el día tres del presente antes del amanecer por una partida del coronel Gómez, habiendo apresado a dieciocho o veinte soldados, y tomado veinticinco fusiles; es decir: que el supremo ya ve que se va llegando la hora..., que le conviene. Dicen que se ha molestado y dicho a los suyos: “pronto la pagará la miserable tropa de la facción de Bogotá”.

Día 8. —El reclutamiento ha cesado aquí, bien sea porque se cansaron de trabajar en ese ramo de pobreza, o ya porque nuestros magnates no necesitan ocupar mas bayonetas para concluir su obra.

Día 10. —La recolección que ha hecho el ex coronel, para reunir sus novecientos, es obra de toda clase de gente; pues las primeras filas se han compuesto de todos los malvados existentes en esta provincia, y por lo mismo los carceleros no tienen hoy destino alguno, así como los tribunales de justicia y letrados están gozando de vacaciones o ferias; porque los que ocupaban a unos y a otros, han encontrado mejor destino entre los progresistas. ¡Mala época para aquellos abogados que no se han enrolado en la lista de éstos, pero según se oye decir, la mayor parte de ellos no será indiferente a los adelantos del progreso.

Día 11. —Hace días que Manuel A. Jaramillo, como plenipotenciario del jefe supremo de esta provincia volvió de su viaje a la capital, y según se asegura, no

pudo continuar su comisión por la situación impolítica de *la facción* contra el progreso, y por lo mismo el *diplomático* ha vuelto a ocupar la silla privada concejil de su cuñado Salvador, notándose que éste no le haya dado un puesto visible. Desde el principio de la facción, no hemos tenido más gente gubernativa que el amo Salvador y su secretario general el Dr. Lombana.

Día 15. —Ayer se han movido nuestro jefe supremo con la flor de su tropa, es decir, con los más facinerosos; y se dice: que le acompañaban quinientos, y han tomado la dirección de Arma viejo seguramente al punto donde está el coronel Gómez. Aquí se ríen mucho sus viles agentes sobre la gracia con que Córdova había dicho “que estaba aburrido de esperar con quien pelear y que iba a buscarles pleito”. Pueda ser que encuentre con quién quitar la gana, que en lugar de ir por los cañones y a traer amarrados a los mugrosos virolentos, tenga que venir otro a contar el cuento.

Día 16. —Hoy a las cuatro de la tarde ha llegado el capitán Miguel Alzate, con ochenta hombres a ocupar este puesto, hasta que su amo vuelva triunfante, a abrazar uno a uno de sus agentes como se lo ha ofrecido Salvador. El comandante Alzate se ha quedado en Abejorral con cuatrocientos.

Día 17. —En este día hemos sabido la derrota de la facción en Honda, pues el supremo J. M. Vezga ha llegado a Rionegro, acompañado de varios oficiales, un Durán, un Galindo, un Gutiérrez etc. etc. de los valientes que ayudaron al ex coronel Vezga, y de este modo tendrá Córdova más gente a su lado. Igualmente han vuelto ciento y tantos de los reclutas que Córdova había mandado de aquí para auxiliar a su amigo Vezga. ¡Con que la supremacía de Vezga en Honda duró poco!

Día 19. —Hoy se ha sabido que el día nueve del presente se verificó la derrota de la facción en Honda, por las tropas del gobierno al mando del general Paris y un coronel Forrero; y se dice que hay allí seiscientos buenos soldados, y que seguramente se pondrán de acuerdo con Borrero. ¡Ojalá que así sea y que nuestras esperanzas se cambien bien pronto en realidades!

Día 20. —A las ocho de este día en que fui a la plaza me llamó la atención un ruido de armas: vuelvo la cara y con la mayor sorpresa veo que el capitán

Alzate muy apresurado pasaba revista a su tropa, para partir inmediatamente para Abejorral a donde había sido llamado. Mi alegría fue tanta, que no pude disimularla, a pesar de que había una dura oposición en la esquina opuesta y le dije a mi madre que estaba a mi lado: no hay duda, Córdova ha perdido; y como a las doce del día, vino Faustino Estrada de Aguadas y nos dijo: “que el diez y siete había sido Córdova derrotado completamente, y que él había hablado con uno de los derrotados, que le había informado, que en el campo habían quedado un capitán Hoyos y veinte más, y dicen que cincuenta y tantos prisioneros y el resto en fuga”; es decir: que en la persecución no se dejaron de coger muchos prisioneros, y cuidado con el supremo, aunque él sabe guardar el cuerpo. Hasta ahora (será la una de la mañana) me he estado bailando, cantando y gritando con seis amigos y ocho o diez señores de los más entusiastas del pueblo: los demás ministeriales aunque en extremo alegres, nos reprendieron diciéndonos, “que todavía no era tiempo: que las bayonetas del tirano estaban muy cerca y que era comprometernos”; pero ¿quién podía moderarse? Nos parecía que, ya éramos libres y nos burlábamos de su timidez. Creo sí que ya no hay que temer ¡gracias al Todopoderoso! El que manda a los vencedores de Riosucio sabrá aprovecharse del temor que ha inspirado a los cobardes, y presto sabremos cómo corren todos los demás.

Día 21. —Nada se ha sabido del supremo de Antioquia; unos opinan: que murió en la acción, otros que había quedado herido y escondido, otros que se fugó con los demás de sus bravos... lo último es lo más seguro.

Día 22. —Se ha sabido esta tarde, por uno de los fugitivos, “que él se hallaba al lado de su tío Córdova en la acción, que duró como media hora cuando más, porque los cañones no dejaban avanzar la tropa, y que dentro de poco se desordenó, y que había visto huir a su tío para abajo, un poco delante de él”. Con qué otras hazañas nos faltan por ver de nuestro supremo. Presto encontrará al supremo Vezga, a su compañero de armas, y ambos derrotados se darán consuelo; pues según dicen: es un alivio en la desgracia encontrarse con otro derrotado... Me parece una desgracia muy grande para esta provincia, el que estos supremos no hubiesen acabado sus gloriosas hazañas en Honda y Riosucio.

Día 23. —Los agentes de la oposición están hoy un poco cabizbajos. Uno de ellos había dicho con mucha arrogancia, “que el día que Córdoba fuese derrotado le ofrecería sus servicios” y hoy volvió de Abejorral a donde había ido a saber el pormenor, y se ha incomodado esta noche, porque le manifesté, cuál era mi sorpresa de verlo, cuando lo creía al lado del derrotado Córdoba como lo había ofrecido; pero mas es cháchara que otra cosa. Una mujer soy le dije, y llegará el día en que les pueda hacer ver a estos miserables, que yo pertenezco, no con la boca, sino con mi persona a los defensores de la constitución y de la ley.

Día 24. —Llegó la noticia que el supremo Córdoba pasó por el pueblo de Itagüí, y que el capitán Escobar con varios hombres armados lo encontró, y no se atrevió a cogerlo, porque el supremo había hecho confianza de él dándole a guardar su lanza y sus pistolas. ¡Acontecimiento extraordinario que ha dado mucho que hablar!

Día 25. —Se sabe que el coronel Borrero ha llegado a Riosucio poco después del encuentro del diez y siete, y que cuatro de los prisioneros hechos en este sitio, han pagado con la vida. Un tal Cano conocido entre los más facinerosos en esta provincia, un Gaviria que en compañía de un hermano había asesinado a un hombre en Medellín, se había huido, hasta que Córdoba le dio un amparo en sus filas... ¡Con que el coronel Borrero lleva la ley en la punta de la bayoneta! Por eso será que sus enemigos le llaman cruel, feroz, etc.

Día 26. —La noticia de la llegada del general Borrero (así es su título ya) al pueblo de Fredonia como día y medio distante de Medellín, se ha confirmado a la vuelta de Hilario Jaramillo que estuvo segunda vez en Riosucio y dice: “que toda la tropa ha marchado para ese pueblo, y que piensa atrincherarse de un modo muy seguro, tal vez para reunir las fuerzas de los pueblos”; pero después de haber rehusado la propuesta del Sr. Elías González, que era la de colocarse en Salamina, llamar a aquel punto los adictos y defensores del Gobierno, y luego esperar o marchar sobre los facciosos no habiendo adoptado aquel plan, pienso que sin duda el general Borrero con seiscientos y tantos veteranos que tiene a su mando, destruirá fácilmente la fuerza de Córdoba, y que a pesar de la derrota de Riosucio no dejará de ser de consideración, pues volverá a recoger

la mayor parte de los fugitivos de allí, y dentro de pocos días contará con casi igual número del que tenía reunido en Abejorral. Sea como fuere, el general Borrero calculará un golpe seguro y determinante.

Día 27. —Dicen que el cura de Rionegro y sus agentes trabajan mucho por aumentar las filas de su compadre Vicente Córdova, todos sus satélites dentro de la *esfera tabacal*, están en mucha actividad; en una palabra: cuatro o cinco ministeriales de Rionegro están encerrados en sus casas (rezando seguramente por el bien del gobierno) y el resto está empleado en fomentar el exterminio de Borrero. Esto es lo que sabemos acá; el general Borrero no lo puede ignorar; y por lo mismo, cuando llegue la hora, probablemente es asunto concluido para la facción Antioquia. Se dice que de Titiribí y Amagá no han querido pagar el compartó a Córdova, y que mucha gente dirigida por el Sr. Agapito Uribe ha marchado para Fredonia: algunos de los trescientos fusiles serán empleados.

Día 28. —Esta noche se han ido los Sres. Braulio Henao y José Ignacio Bernal a ofrecer sus servicios al general Borrero, y se aguarda por momentos una proclama o invitación de este general, y creo que muchos se reunirán entonces para marchar a su lado.

Día 31. —Desde que llegó el general Borrero a Riosucio, intentó mi esposo irlo a ver; pero de día en día sea pasado el tiempo, esperando alguna proclama, invitando a estos pueblos hasta hoy que resolvió irse; y habiéndose convenido con el P. Restrepo, ha empleado el día en convidar a varios vecinos de los que, como a las tres de la tarde, tenía ya un número de cuarenta, no habiendo podido ayudarle el muy activo P. Restrepo porque desde muy temprano fue llamado a una confesión. Los agentes del supremo viendo los pasos de Nisser se pusieron en alarma, y ahora como a las cinco de la tarde he sabido que han despachado a Isidro Mejía, con objeto de que inmediatamente dé aviso a Córdova para que corte el camino a los que vayan a reunirse a las tropas del gobierno. El viaje de Nisser y sus compañeros estaba determinado para la madrugada, pero con la noticia del posta que despacharon los agentes Henao y Soto, piensan irse esta noche. A las ocho de la noche hemos sabido que dichos agentes han armado a varios de los suyos con lanzas, machetes y algunas

*

María Martínez de Nisser

armas de fuego, con el fin de impedir la salida de los ministeriales. Ahora me ha dado deseo de acompañar a Nisser, y lo he propuesto; pero me ha suplicado no me exponga. Con mayor sentimiento dejo ir a mi esposo sin mi compañía pues a su lado podía yo ver todo lo que le sucedía; y ¡ausente...! ¡Cuánto más penosa es la incertidumbre! De los cuarenta que iban, han resultado como a las nueve de la noche solamente ocho o diez. Volví a instar a Nisser me dejara ir a acompañarlo; pero me respondió sonriéndose, “en otra ocasión, o cuando yo no pueda ir le toca a Ud”. Los ocho determinados entre ellos, el P. Restrepo, todos bien armados, dejaron el lugar a las nueve y media de la noche, resueltos a echar por tierra a los miserables que osasen impedir su marcha. Los jefes de la oposición en esta noche se cortaron y mandaron retirar las emboscadas; y para mi satisfacción como a las diez y media, supe que no habían tenido impedimento.

*



Febrero de 1841

Día 1°. —Esta noche recibí cuatro letras de mi esposo diciéndome: que habían llegado a Abejorral, antes de amanecer; que allí supo de un encuentro que debía haber tenido lugar entre el coronel Borrero y Córdova en Fredonia, dos días hace; pero nada de cierto hay sobre este particular: que en Abejorral de donde salía hoy, habían el P. Restrepo y él reunido como treinta voluntarios que les acompañaban hasta encontrar al coronel Borrero, tomando la vía de Cienegueta: Que el posta de los facciosos Isidro Mejía, había sufrido una fuerte caída de a caballo, al llegar a Abejorral, motivo por que no había podido continuar su marcha hasta muy tarde de la noche; y que por consiguiente ya sería difícil que los facciosos detuviesen su paso.

Día 2. —Hoy ha escrito de La Ceja el Sr. Juan María Marulanda: “que el coronel Borrero está en Itagüí— que el P. Dr. Botero está mediando en una composición entre el poder legítimo y la facción; que dijo Borrero que propusiera Córdova y que éste había dicho: ‘que entregase el coronel Borrero sus armas, y que le daría a él y sus oficiales salvoconducto fuera de la provincia’; a lo que el jefe del gobierno había contestado: ‘que rindiese las armas Córdova y que él y sus cómplices serían juzgados por el código penal’”. Bravo ¡así es que se contestan proposiciones tan descaradas como las de Córdova; creería éste seguramente que el coronel Borrero venía desde el valle del Cauca a pedirle pasaporte!, idea que sólo en la cabeza de Córdova puede caber.

Día 3. —¡Que largo se vuelve el tiempo cuando esperamos la definición de un problema que nos es de sumo interés...! Nada hemos sabido hoy— ¡Muy pocos hay en este lugar que no aguarden con ansia el *triunfo de Borrero!*

Día 4. —En la tarde de este día ha llegado una persona que dice viene de Itagüí, la que se ha dirigido a los agentes de los facciosos, y luego se supo que el día 1° del presente hubo una acción, y que el día 2 por la mañana, se vio bandera blanca, tanto de parte del general Borrero como de Córdova, y que este día por la tarde todavía estaban en tratados.

Día 6. —Ayer después de la oración llegó el Sr. Braulio Henao, y hasta hoy no pude verlo. ¿Qué hay? le dije. ¿Qué hubo? ¿Cómo estamos después de tantos días de incertidumbres, de vacilaciones y de esperanzas, que llenas de buenos presagios hasta este momento, en nada se han podido fijar? Enseguida oí con mucha atención al Sr. Henao, quien en pocas palabras me manifestó hasta qué grado nos habíamos equivocado los que creíamos que la facción estaba terminada a consecuencia de la llegada del general Borrero, a quien por cinco meses estuvimos deseando en la provincia...; y que al contrario el encuentro del general y del jefe de la facción, sólo había servido para dar a nuestros enemigos nuevas esperanzas, nuevas alas, que los mantuvieran más obstinados en sus pretensiones contra el orden legal. ¡Qué lástima perderse una ocasión tan deseada! Las razones de todo han sido, en compendio: 1°. La fuerza del general Borrero en lugar de seiscientos veteranos, fueron doscientos hombres, y la mayor parte reclutas; pero buena gente y que se ha portado bien en toda la extensión de la palabra. 2°. El triunfo conseguido en Riosucio, donde sesenta y tantos fusileros con dos piezas de artillería, hicieron tomar la fuga a más de cuatrocientos hombres, alucinó de tal modo al general, que creyó apenas necesaria la presencia de sus doscientos valientes para la derrota del cabecilla, cuya fuerza ignoraba, y la creyó menor de lo que efectivamente era. 3°. La invitación que hizo el jefe de la expedición el patriota cura Felipe Restrepo, quien estaba igualmente alucinado, tanto con el triunfo de Riosucio, como con los seiscientos veteranos que se decía traía el general, a consecuencia de lo cual salió a su encuentro con la loable intención de empeñarlo más en la celeridad de las operaciones, como de proporcionar al ejército toda la comodidad posible: 4°. Llegó la hora del ataque el día 1° del

presente a la una de la tarde, provocado por Córdoba, que situado en una cuchilla a cinco o seis cuadras de distancia de la plaza de Itagüí y dividida por una cañada algo profunda, ocupaba por lo mismo un punto más ventajoso para su defensa, que en el que estaba situado el general Borrero, que era de menos elevación. Se dice que el general Borrero había mandado que su tropa no pasase la cañada, y que guardase la defensiva, esperando que el enemigo acometiese, tanto para mejor efecto de los cañones que estaban colocados en la plaza, como para no exponer la poca gente que tenía, y a trescientos y tantos hombres que espontánea y voluntariamente habían aumentado sus filas, sin que hubiese precedido requerimiento alguno. Contra las órdenes del general, o porque ellas fueron mal entendidas, los valientes de la fuerza legítima que se hallaban divididos en varias guerrillas, al ver que el enemigo se aproximaba, treparon al otro lado y los hicieron huir desfavoridos, y por lo mismo los cañones no pudieron obrar como debían y aunque uno o dos oficiales se avanzaron hasta entre las filas enemigas, situadas sobre la explanada de la cuchilla, infundiéndoles terror, se vieron muy en breve obligados a retroceder, porque su fuerza era sumamente desigual; y habiendo sido el combate obstinado, vino a cesar el fuego poco antes de la oración. El general Borrero no quiso ceder a la propuesta de uno de sus oficiales, de acometer un asalto antes de amanecer, cuyo movimiento no hubiera resistido el enemigo, porque los muertos que hubo entre su tropa habían inspirado ya un desaliento general; el día puso fin a la acción, y el ataque terminó de un modo ambiguo, tanto por parte del general Borrero, como por la del cabecilla Córdoba. El día 2 al romper de la mañana, se vio la bandera blanca de ambos lados: quién la puso primero, se ignora. En este día llegó muy temprano el Dr. Botero proponiendo la suspensión de hostilidades, y todo el día continuó haciendo el papel de embajador de Córdoba. El coronel Gómez hizo también propuestas que fueron rehusadas, y de este modo se pasó el día 2. El día 3 por la mañana se trasladó el general Borrero al campo de Córdoba, en donde encontró a los consejeros del supremo, su primo Obregón y cuñado Jaramillo, habiendo sido éstos los órganos que empleó para los tratados que se verificaron a las cinco de la tarde.

Los puntos principales del convenio fueron: 1° Que las fuerzas del gobierno con todas sus armas se retirasen a cualquier punto de la provincia del Cauca,

sin molestar a Córdoba; ni ser molestados en su marcha: 2° Que los que habían auxiliado a las fuerzas del gobierno, en cualesquiera manera, nada sufrirían por Córdoba: 3° Que los heridos de las fuerzas del gobierno serían atendidos con el debido cuidado.

El motivo principal para no haber continuado el ataque las fuerzas del gobierno, consistió en la falta de pertrechos, pues sólo los cañones tenían algo. El Sr. Henaó aseguró que aunque la fuerza del gobierno sólo constaba de doscientos hombres, el día 2 había más de trescientos voluntarios, y que aprovechándose de la noche, siempre se hubiera decidido la victoria por el gobierno; pues se sabía que los facciosos estaban faltos de municiones, que al día siguiente recibieron en abundancia, motivo por el cual Córdoba propuso tratados. ¡Cuánto siento este inesperado desenlace, después de tanto tiempo de conservar esperanzas tan lisonjeras, concebidas, y con razón, desde que se tuvo la noticia primera de la llegada del coronel Borrero! Mas, nuestra suerte será padecer y padecer largo tiempo para algún día gozar con más perfección y seguridad la tranquilidad tan deseada.

Se había oído decir también, que cierta fuerza del gobierno debía llegar por Nare, obrando en combinación con el general Borrero; pero esto ha salido tan falso, como el triunfo que hemos soñado. De todo lo sucedido se puede conjeturar: 1° Que el gobierno se halla muy atacado, cuando la provincia de Antioquia, uno de sus más fuertes apoyos, no recibe el auxilio que merece: 2° Que si el general Borrero no se alucina con un triunfo anterior, y convoca a estos pueblos en los que hay hombres de fibra y de valor. ¡Cuán distintos hubieran salido los tratados de Itagüí!

Día 7.—A la vuelta de Nisser de Itagüí, me comunicó el descontento producido por los tratados tan poco honoríficos para la reunión de quinientos voluntarios, que ofrecían sus servicios en favor de la causa justa. Yo le dije: “que mucho teníamos que sentir la continuación del poder ilegal; pero que me había llenado de placer al ver el entusiasmo que manifestaba por el bien de mi patria, y que viviera persuadido que sus ofrecimientos en Itagüí le hacían honor, porque yo sabía que de cuantos extranjeros existen en esta provincia, sólo él había ofrecido sus servicios en aquel campo; y esto es tan placentero para mi corazón, como sensible el que no hubiera triunfado el poder legítimo”. Uno de los resultados del

encuentro desgraciado de Itagüí, ha sido: que el primo letrado, el ex gobernador de esta desdichada provincia se quitó la máscara, y que los cabecillas derrotados en Honda, han figurado como jefes en aquella jornada; pero lo peor de todo es, el aliento y fuerza moral que tomarán los malvados, a consecuencia de un triunfo que ellos no esperaban, ni hubieran soñado, y que jamás deberán haber alcanzado, sino sólo por nuestra desgracia.

Igualmente me comunicó Nisser la perfidia que por orden de Córdoba había tenido lugar contra el general Borrero, a saber: que al pasar cerca al paraje llamado Valeria, antes de llegar a Itagüí, vio el puesto donde un Sr. Correa había sido herido en una mano, quedando su caballo muerto de un balazo dirigido a éste equivocadamente, porque al asesino no le habían dado otra señal que la del caballo, y como Correa venía entre la tropa sobre un caballo blanco y brioso, infirió que era el general, y que el golpe era seguro.

Después de esto, en Itagüí el mismo Córdoba pagó a un tal Restituto Ramírez para que se presentara a Borrero y lo asesinara: mas sospecharon de él, y lo pusieron preso. Últimamente, por una fatalidad, atendieron al reclamo hecho por el jefe de la facción, y este malvado ha quedado impune.

Debo referir así mismo, lo que una persona fidedigna acaba de contarme, como una prueba evidente de la mala fe de la facción, de sus jefes, y de sus satélites. Al salir de Itagüí el general Borrero para cumplir con los tratados retirándose al valle del Cauca, aparentando Córdoba cierta atención al general, le acompañó hasta el pueblo de Fredonia, y con este pretexto tuvo lugar para seducir parte de la tropa que aquel llevaba. Antes de la salida del general había mandado Córdoba a uno de sus oficiales, que disfrazado debía hallarse en Riosucio antes que Borrero para que le quitara la vida, contando de este modo con seducir los ciento y más hombres que le restaban; pero por una coincidencia singular pudo saber Borrero de lo que trataba, y supo también evitar el golpe. En vista de esto se conoce que el sistema que han adoptado los facciosos para la consecución de sus miras se reduce a hacerse dueños de todo lo que creen perjudicial a sus planes y a sus maldades, valiéndose del engaño, donde la fuerza no alcance; pero ¡gracias a Dios! en esta ocasión no lograron su inicuo intento. ¡Salve general Borrero, y que el Sr. Supremo proteja tu existencia, y conserve tu vida!

Día 10. —El Sr. Hilario Jaramillo llevó una comunicación del resultado de Itagüí para la gobernación de Honda, porque se cree que el gobierno carece de los datos positivos, y también para mover la atención hacia esta parte de la República.

Día 11. —El supremo de esta provincia ha perdido un apoyo considerable en su compadre el cura de Rionegro, quien se ha marchado para la Costa, acaso porque no tiene confianza en el triunfo de su partido; y si todos los cabecillas de la facción dejaran una línea como la mina del Sr. Abad, alguna indemnización tendría el gobierno el día que comenzasen las justas represalias; pero yo creo que el dicho compadre es uno de los muy pocos que tienen alguna cosa que perder.

Día 15. —Se ha sabido por cartas particulares la muerte y exequias del esclarecido patriota coronel Juan José Neira. Como un astro de movimiento excéntrico apareció el gran Neira, y brilló por un término muy limitado; pero vivió suficiente tiempo para sí mismo, para su propia gloria y para gloria del suelo granadino que tuvo un hijo tan digno de ser llorado de sus fieles amigos y de todos sus compatriotas.

Día 16. —Se dice como cierto, que el autor principal de nuestros males, el enemigo feroz del bien de esta patria, el cabecilla Obando, ha reaparecido en la provincia de Popayán, sólo para apurar los padecimientos de los amigos del orden social. Quizá será para que el triunfo sea más completo, que este motor de la mayor parte de los males que sufre hoy esta mi desgraciada patria, ha vuelto a aparecer.

Día 28. —Tenemos otra vez la mortificación de un paquete que dicen que es para favorecer la recluta. ¡Si llegará el día en que no molesten a mi vista objetos tan odiosos, y que tenga el consuelo de no ver sino bayonetas amigas!



Marzo de 1841

Día 7. —Nisser ha concluido el plan topográfico de esta provincia por el cual da una perfecta idea de los puntos que deben ser ocupados por las fuerzas que se esperan del gobierno, y a fin de que no puedan errar el tiro, y que ninguno de los cabecillas escape. Tanto él, como el P. Restrepo, se han dirigido al general Herrán, comunicándole algunas noticias y presentándole aquel plan, por medio del cual creen más seguro quedarán cortados de raíz todos nuestros males. Esta noche fue despachado el posta.

Día 8. —En esta tarde han traído preso a Hilario Jaramillo, quien fue sorprendido a su regreso de Honda, cerca del río Samaná, por Isidro Mejía; y a la noche lo dejó ir a su casa bajo la responsabilidad de dos fiadores, el oficial del piquete que es un tal Estrada. Hablé con Hilario, quien me contó que había sido despachado de Honda para Bogotá por el general París, y que el general Herrán recibió la comunicación sobre el suceso de Itagüí, el cual ignoraba el gobierno hasta entonces. ¡Puede ser que esto sirva de algo! Igualmente me refirió el cariño particular del general Herrán y de su familia en cuya casa pasó, y que tuvo la bondad este benemérito general, de mandar expresiones a Nisser.

Día 9. —Se habla lo que se refiere al Dr. Florentino González que ha poco llegó de Bogotá como fugitivo, tratando de hacer ver los malos ratos que el Dr. Vicente Azuero, y él mismo, han pasado allá, en donde los amigos del orden público, no han dejado a rienda suelta, a ciertos enemigos declarados. Ha dicho

igualmente, que se hallan en mal estado las fuerzas del gobierno y que este contaba con el apoyo de esta provincia lo que ha alimentado a la facción; más el viaje de González para Europa, quiere decir, que él tiene perdidas las esperanzas de que pueda triunfar su partido. Con más trabajo que ayer se ha conseguido, el que dejen ir a Hilario por esta noche a su casa: José María Henao (Chelas) que lo fio anoche, no quiso fiarlo más; y dos Sres. adictos al gobierno lo han fiado esta noche, y se fugaría si no fuera por no comprometer a estos dos hombres de bien; pero está arreglado todo para fugarse mañana, y piensa seguir por Ledesma. Dios quiera que escape de las garras de los facciosos, porque se sabe que mañana lo mandan para Rionegro donde ya tienen preparado el banquillo.

Día 10. —Apenas amaneció cuando Estrada y Chelas, fueron a conducir a Hilario para la cárcel. Como a las siete mandó a donde Nisser, por un frasquito de medicina, pues se había fingido malo del estómago, y en presencia de sus veinticinco guardias, tomó el remedio, y a un momento pidió licencia para salir al solar, y llamó al que lo debía conducir. El soldado se quedó parado en el corredor y lo dejó ir solo, y tan luego como conoció que no era visto, corrió sobre la pared más baja y desapareció, como un relámpago. A un rato el soldado que se había distraído conversando con otro, viendo que no volvía, lo llamó, y no hallándolo creyó se había ido para su casa, a donde fue a buscarlo, y muy sorprendido de no encontrarlo, dio cuenta: entonces se puso en movimiento todo el piquete, y Chelas ofreció la libertad a su esclavo, con tal que le trajese a Hilario vivo o muerto... Hasta ahora que serán las diez de la noche, han sido vanas todas las solicitudes, ¡ni razón de Hilario!, ¡gracias al Todopoderoso!

Día 11. —Esta mañana bajé a la plaza como a las siete, cuando encontré la casa del Sr. Cura rodeada de soldados: pregunté qué cosa era, y me dijeron que ya habían cogido al Sr. Ignacio Bernal, y que estaban buscando a Braulio. Mi susto fue extremo, pues preví desde aquel momento lo mucho que tenía que sufrir este desgraciado pueblo. Al cabo de una hora que habían empleado Estrada y sus soldados, en buscar a Braulio, lo veo salir en medio de todos ellos: lo conducen a la cárcel en donde estaba ya Bernal, y los aseguran con grillos. A poco rato se decía en el lugar que Estrada tenía una lista de todas las personas que debía remitir, y que Chelas había mandado a Córdoba esta lista, en la cual

ocupaban el primer lugar todos los que fueron a Itagüí, y después toda persona sospechosa o adicta al gobierno; ¡Así cumple el malvado de Córdoba con los tratados de Itagüí! ¡Para esta gente no hay nada sagrado! Asustada con el peligro de mi esposo, le propuse se retirara del lugar mientras pasaba la borrasca, y lo hizo en efecto, habiendo convenido en que yo le avisaría lo que hubiera, para que saliese en caso que lo necesitase.

Día 12. —Llegó un oficial titulado Benítez con quince hombres para conducir a los Sres. Henao y Bernal. Se dice que el general Borrero fue sorprendido en García cerca de Cartago, y que sus oficiales habían sido lanceados, y que únicamente él se les había escapado, y que a los cuatro días lo habían cogido, y que lo mantienen preso.

Día 13. —Hoy a las ocho de la mañana ha marchado Benítez conduciendo a Braulio y a Bernal con esposas, en medio de quince soldados; y como a un cuarto de hora después ha salido Estrada con veinticinco hombres a la retaguardia, temeroso de que en el tránsito hasta Abejorral se los quitaran; y así mismo han seguido doce o catorce reclutas conducidos por los mismos soldados que custodiaban a Henao y Bernal. El sentimiento con que se ha visto sacar a estos Sres. a quienes condujeron de un modo tan ignominioso, ha sido general: lágrimas de desesperación han derramado todos los espectadores, y yo no solamente lloré, sino que me estremecí al pensar que podía llegar el día en que viera sacar a mi esposo del mismo modo.

Día 14. —Hasta ahora que serán las dos de la mañana, he estado en casa de doña Andrea, y allí hemos recibido la consoladora noticia de que unos negros, o más bien unos blancos teñidos de negro, habían quitado a los Sres. Henao y Bernal.

Día 18. —El P. Restrepo se ha ido hoy, a una confesión a Perrillo, y yo creo que se quedará por allá, pues es uno de los que debe mandar Estrada.

Día 20. —Por una casualidad he sabido que el Sr. Félix Henao, tiene a su hermano Braulio, a Bernal y a otros muy escondidos, de modo que él es el único que sabe la morada de ellos; y así ningún otro puede ayudarle a llevar lo que

necesitan, teniéndolo que hacer él solo, y a media noche por caminos malísimos aguantado las lluvias, y sin poder llevar luz para no ser visto. Mucho tiene que trabajar este buen patriota.

Día 21.—Hoy se ha sabido que el supremo Salvador de los facciosos, ha marchado para el valle del Cauca, con los cuatrocientos que le quedaban; porque después de su gloria en Itagüí, que costó la vida a más de sesenta hombres y otros tantos heridos, los cuales han muerto la mayor parte, se le han fugado muchos; de modo que Córdova ha marchado con cuatrocientos, y un Alzate con ochenta a los dos días; deseo vivamente que sea bien recibido en el valle, así como lo manifiesta una carta que le fue dirigida en días pasados.

Se ha firmado poco hace, un nuevo arreglo para la administración de esta provincia, a saber: fuera del jefe supremo hay un consejo de gobierno, cuyos miembros son, el ex gobernador Obregón, presidente de él —un médico Dr. Mendoza y un Dr. Mejía, ambos consejeros— Manuel Antonio Jaramillo funciona de gobernador, y el Dr. Ramón Lombana, de secretario general.

Día 27. —Desde ayer se dijo: que los Sres. Vezga y Vicente Córdova llegaban a este lugar, a honrarlo con su presencia. Mucho preparativo dicen que hay donde Chelas para recibir a éstos ilustres huéspedes; y hasta hoy antes de medio día han llegado acompañados con un Leal que siendo capitán de los facciosos, en nada merece este apellido. Dicen que Chelas presentó a Vezga y a Córdova, en el momento que llegaron una lista de más de treinta individuos, que él proponía debían salir del lugar, y en la cual estaban incluidos su suegro y el cura.

Día 28. —Hoy me ha comunicado el alcalde un decreto del supremo, por el cual manda que dentro de tres días deben presentarse varios ministeriales, para seguir a Rionegro en calidad de desterrados; y como Nisser se halla ausente, me han notificado dicha orden, para que le avise y se presente. Le mandé razón, y esta noche ha llegado, y al momento le dije, que por la tarde había mandado a preguntar al supremo si le daba pasaporte y que había contestado: “para la Costa en el momento, pero ha de ser con la mujer, pues estoy persuadido que ella perjudica más que él”. No nos dejó de causar risa el miedo del supremo;

y después de reflexionar sobre lo que se debía hacer, fuimos de parecer que se fuera a Rionegro, acaso porque allí podría ser útil a nuestro partido, yendo a Marinilla y a Medellín a preparar los ánimos con las noticias que existen aquí de los buenos patriotas; pues es muy conveniente que estos pueblos se pongan en comunicación, por si llegare el día de recibir auxilio del gobierno.

Día 29. —Como estoy un poco indispuesta de mis males habituales solicitó Nisser de Vezga, por medio de los pocos que se ven con él, lo dejara tres o cuatro días más mientras me aliviaba, dando dos fiadores personas de la confianza de Chelas, bajo cuya seguridad el supremo concedió esta gracia. Esta noche ha visto Nisser al cura, quien le contó: “que Vicente Córdova lo había visitado en esta tarde, y que principió su conversación demostrando, la justicia de la causa de la oposición, y tratando de persuadirlo a que debía llamar a su hermano Braulio, que nada le sucedería; y que esperaban tanto él como el general Vezga, (quien había extrañado que el cura no lo hubiese visitado), que no se mezclase en los asuntos políticos del día, y que de no prometerlo solemnemente sería preciso hacerlo marchar para Rionegro”. El cura que por los ultrajes hechos a su hermano, se había incomodado más de lo que se figuraba Córdova, después de haber oído las reconvenciones y amenazas de éste le respondió: “los ultrajes y vejaciones que ha sufrido mi hermano han sido injustos; porque lo único en que ha faltado a ustedes como supremos de esta horda de vándalos que en el día nos dan la ley, es en haber ido a Itagüí. El pacto que allí se formó entre el jefe de las tropas del gobierno legítimo y su hermano ha sido violado groseramente; pues persiguen a todos los de este pueblo que ofrecieron su servicio al general Borrero”. Córdova respondió: “las circunstancias exigen que se aseguren las personas que se han dado a conocer como sospechosas contra el sistema político que se ha adoptado en el día, mientras las cosas se arreglan según conviene para el bien público”. No diga usted, interrumpió el cura, el bien público; porque el bien que tratan de cimentar es el de ustedes mismos y el de su bando, a costa del bien público; y en todo caso no reconozco autoridad alguna en usted ni en los suyos, tanto más, cuanto la oposición a que usted pertenece no existe, porque sólo la hay mientras se usa de las armas permitidas por la ley, que son la censura de los actos de los magistrados, bien de palabra, por escrito, o por la imprenta. La oposición con las bayonetas en la mano, no es otra cosa que vandalismo y latrocinio... Señor

cura, replicó interrumpiéndole, usted se irrita demasiado. “Verdad es, dijo el cura; por mis venas no circula ya sino fuego, y como usted me lo ha indicado, estoy pronto a abandonar las obligaciones que tengo como párroco, para irme a Rionegro a donde ustedes quieran; pero jamás sabrán por mi boca donde está mi hermano, mi ultrajado hermano”. Córdova dejó pasar un momento, y le volvió a decir: “pues señor, si usted no quiere obrar en favor de la causa de la oposición, al menos conviene que no haga nada para contrariarla, pues esto se lo debe aconsejar su prudencia”. Vuelvo a decirle, contestó el cura: “que jamás he sido indiferente a la causa del gobierno legítimo. Que mi juramento por la constitución es y será para mí un objeto sagrado, y así lo repito: que nunca haré ni a usted ni a sus compañeros promesa alguna, ni menos de ver con indiferencia todas sus iniquidades, y que al contrario, mientras yo viva tendrán ustedes en mí un enemigo el más acérrimo”. En esto entró el Sr. Félix Henao hermano del cura, y como se volvió a tratar sobre que éste debía marchar para Rionegro, dijo: “mi hermano debe irse, y si usted quiere yo también estoy pronto a hacerlo”. A lo que contestó Córdova: “usted no está en esta lista que nos han dado”; y viendo Córdova que nada podía sacar, ni por bien ni por mal, se despidió. Cuanto me ha gustado que este sota-supremo se haya tenido que tragar todas estas verdades.

En esta noche ha salido Nisser por varias ocasiones a la calle, lo que extrañé sabiendo que no tiene más enfermo a quien asistir, sino a mí. Como a las nueve de la noche me confió la obra que había entre manos, a saber: que Braulio Henao y su hermano Félix, con otros varios estaban reunidos en número de 25, en una casa la más inmediata al cuartel, y que entre ellos se hallaban mis dos hermanos, por quienes a la oración habían mandado a una posesión en que existían escondidos desde que hay piquete en este pueblo; que el plan era sorprender el cuartel y a la vez a los dos supremos, Vezga y Córdova, al mencionado Leal y a los demás de la liga; asegurar a los cabecillas, hacerles llamar al malvado Isidro Mejía para que viniese con su gente, y con estos fusiles y los que existían en el cuartel, junto con las lanzas que estaban preparadas, marchar al momento sobre Medellín, en cuyo cuartel habrían solamente como cincuenta reclutas, porque el Salvador se había llevado toda la gente. ¡Con cuánta atención oiría a Nisser que había acabado de hablar, y me parecía que todavía lo estaba oyendo!

Mis males desaparecieron en el momento, y levantándome le dije seriamente: “pues yo espero que ustedes tengan a bien que los acompañe, para tener el gusto de ayudar a asegurar a nuestros supremos”. Entonces se sonrió creyendo que era chanza; pero viendo que estaba resuelta me dijo: aunque usted se expone, permitiré que me acompañe, voy un momento a ver lo que hay y vuelvo. A un rato llegó y me dijo: que como la noche estaba sumamente oscura y lluviosa, habían cerrado el cuartel los facciosos: que los supremos estaban en su rochela cantando y bebiendo todavía: que todo estaba preparado para el toque de la Ave María, y que don Félix se había encargado de ir, él mismo en persona a darlo más temprano que lo de costumbre. Es imposible pintar lo que mi corazón experimentaba en este momento; pues me parecía que ya oía el grito de “viva el gobierno legítimo”. Como a las once de la noche entró uno de mis hermanos y nos dijo: “por un cobarde se pierde el mejor plan, pues se ha retirado diciendo: que no podíamos salir con la empresa, según las noticias que comunicaban del valle en una carta que él había visto”. Entonces salió Nisser, y cuando volvió me dijo: “todos se han dispersado, unos han vuelto a sus casas y otros a sus cuevas”. Al oír esto me quedé tan aturdida, como si hubiera visto caer un rayo a mis pies, y más cuando me había dicho lo adelantado que estaba todo; pues se había arreglado el aviso para Abejorral, Aguadas, Salamina, Marinilla y Envigado: como se habían de guardar los puntos principales para favorecer la comunicación fuera de la provincia. Se había dispuesto que el paso de Bufú quedase inmediatamente ocupado; y últimamente se contaba con algunas armas del establecimiento de Marmato, en una palabra, todo estaba ordenado de un modo, que dentro de dos o tres días habían podido hallarse en capacidad de batir al supremo Salvador, en caso que volviera a favorecer a sus compañeros; pues había gente de más, y armas, fuera de las que se encontrasen en el cuartel de Medellín, tenía el patriota cura de Itagüí Felipe Restrepo algunas escondidas, desde el fatal suceso del 1° de Febrero.

Día 30. —Hoy se ha sabido que el puesto de Buenavista está ocupado por los facciosos, motivo por el cual el mapa y los documentos que fueron mandados al general Herrán, no han podido llegar a su destino. Esta mañana estuvieron muy alegres los facciosos, y aunque sus superiores no pensaban irse sino hasta el lunes, hoy sin embargo a las once montaron a caballo para volver a Rionegro sin

saberse el motivo. Mi enfermedad se aumentó con el disgusto de ver malograda la ocasión de aprisionar a los supremos que nos están atormentando.

Día 31. —Se ha sabido que por un anónimo se anunció a Vezga y a Córdoba, que sus vidas no estaban en seguridad en este lugar, y que este fue el motivo para su inesperada salida. En su lugar quedó un tal Víctor Leal titulado capitán, tomando a su cargo un piquete de treinta hombres. Hoy se ha publicado un bando en que se dice: 1° Que S.E. Manuel Antonio Jaramillo, quien actualmente ocupa la silla de la suprema jefatura, ha nombrado de general al coronel Vezga, atendiendo a sus muchos e importantes servicios. 2° Que el jefe supremo general Salvador Córdoba, teniendo que ausentarse de esta provincia para el valle del Cauca, nombraba al benemérito general Vezga de jefe supremo del Estado de Antioquia; y de consejeros de Estado a los honorables doctores Obregón, Mendoza y Mejía: de gobernador al honorable señor Manuel Antonio Jaramillo; y de secretario de Estado al Dr. Ramón Lombana, siguiendo después varios decretos de nuestro actual jefe supremo contra los que diesen auxilio a la facción de Bogotá. Al despedirse Vezga de su amigo Chelas, le prometió que volvería dentro de un mes con mil hombres para seguir a Bogotá a concluir la obra de la titulada oposición. Se ha sabido que el supremo Córdoba al llegar a la Vega no llevaba más que trescientos de sus valientes soldados; pues había sufrido su ejército una baja de más de ciento, a virtud de que unos se habían enfermado y otros desertado en el tránsito.



Abril de 1841

Día 2. —Hoy, gracias a Dios, me siento mejor, fuerte y determinada para contribuir con mis pequeñas fuerzas, pero con todas mis veras, a la caída de esos perversos que con títulos supositicios están aniquilando y destruyendo a esta tierra; y no me muevo porque ellos hayan ultrajado sin motivo alguno a mi esposo, ni porque persigan sin razón a todos los que se presentaron en Itagüí al general Borrero, pues mis sentimientos no dimanen de personalidades; sino sólo porque aspiro a la restitución del orden público, a que imperen la constitución y las leyes, y no la arbitrariedad ni los caprichos de los hombres, y a que exista un poder legar que dirija las operaciones públicas, y que proteja los derechos de los granadinos; y que si este sistema establecido por la razón para vivir en sociedad tuviese sus defectos, que debe mejorarse para mejorar de esta manera nuestra situación política, que siempre deseo se le considere separadamente de todo lo que se pueda llamar individualidad.

Día 3. —Hoy ha salido mi esposo para Rionegro a estar allí a la vista de los amos. ¡Ah! ¿Cuándo se sacudirá este yugo? ¡Qué lástima fue que el cobarde de la noche del 29 del pasado nos hubiera hecho perder el golpe magistral...! ¿Cuándo se presentará otra ocasión? Se temía igualmente que el señor cura tuviese que presentarse en Rionegro; pero los supremos temieron también dar este paso que podía conmovier al pueblo, y que habría sido tanto más desacertado para ellos, cuanto que según dicen sus agentes, no tienen otras miras que las de proteger a la religión, y por lo mismo parece que los ministros de ella estarán

menos expuestos a los ultrajes que se preparan contra cualquiera otro defensor del gobierno.

Muchas rondas ha habido en todas las cercanías y contornos de este pueblo buscando a Braulio y a sus compañeros; pero todas han sido infructuosas.

Día 6. —Hoy se ha sabido que el señor José Ignacio Bernal ha dejado a Braulio y a cinco compañeros más con quienes estaba refugiado, y que se ha presentado a Vicente Córdova, apadrinado por su compadre José María Uribe de Rionegro. ¡Qué poco corazón! ¡Qué poco cálculo...! ¡Qué poco...! ¡Cuánto se expusieron los que lo quitaron en el Chagüalo!

El ex coronel Durán y un Galindo han abierto sus hostilidades, y una guerra de insultos por medio de la imprenta. Mal agüero cuando los jefes no están de acuerdo.

Día 7. —El antiguo periódico de la facción se extiende mucho sobre el asilo que el ministro inglés había dado al Dr. Azuero, y trata de hacer ver que por este suceso se puede inferir que el Sr. Pitt Adams se halla muy bien impuesto de la injusticia con que está sufriendo el candidato *popular* para la presidencia venidera. En vista de esto yo solamente he pensado que esta acción del Sr. Ministro ha sido un acto de comedimiento y de hospitalidad en el alto puesto que él desempeña, sin que por esto se pueda ni sea lícito interpretar, que ha querido proteger el crimen ni justificar la conspiración; porque el Sr. Adams es caballero bastante avisado de sus deberes; a virtud de que si en alguna parte del mundo se reconoce el poder de las leyes, es en la Gran Bretaña.

Día 10. —Hoy ha salido de aquí el susodicho capitán Leal, con su piquete, y en unión de J. R. quien lo acompaña voluntariamente, y se dice que marcha a Salamina a reunirse con Estrada, el que se halla encargado de guardar aquel punto. Gracias a Dios. Descansaremos algunos días de la vida odiosa de estos vagamundos.

Día 11. —He recibido una carta de Nisser fechada en Rionegro, en la que me comunica: que el supremo Vezga no ha vuelto de Medellín, y que piensa ir a este lugar, tanto por adquirir algunas noticias, como por ver si aquel cumple lo que aquí prometió, a saber: que en el momento que se presentaran allí todos los llamados, daría orden para que regresaran a sus casas.

Día 12. —Hoy a las diez de la mañana ha venido Ramón Jaramillo de Aures y nos ha dicho, que Hilario Jaramillo (de quien no habíamos vuelto a tener noticia, desde que se escapó de las garras de los facciosos), ha llegado haciendo su viaje por el río, disfrazado, y con nombre supuesto: que Don Elías González lo buscó de peón en Honda para la Sra. Bernardina Ibáñez mujer del faccioso Florentino González que sigue para Europa; y que Hilario ha hecho este viaje, de semejante modo, por venir a traer la importante noticia de que dentro de pocos días bajará por el río el teniente coronel Rueda con quinientos hombres, con los que a buen seguro, cuenta batir las fuerzas sutiles, y que por Salamina saldrán otros tantos al mando del capitán Jaramillo, con quien obrará en combinación. ¡Cuánto placer me ha causado esta consoladora y positiva noticia! Seremos libres dentro de poco, no hay que dudarlo. Hilario, este buen patriota, que ha expuesto su vida tantas veces, y principalmente en este viaje tan arriesgado, ha hablado en Marinilla con el Dr. Giraldo, a fin de que tenga reunida toda la gente de ese pueblo entusiasta, para la llegada de Pineda.

Día 13. —Esta tarde se ha ido mi cuñado Raimundo a traer a Hilario; y varios muchachos están armados a la inmediatez del lugar, y preparados a defenderlo, a todo trance, en caso de que los facciosos tengan alguna noticia de su llegada y quieran prenderlo. Hasta las once de la noche me he estado en la casa de doña Andrea, y no ha aparecido.

Día 14. —Anoche volvió Raimundo y dijo: no haber encontrado a Hilario en el lugar que habían indicado; pero se sospecha que ya se halle reunido a Braulio, y por este motivo estamos sin cuidado.

Día 15. —¡Día memorable, y sin duda el más satisfactorio de mi vida! aunque son las doce de la noche, y todo el día he estado en continuo movimiento, no pienso acostarme; pues ¿cómo es posible entregarme al sueño, en lugar de estarme recreando en la dicha de este día? Toda mi vida resonará en mi oído ese grito que hizo estremecer mi corazón de contento ¡viva el gobierno legítimo! Tal vez no podré arreglar mis ideas para referir los sucesos de este afortunado día, ni mis lágrimas me dejan escribir. ¡Sólo aquellos a quienes el gozo ha hecho llorar alguna vez, sólo ellos conocerán el valor de estas lágrimas, y cuán diferentes

son, de las que en estos seis meses pasados me hizo verter muchas veces, el más acervo dolor, al contemplar la situación de mi adorada patria!

Serían las ocho de la mañana cuando llegó un posta que mandaba el P. Restrepo desde Salamina (en donde había estado oculto desde que supo que era uno de los que Estrada debía mandar preso) con la noticia “que el cuartel de Salamina había sido sorprendido por la tropa que conducía el capitán Jaramillo: el número de gente era de quinientos veteranos bien pertrechados; que parte estaba ya en Salamina, y la otra debía salir en breve, por la montaña; y al mismo tiempo invitaba a los patriotas de este pueblo para que hiciesen un esfuerzo, a fin de cooperar a la ruina de los malvados”. Con semejante noticia todos se pusieron en movimiento, y reuniéndose varios en casa de D. Juan María Marulanda, convinieron se guardara silencio, hasta que llegara Braulio que estaba cerca del lugar y que en el acto se marchara D. Félix a traerlo. Yo en el mismo momento propuse a doña Andrea mandáramos un peón a Rionegro, para transmitir la noticia a D. Juan y a Nisser; y como sabía que le habían dado licencia a Marulanda para estarse en La Ceja, le escribí para que fuese en persona a Rionegro a avisar a Nisser, a D. José Ignacio Gutiérrez y a D. Pablo Londoño quienes también se hallaban desterrados, para que en el instante se pusieran en camino antes que la noticia la recibiesen los facciosos, y los pusiesen presos. Tengo mucho temor de que pueda suceder esto. Como a las nueve del día vi a varios de los facciosos, en la tienda de D. Enero, y a un momento me dijeron: que Chelas había recibido una carta de Leal escrita en Aguadas, en la que le comunicaba que habían sorprendido el cuartel de Salamina; que con este motivo Chelas había mandado un posta con dirección a Pocitos, en donde se halla Isidro Mejía con doce hombres armados, y que un ministerial habiendo visto salir al posta mandó a un hermano mío con una pistola a atajarlo. Al ir a la casa de mi padre a informarme bien de todo esto, veo bajar muy a prisa por la plaza, a cuatro facciosos armados, y entonces un muchacho me dice: van a matar a su hermano Bonifacio porque fue a detener al posta. Corrí a la casa de D. Manuel Jaramillo (uno de los valientes que quitaron a Braulio) y le dije: vuele usted, en alcance de Bonifacio van cuatro facciosos armados, y él muy contento me respondió: “no hay cuidado pues su cuñado fue ya con una escopeta y con eso es lo bastante”. Yo que temía por mi hermano y por mi cuñado, pues

eran muchos los facciosos que un poco antes había visto reunidos, le dije con la mayor viveza: ¿qué aguardan?, ¿por qué no dan el grito, y aseguran a todos estos malvados? Entonces este joven intrépido corrió a su cuarto sacó un fusil que les había quitado en el Chagualo, y se fue para la plaza, y a ese tiempo salía gritando por una calle un amigo de él: “que dos facciosos le habían quitado su lanza y lo habían detenido porque vieron que iba a alcanzar a Bonifacio”. Entonces Manuel hizo un tiro y gritó: ¡“viva el gobierno legítimo! y aquí estoy yo para sostenerlo”. A cuya voz se reunieron cuatro o cinco y dirigiéndose al cuartel hicieron abrir la puerta. Manuel se paró en ella y caló bayoneta y los otros corrieron a prender a los facciosos que estaban en la esquina de D. Enero, de donde llevaron dos y de este modo en menos de media hora, habían encerrado a unos seis u ocho.

Es cosa digna de contarse lo que hizo mi cuñado, cuando fue a favorecer a Bonifacio. Al llegar al río alcanzó a los cuatro hombres armados que iban a cogerlo, de los cuales dos de ellos llevaban escopetas, y los otros dos lanzas; y como a una cuadra de distancia les gritó, “alto”: entonces se pararon, y tendiéndoles la escopeta, les dijo: “el que se mueva lo mato”. Ellos comenzaron a reconvenirlo, y él a todos les contestaba, “ninguno se mueva porque muere”. En esto llegó a donde él estaba un ministerial armado con una escopeta y Raimundo le dijo: “no me deje mover a ninguno de éstos, mientras yo cargo mi escopeta”; y comenzó a cargarla a presencia de ellos. ¡Qué vergüenza el que cuatro hombres armados, hayan sido detenidos por uno solo, con una escopeta descargada!

Como a las doce vimos llegar a Braulio con Hilario Jaramillo (a quien don Félix había conducido secretamente al lado de su hermano) y los acompañaba José María Angel, uno de los que quitaron a Braulio en el Chagualo, desde cuyo tiempo lo acompañaba; entró a la plaza en medio del mayor contento y alegría; y hombres y mujeres de todas las clases, corrieron a abrazarlo, como a su libertador. Él entró gritando vivas al gobierno, y diciendo: “que nada había que temer, y que quinientos veteranos estaban en Salamina a sus órdenes”. Esta determinación dictada por el P.E. fue de importancia vital, y con ella se recibió también el despacho de sargento mayor para Braulio, cuyo grado se le había conferido por el general Borrero, en Itagüí, por el valor e intrepidez que allí demostró. Después de esto tocaron la caja y comenzaron a reunirse y a alistarse

todos los ministeriales de este pueblo, es decir; la gente decente porque la plebe pertenece a la facción, a virtud de que don Enero y su hijo, han trabajado mucho en este sentido, diciéndola: que Córdoba y su partido, se han armado para defender la religión: que los bienes de los ricos, serán distribuidos entre los pobres; y que sus jornales serían aumentados y mejor pagados, razón por la cual toda esta gente ignorante, ha abrazado ciegamente ese odioso partido. A las seis de la tarde, había como ochenta hombres: todos fueron a dormir al cuartel: se recogieron las pocas armas que existían en el pueblo; se establecieron patrullas, y se destacaron centinelas en las esquinas. ¡Qué bullicio tan agradable! ¡Qué placer tan grande, causan a un corazón amante de la patria, esos gritos de ¿quién vive? dados por los defensores del orden! mientras que el de ¡viva la libertad! en la boca de los traidores, causaba siempre una sensación penosa.

Resta decir, para dar fin a los sucesos de este día, que el haber dado el grito antes de la llegada de Braulio, y tomado las disposiciones convenientes, fue causa de que Chelas se hubiera escapado, con cuatro o cinco compañeros mas, los que sin duda han seguido para Rionegro, a reunirse con su amo Vezga; pero no importa, pues que juntos la pagarán. Por la tarde mandó Braulio en comisión, a Antonio M. Londoño, con diez y siete hombres a sus órdenes, a coger al perverso Isidro; y creo que mañana muy temprano tendremos el placer de verlo entrar, del mismo modo que condujo a Hilario, ahora pocos días.

Día 16. —Hoy como a las ocho se ha ido Braulio con veinticinco o treinta hombres a prender a Leal, que se dice está con su gente en el río de Arma y el que sin duda, luego que supo que habían cogido a Estrada, venía para este lugar, a reunirse a Isidro. Como a las dos de la tarde ha vuelto Braulio, trayendo prisioneros a Leal y sus catorce compañeros; y los fusiles que tenían estos facciosos, se hallan en manos de los jóvenes de este pueblo. Habiéndome causado admiración ver que no ponían preso a Leal, y que el Dr. Henao lo llevaba a su casa, pregunté: ¿por qué dejaban en libertad a este perverso? y me contestaron: que Braulio había ofrecido seguridades, tanto a él como a sus soldados, pues el encuentro había sido del siguiente modo: luego que se avistaron, había mandado Braulio al Dr. Henao a donde Leal a que se entregara, y éste contestó negativamente; y que entonces viendo Braulio que aunque tenía mayor número de gente, sus armas de fuego eran pocas (pues sólo existían dos o tres fusiles, y

otras tantas escopetas, siendo lo demás lanzas), mientras que su enemigo tenía catorce hombres armados con fusiles y bien municionados, le pareció mejor hacer algún tratado, que exponer los jóvenes que le acompañaban, y por esta razón había ofrecido garantías a Leal, entregando las armas bajo esta condición.

Toda la tarde hemos estado en expectativa aguardando a Isidro. Como a las cuatro vimos que comenzaba a bajar toda la gente a encontrar a los que debían traerlo, y nos causó sorpresa ver que en lugar de esto, faltaban seis hombres de los que habían marchado (entre ellos mis dos cuñados.) Preguntamos la causa, y la razón que nos dieron fue: que los había derrotado: que habiendo recibido Isidro el aviso que le dirigió Chelas con anticipación, se había emboscado, los había sorprendido, cogido prisioneros a tres, quedando dispersos todos los demás, y que de los otros tres que faltaban no sabían. Con noticia tan inesperada se confundió Braulio y se extendió una consternación, cuyo carácter sería muy dilatado y difícil de pintar, entre las familias de los que no aparecían o habían quedado presos, pues nadie se figuró que existiesen con vida. Mas afortunadamente a las nueve de la noche, llegó uno de entre ellos, que figurándose el cuidado y alarma en que estaríamos, se adelantó a avisar que todos estaban libres: que los había dejado en una posesión inmediata al lugar, y que si no llegaban esa noche, era porque estaban muy cansados, mojados y muertos de hambre. Al oír una noticia tan interesante, la alegría volvió a reinar en todos los corazones, y el furor marcial apareció en los semblantes. Fuera del sentimiento que me causaba la pérdida de mis dos cuñados y demás amigos, me atormentaba la idea de que tal vez con este acontecimiento se entibiase el entusiasmo de algunos, o se desanimasen otros, que es lo peor que puede suceder. La libertad, este bien inestimable de la naturaleza y de la sociedad, es una prerrogativa que se debe recobrar a cualesquiera precio que sea, sin omitir sacrificio alguno; y no hay vida que yo no expusiera, por ver restablecido el orden público, y levantados altares a la constitución. Mi familia se opone a que yo tome las armas, y para contenerme me suplica que aguarde a que venga Nisser, y que al lado de él no tendrá tanto cuidado. Temo mucho que mi esposo esté ya preso, pues de no estarlo, debe llegar mañana, y entonces tendré la gloria de llenar los deseos de mi corazón, y de cumplir las promesas que tengo hechas desde un principio, de contribuir en alguna manera al bien de patria; pues en compañía de él, saldré con los que marchen a batir a Vezga.

Día 17.—Nada particular ha habido en la pasada noche: yo no he podido dormir, pues los gritos de *alerta* dados en las esquinas me conmueven de un modo que no lo puedo explicar. Hoy como a las ocho han llegado los cinco jóvenes que faltaban de los derrotados ayer, ¡Gracias a Dios! ya se acabó este sobresalto: muchos dudaban que estuviesen vivos. Braulio se fue a la madrugada a encontrarse con la columna que se cree debe estar en Aguadas, y don Félix su hermano ha quedado en este lugar haciendo sus veces. Si cada pueblo de la provincia hubiera tenido una persona de la fibra y decisión que el patriota Félix Henao, ¡cuántos obstáculos se hubieran presentado a Córdova y a sus satélites! Desde el mismo día en que el P. Restrepo propuso que se tomasen medidas activas para contener en su principio los trastornos políticos, desde ese día el señor Henao manifestó sin rodeos, cuáles eran sus sentimientos a favor del gobierno legítimo. En varias ocasiones se ha visto la viveza, sagacidad y destreza de este ciudadano por el bien público, pues antes que Braulio hubiera salido de la prisión había comprometido a un faccioso para que lo auxiliara, con el fin de conseguir la libertad de su hermano. Este individuo que protegió la fuga de Braulio, y que es de aquellos que sólo atienden a su propio bien, y de que más abunda la sociedad, hizo perfectamente su papel. Luego que en el Chagualo fueron quitados Braulio y Bernal, el infatigable Félix en compañía de los tres valientes que ejecutaron acción tan lúcida, los condujo a un lugar seguro, en donde los asistió expuesto a los espías que lo rodeaban, sin confiar el secreto a nadie, y como de día aparecía en el pueblo nada se pudo sospechar de él.

Joaquín Bernal titulado capitán de los facciosos ha llegado aquí para examinar dónde se halla su hermano Ignacio. Don Félix en el momento se acercó a él y le suplicó que si sabía o llegaba a saber en dónde estaba, no fuera a perjudicar a Braulio, pues que debían estar juntos, y que como los habían sacado presos con muchas seguridades, era de temerse que fuese funesta la intención que tuviesen respecto a él. El mencionado capitán respondió: que hasta entonces había estado creyendo estuvieran escondidos cerca de este lugar; pero que no siendo así, podía quedar persuadido el señor Félix del buen trato que le daría a su hermano, luego que tuviese el gusto de encontrarlo. El dicho Bernal dio cuenta a los supremos Vezga y Córdova, que había venido con el objeto de coger a Braulio con maña, ya que no habían podido por la fuerza; y

pensando que seguramente estaría en las inmediaciones de la Ceja del Tambo, por tener Bernal una posesión allí, dieron nuevas disposiciones y cesaron las rondas, viéndose don Félix por este medio libre del espionaje. He mencionado esto para hacer notar que una sola viveza de éste ciudadano, fue bastante para alejar las molestias que sufría este pueblo.

El asalto que debiera haberse dado a los supremos y a sus colegas, y cuyo aspecto presagiaba un buen suceso, fue proyectado por el señor Henao. Ya tengo dicho que un cobarde frustró el plan y expuso demasiado a todos los comprometidos; pues en tal virtud se mandó aviso a Abejorral, y fácilmente pudieron ser descubiertos. Se juzga que el anónimo que encontró el titulado capitán José María Henao (Chelas) debajo de la puerta de su tienda al siguiente día anunciando el riesgo que corrían las preciosas vidas de los supremos, fue dado por otro cobarde que se escondió en lugar de haber estado ocupando cierto punto de observación a que se le había destinado, dando a conocer de esta manera de que material era su fingido patriotismo.

He mencionado este suceso sólo por hacer advertir cuán fácil es equivocarse en asuntos tan delicados haciendo confianza de hombres que aparentan merecerla, porque entre los que más aspiran al título de *buenos patriotas*, hay muchos que bien lejos de merecer que se les repute por tales, son perjudiciales a la sociedad por su egoísmo y pusilanimidad, y principalmente porque en las convulsiones políticas debilitan la fuerza pública, pues se fingen amigos del gobierno a la vez que están haciendo cortejo a los usurpadores, y no por otro motivo, sino por el sencillo de quedar bien con ambos partidos. Son aún menos temibles los enemigos declarados que estos miserables, que sólo viven para sí, y para quienes nada vale el bien de la patria; siendo muy corto el número de los verdaderos republicanos, no es de extrañar la lentitud con que se mueven los medios empleados para la restauración del orden constitucional.

Día 18. — Toda la tarde me he estado en el camino de Rionegro esperando a mi esposo, y a la oración me he vuelto desconsolada y sin la más pequeña noticia. Ninguno de los desterrados parece, lo que me hace presumir que tal vez los han cogido a todos, y si no fuera por este tormento, miraría estos días como los más placenteros de mi vida. Nada ha habido particular, todos están en movimiento preparándose para la marcha: se están haciendo muchas lanzas,

se ha recogido el plomo que podía encontrarse en el lugar para hacer balas; las señoras todas están cosiendo blusas, y estas tres noches pasadas he estado cosiendo en compañía de dos hermanas hasta las dos de la mañana; pero la inquietud de ir cada momento a la plaza a ver si hay alguna novedad, no me deja estar constantemente ocupada en la costura.

Día 19.—Hoy como a las doce del día ha llegado el P. Restrepo con don Escolástico Marulanda, uno de los patriotas más exaltados que tiene la provincia, y a quien desde el principio de la rebelión de Córdoba lo están persiguiendo. Luego que supo que lo habían nombrado jefe político de Rionegro se escondió, por cuyo motivo lo han multado y lo tienen condenado a destierro si no se presenta, pero de ningún modo han podido conseguir a este ciudadano, quien ha preferido estar más bien en los montes, que bajo el dominio de los traidores. Yo corrí a la plaza a encontrarlo, y mi primera pregunta fue por mi esposo. El P. Restrepo me respondió: don Pedro estaba desgraciadamente en Medellín el día que llegó allí la noticia de que se acercaban tropas del gobierno; lo iban a prender; y don José M. Uribe logró esconderlo en su casa, en donde está seguro; pero Ud. No lo espere porque ya no es fácil pasar. No podré pintar la alteración que me causaron estas palabras, y más cuando no era posible persuadirme fuese cierto lo que escuchaba; pues me parecía estar viendo preso a mi esposo. Por la tarde llegó don Pablo Londoño (otro de los desterrados,) y estando aun a caballo, me le acerqué y con la mayor prontitud le dije: ¿quién fue el que cogió a Nisser? ¿Todavía lo tienen con grillos? Entonces me respondió: “no sé si le han puesto grillos, ni quien lo cogió: sólo sé que más acá de Rionegro estando ya en camino para este lugar, fue detenido y conducido preso”. ¡Qué ideas tan tristes me rodean! No sé qué partido tomar en este momento que será la una de la mañana. Mi ternura me aconseja que vaya a Rionegro a acompañarlo en su prisión, pues mi presencia se la hará más llevadera, más el bien público en general, me dice que no; porque allí ¿de qué utilidad puedo ser para mi patria o para mi esposo? Mañana me presentaré a Braulio, le pediré una lanza; marcharé en compañía de mis dos hermanos y demás patriotas de este pueblo, y contribuiré de este modo a la libertad de mi suelo.

Como a las doce del día he hablado con el P. Restrepo para saber dónde estaba la tropa, y me ha dicho que el C. Jaramillo está en Abejorral con treinta

hombres que fueron la avanzada que sorprendió al cuartel de Salamina, y que en Aguadas debía estar ya el C. Díaz con la demás tropa y con los fusiles; pero a un momento después manifestó el P. mucho interés en que se cogiera a Isidro, y aún pensó ir el mismo a ver si podía convencerlo, para que se entregara. Esto me ha dado mucho en que pensar, y creo que ni es tanta la gente, ni hay los suficientes fusiles, pues sólo por el interés de estos debe ser que se busca a Isidro. En donde esté este traidor no se sabe: dicen que ya no está en Positos, y por esta razón el P. en lugar de ir a buscarlo, se ha ido esta tarde para Abejorral.

Día 20.—Con el mayor asombro hemos visto entrar como a las ocho del día a Braulio con los voluntarios de Abejorral en número como de 25 a 30 hombres, y al C. Jaramillo con 30 que dicen ser veteranos: seguramente lo serán pero su figura es la más miserable: son unos infelices cubiertos de andrajos, y si así son todos los demás en verdad que no es muy temible la columna de Mariquita. Una persona hoy me dijo en secreto: “que a Salamina no habían entrado sino 110 reclutas, todos de Mariquita y sólo venían 9 o 10 veteranos”, a lo que contesté: no hable Ud. con nadie acerca de esto, pues sería muy perjudicial: muchos si supieran semejante cosa, no se comprometerían por nada, y Ud. debe estar persuadido que aquí no se necesitan sino armas, y que en habiéndolas aunque no haya veteranos el triunfo es seguro. Yo había pensado acompañar a Uds. ahora lo hago con más gusto, tanto porque puedo ser útil, como porque un ejemplo como éste arrebatará los ánimos vacilantes; porque ¿qué hombre que tenga vergüenza se quedará, viéndome marchar en las filas de Uds.?

Mi viaje estaba ya resuelto, y queriendo consultar este paso con alguna persona sensata antes de solicitar el consentimiento de mi familia, me dirigí a un sujeto de juicio quién me dijo: “me parece una acción demasiado heroica, pero peligrosa”. Yo sólo quiero saber si perjudicará a mi honor, le interrumpí, porque esto sólo será capaz de contenerme; a lo que me contestó: deshonoroso no es, sino al contrario, una acción virtuosa; pero Ud. debe hacer lo que su padre diga. Fui a la casa de mi padre y dirigiéndome primero a mi madre le dije: que esperaba de ella se interesase con mi padre, a fin de que me diera su consentimiento. Vi con placer que a ella no le desagradaba mi viaje, solamente se limitó a hacerme presente el delicado estado de mi salud. Volví un momento después a saber cuál había sido el parecer de mi padre, y con

el mayor sentimiento supe que se había opuesto abiertamente, diciendo que mi juicio en el estado de debilidad en que se encontraba a consecuencia de mis largos padecimientos y enfermedad, no podría resistir las fatigas de una campaña, y menos en un tiempo tan lluvioso. Entonces me valí de uno de sus amigos patriota exaltado, y éste logró desvanecer sus temores. Ahora que serán las doce de la noche, he concluido mi blusa y me la he medido, y una de mis hermanas que creía hasta ahora que todo era chanza ha llorado mucho al verme cortar el pelo y ponerme en traje de hombre. Resta decir, que esta tarde ha llegado por la vía de Aguadas el C. Díaz con ochenta hombres: no lo he visto porque ya era de noche: me aseguran que son iguales a los primeros, a saber todos reclutas; pero no importa han traído algunos fusiles y esto es lo que se necesita.

Día 21. — En Abejorral—Me levanté a las cinco y me vestí de militar con la agradable idea de que cuando me volviese a poner camisión estaríamos libres, o si no habría muerto con este traje. Cuando Braulio supo mi determinación, se opuso y dijo a mi padre, que no consentiría en que yo me expusiese a tantos peligros; pero cuando vio que era imposible hacerme desistir se conformó. Como a las siete monté a caballo en compañía de mi padre y de mis dos hermanos, me presenté en la plaza en donde estaban ya formados para marchar cincuenta y tantos voluntarios, y dirigiéndome al señor Henao hablé en estos términos: ¡mayor Henao! el amor a mi patria y a mi esposo me han puesto en este traje; desde que los traidores comenzaron a oprimir a esta amada provincia estoy resuelta a ofrecer mi débil cooperación al bien de mi patria, y con ansia aguardaba este momento, tanto más, cuando he visto los oprobios y vejaciones que han sufrido algunos de mis paisanos, y los que actualmente sufre mi adorado esposo sólo por ser amante de las leyes y de la constitución. Dadme una lanza para acompañaros y seguir en medio de estos valientes de que os veo rodeado. Poderosas razones me hacen ofrecer esta débil prueba de mi afecto hacia los objetos que más amo en el mundo, la patria y mi esposo; y ¿quién no haría otro tanto en mi lugar? ¡Compañeros valientes! resuelta estoy a acompañaros en vuestra noble lucha, cuyo norte es el exterminio de nuestros enemigos y el restablecimiento del orden. Sé que vosotros como admiradores del inmortal Neira, de ese héroe privilegiado de la Nueva Granada, aspiráis a imitar su

ejemplo: su sombra será nuestro Ángel tutelar. Vuelvo a deciros que estoy pronta a participar de vuestras fatigas y peligros, así como espero ser testigo de vuestro triunfo. El entusiasmo que inflama nuestros pechos, esta llama sagrada, estoy segura que sólo se apagará con el último suspiro que ofreceremos todos por el bien de la patria, porque el amor a ella es la primera virtud. ¡Viva el gobierno y la constitución! ¡Viva el comandante Henao! Este contestó con lágrimas en los ojos, y elogiándome demasiado dijo: que un paso tan heroico y lleno de patriotismo sólo en las páginas de los siglos pasados se había conocido. Me mostró a los que lo rodeaban como un ejemplo digno de imitarse. Mirad a esta señora, dijo, en un traje ajeno de su sexo, que pide una lanza y está resuelta a acompañarnos en nuestras fatigas. El triunfo es nuestro. ¡Viva nuestra justa causa! ¡Vivan las leyes! ¡Viva la heroína que nos acompaña! Todos respondieron mil vivas al gobierno legítimo, y el mayor Henao me dio una lanza que yo recibí con el mayor placer. Luego me dirigí a la casa de una amiga a decirle adiós, y ella asombrada me dijo: ¡María! este es un paso muy decidido, ¿y si por desgracia la facción triunfara...? Seré sacrificada con mi patria, la interrumpí. ¡Y tu memoria, me dijo, de cuantos insultos y oprobios será cubierta! No temas eso, le contesté con viveza, porque los pocos hombres de bien, amigos del orden que me sobrevivan la sabrán respetar, y esto me basta. Le volví la espalda entonces y me incorporé en las filas, y al lado de mis hermanos marchamos hacia este pueblo patriota y entusiasta por la causa legal, y en medio de alegres vivas entramos a la plaza como a las tres de la tarde. Como a las cuatro llegó un posta mandado por Vezga, y a las ocho de la noche estuvieron a visitarme el comandante Henao y el capitán Jaramillo, los cuales han tenido la bondad de manifestarme la carta que el supremo Vezga dirigió al primero, aconsejándole que abandone su temeraria empresa, y que haga retirar a sus casas a todos aquellos que tiene alucinados: que de no, será responsable de la sangre que se va a derramar, añadiendo otras ridiculeces semejantes. ¡Miserable! Pronto va a conocer el valor del que trata de intimidar. En mi presencia han convenido en que la única respuesta que debe darse es, que *se recibió*, y nada más. Este acto de desprecio tanto de los consejos, como de las amenazas del supremo, me ha gustado mucho.

Día 22.—Todo el día se ha pasado en la mayor actividad, limpiando fusiles y componiendo los dañados: por la tarde haciendo el ejercicio, y en verdad están bien reclutas.

Día 23. —Hoy se han entregado a los voluntarios los fusiles que tenían los Mariquiteños, a quienes se les han dado lanzas: estos infelices creo que sólo servirán para hacer bulto. En la montaña quedaron algunos fusiles que deben llegar muy pronto; ojalá no dilaten para que haya tiempo de limpiarlos.

Día 24. —Nada se dice del supremo, y no se sabe de cierto cual será el número de su tropa; y se cree que a lo sumo se compondrá de trescientos hombres. Varios opinan se escape por Caramanta y se vaya por el Cauca a donde su amigo Córdova: otros, que hará fuerte en Rionegro, y la mayor parte es de parecer que venga a atacar en Abejorral.

Día 26. —Hoy han llegado a éste, los Sres. J. I. Bernal, José M. Uribe y José M. Soto. Este último se presentó a Braulio en Sonsón el día del pronunciamiento, estuvo el primer día en el cuartel, y al segundo pidió licencia a los jefes para ir a donde su hermano, (que es oficial de la facción) a ver si podía convencerlo a que se retirara, y hoy ha venido en compañía de los expresados Sres. como comisionados del supremo, para tratar con el comandante Henao, a quien Bernal entregó una carta de un tal Duran, oficial de Vezga, por la que suplica a Braulio, que como compañeros que fueron en otro tiempo, no de un tiro antes de hablar con él. Los otros Sres. hicieron sus propuestas (que ignoro cuales fuesen) y sólo sé que Braulio en nada convino. ¡Gracias a Dios que por ahora no habrá tratados! pues desde los de Itagüí, les he cogido horror y me consuela saber que llegó el momento de *ser libres o morir*.

Me han asegurado que Braulio invitó a Bernal al tiempo de despedirse, para que se quedara en sus filas, y fuera compañero en sus glorias, así como lo había sido en sus infortunios; pero él no quiso aceptar, y se volvió al lado del supremo. Esta noche ha llegado la noticia del saqueo de Envigado, y la muerte de José Manuel Restrepo en la refriega. Dicen que en aquel pueblo se habían reunido varios jóvenes, dirigidos por el capitán Fernando Escobar, que intentaban echarse sobre el cuartel de Medellín; pero que fueron atacados en el pueblo por dos partes, y que aunque hicieron alguna resistencia, al fin fueron derrotados, y que los facinerosos entraron al lugar, y lo robaron completamente. ¡Qué horror! Adoptando este medio, pronto engrosará Vezga sus filas; pero no siempre es valiente el malvado.

Día 27. —Hoy como a las tres de la tarde se anunció la llegada de otro plenipotenciario, de la parte de los facciosos y con asombro hemos visto llegar al P. Botero, célebre por su carrera política, tanto antes, como después de Itagüí. Cuando entró a la plaza, estaban haciendo el ejercicio, y con un semblante desdeñoso acompañó a Braulio a una casa de la misma plaza, y allí manifestó que traía comisión del supremo Vezga para tratar con el capitán Henao. Me acerqué al lugar en que se hallaba el Reverendo, y allí encontré reunidos a todos los voluntarios. El plenipotenciario se dirigió al Sr. Henao en particular, y a otros con quienes tuvo que competir, y en resumen dijo: “el interés que tiene el Dr. José M. Botero, es el evitar una competencia de armas tan desigual como la presente, en que Uds. intentan sacrificarse en defensa del gobierno de Bogotá, exponiendo sus vidas contra la tropa veterana y disciplinada del general Vezga, y aunque el dicho gobierno merezca tal sacrificio, la lucha es demasiado desigual, y ni por un momento deben figurarse capaces de resistir la fuerza de la justa oposición, que es justa, porque el gobierno de Bogotá nada tiene de legítimo. En todo caso Uds. a quienes veo aquí reunidos, son la mayor parte, unos pobres labradores a quienes hace falta el tiempo para buscar su subsistencia; y a Uds. digo que no se expongan: vuélvanse a sus casas; déjenme como mediador, y les aseguro que el Sr. Vezga es muy benigno”...Entonces tomó la palabra el comandante Henao, y preguntó a los que estaban presentes: ¿si en virtud de lo expuesto por el Dr. Botero querían entregar las armas y volverse a sus casas? A esto respondieron todos unánimemente, nunca entregaremos las armas: vamos a vencer o morir: viva el gobierno legítimo, vivan las leyes, mueran los traidores. Esto fue interrumpido por el Dr. Botero, que pidió al Sr. Henao contuviese el tumulto, a fin de poder proseguir en su discurso; continuó largo rato en sus argumentos que estuvimos oyendo por no haber otra ocupación; pero el P. Restrepo, viendo que ya iba a lo largo, se acercó y preguntó al comandante Henao: si en las instrucciones del gobierno, tenía facultad para transigir con facciosos; a lo que contestó el Sr. Henao, que no: pues entonces repuso el P. Restrepo, todo está concluido y se retiró. El Dr. Botero a quien sin duda sorprendió esta inesperada pregunta, con sonrisa irónica dijo: ¡Ah! ¡El P. Restrepo! Yo no he venido a tratar con el P. Restrepo, sino con el capitán Henao, y siguió hablando hasta que fastidiados todos comenzaron a retirarse a sus cuarteles, gritando a

la salida, vivas al gobierno, y mueras a los facciosos. Viendo el Dr. Botero que nada podía sacar con estos entusiastas del gobierno legítimo, quedó un poco aterrado; pues luego preguntó al Sr. Henao, si tendría seguridad para pasar aquella noche. A esto contestó el comandante: Ud. está rodeado de hombres de bien de los que nada tiene que temer. De este modo concluyó la memorable conferencia, entre el Dr. Botero y los valerosos defensores de la ley. Lástima que este hombre hábil haya tomado la vía opuesta, y que todos sus conocimientos los haya empleado en violar la santidad de las instituciones. Si hubiese aparecido la pastoral que hace tiempo estamos esperando del Prelado Diocesano, algún efecto podría haber obrado para contener a nuestros enemigos tonsurados, que aunque no tengan más armas que la boca, hacen mucho mal; pero ni para el uno ni para el otro partido, o ni a favor ni en contra de nada, o de lo justo o de lo injusto, se ha dirigido pastoral alguna y el resultado ha sido que el Dr. Botero no ha tenido restricción alguna, y ha podido obrar sin medida, por cuyo motivo, se dice, tiene a la mayor parte de la gente de Medellín en perfecta inacción, o en incapacidad de trabajar a favor del gobierno legítimo.

Día 28. —Como a las seis de la tarde se ha tocado llamada, y dado orden de prepararse para partir. Es en este momento cuando se ha visto el entusiasmo de los voluntarios: alegres y contentos se prepararon creyendo se iban a encontrar a Vezga (el que se sabe está ya en la Ceja con toda su gente, en número mayor de trescientos;) pero cuando vieron que tomábamos la dirección de Arma viejo, se cambió la escena: todos manifestaron un descontento grande, y siguieron silenciosos. Como a las diez de la noche llegamos a una casa de campo a la que, aunque inmediata al lugar, llegamos después de tres horas, porque la marcha era muy despacio y aquí me dijo Braulio, que había hecho aquella retirada, porque estando en el pueblo, era muy fácil encerrarnos, y que por la mañana volvíamos al lugar: hemos pasado una noche muy penosa.

Día 29. —Hemos regresado temprano al lugar, en donde se han ocupado todos en limpiar los fusiles que llegaron ayer a esfuerzos de don Escolástico Marulanda, quien ha hecho caminar día y noche con ellos. Se ha sabido que el faccioso Leal, después de haber presenciado la entrada de la tropa a Sonsón, y que los veteranos que se habían anunciado, eran unos pobres cosecheros de Mariquita,

que jamás en su vida habrían tomado un fusil, se ha escapado y mantenido oculto a los alrededores de aquel lugar, hasta que don Enero le alistó como veinticinco o treinta hombres para que fuera a llevarle al supremo, y al mismo tiempo la importante noticia de que no hay tales veteranos. Don Enero trabaja mucho mas ahora en la ausencia de su digno hijo Chelas. Como a las nueve de la mañana ha llegado Rafael Marulanda que logró escaparse de la garras del supremo, y nos ha dicho: que desde un alto en que se estuvo en observación, ha visto salir a *Vezga* y toda su gente: que supo traía en la guardia de prevención, al Sr. Eduardo González, y a otros Sres. A estas palabras me figuré, que entre ellos vendría mi esposo y una sensación dolorosa, y un deseo de venganza, se apoderaron de mi, previendo lo expuesto que él se hallaba en medio de tantos malvados. Marulanda se había quedado en la Ceja, para que si algunos patriotas de Marinilla o Envigado querían reunirse a la fuerza del gobierno, conducirlos por Vallejuelo, como practico de una trocha. Se determinó que a las doce del día debiéramos salir para Aguadas; y cuando se estaba preparando la partida, llegó otra vez el Sr. José María Soto (seguramente como espía de *Vezga*,) y a poco rato supe que venía mandado por un tal Gutiérrez (oficial de *Vezga*,) el cual habiendo recibido una carta de un Sr. Díaz (que en calidad de capitán había acompañado al Sr. Clemente Jaramillo desde Mariquita,) manifestaba estar resuelto a pasarse con la compañía de su mando, y que para ejecutar su fuga con unos cincuenta hombres, era necesario que Braulio fuese en persona a encontrarlo al río del Buey esta misma noche. De toda la relación de Soto se conoció que era verdad la carta de Díaz, pero que la propuesta de Gutiérrez era una traición, y que de esta clase de gente debíamos temer todo, y por esto aquí no les lució su astucia: aunque el Sr. Henao no manifestó desconfianza, dijo: “que si el Sr. Gutiérrez quería unirse a las fuerzas del gobierno legítimo, bien podía hacerlo: que él no podía ir en persona a encontrarlo; pero que en lugar indicado encontraría a un oficial suyo”.

Día 30. —En Aguadas a las ocho de la noche.—En el punto en donde pasé la noche anterior, no me fue posible escribir, y por lo mismo apuntaré hoy los sucesos de ayer. Con las estratagemas de Soto, se perdieron ayer tres horas, por lo que no pudimos salir de Abejorral, sino hasta las tres y media marchando ciento y tantos voluntarios, y los ciento diez titulados lanceros de Mariquita,

al mando del capitán Díaz. Esta retirada ha sido contra el parecer de todos los voluntarios; pues ellos lo que querían era esperar al supremo, o ir a encontrarlo; pero Braulio los persuadió a que la retirada era conveniente, porque era probable que las filas del gobierno se aumentasen, y las de los facciosos se disminuyeran. Al tiempo de salir se atrevió una persona a proponerme que me volviese a Sonsón, porque los caminos que íbamos a transitar, eran tochas malísimas; pero le hice callar advirtiéndole, me ofendía en creer que por ser mujer no era capaz de ser firme en mis resoluciones, y que me creía con suficiente valor, para arrostrar los peligros y soportar las fatigas del mismo modo que los demás: no teman por mí, que seré un ejemplo de resignación...; y nuestra divisa debe ser *vencer o morir*. La estación es fatal en toda la extensión de la palabra: los que conocen los caminos recién abiertos en las nuevas poblaciones, podrán figurarse como estarán, mucho más después de un año largo de inviernos continuos; pero cuando no nos falta el ánimo, y cuando nuestras ideas no son dirigidas sino por el digno objeto que esperamos alcanzar por medio de nuestros esfuerzos, ¿quién se ocupa en las vicisitudes irremediables, causadas por la estación, y por las circunstancias locales? Mientras más padece el ser físico, más se eleva el alma, y nuestros sufrimientos parece que nos inspiran más serenidad, más calma y resolución. En cuanto a mí puedo decir, que aunque el día y la noche han sido penosos no he sentido ni por un solo momento, decaimiento o tristeza.

Como a las ocho de la noche llegamos al río de Arma, el cual desde su nacimiento tiene su curso por una valle profundo, siendo sus orillas estrechas y escarpadas, por lo que en muy pocas partes ha sido posible formar un paso. El comandante Henao con anticipación había mandado hacer un puente por donde debíamos pasar, por ser línea recta para llegar a Aguadas y quitado si el enemigo nos perseguía; porque así, o sufriría cinco o seis horas de demora, o tendría que dirigirse por el camino de Arma-viejo, lugar arruinado y sin recursos, y de medio día más de tránsito para llegar a Aguadas. Estaba lloviendo copiosamente y sin cesar cuando llegamos a la orilla del río, en donde entre el barro, malezas y raíces, teníamos que aguardar el alba para poder pasar el puente. Mis hermanos colgaron un caucho para favorecerme del golpe del agua y sentada sobre una raíz al borde del río, que por momentos crecía, pasé la noche. Tarde de ella noté que mi blusa que había puesto por cabecera estaba perfectamente mojada, y al

observar el crecimiento de aquel caudaloso río, desperté a los más inmediatos, a muchos de los cuales les había llevado la ropa, y a otros los frenos que habían puesto a sus lados. Cuando amaneció me horroricé de conocer donde habíamos pasado la noche, y el camino por donde llegamos allí. Un estrecho terreno pantanoso, una senda casi por desfiladeros se presentaban a mis ojos. Atravesé un brazo del río que debía pasarse por el agua, y llegué al puente que se había hecho de guaduas, el cual tenía cinco o seis ligaduras solamente, construido muy a la ligera y sin firmeza alguna: tenía de largo como quince o veinte varas, con una baranda que de nada le servía, y estaba como a doce varas de la superficie del agua. Lo peor de todo me parecía ser, que los fusiles estuviesen mojados, y que por tener que pasar todas las bestias no pudiéramos continuar la marcha sino hasta muy tarde, y que si nuestro enemigo nos hubiera alcanzado en esta situación los defensores del gobierno habrían tenido que ganar a la bayoneta. Luego que pasé a la isleta en donde estaba el puente, oí quejarse a algunos sobre la mala noche que habían pasado, y que temiendo enfermarse estaban irresolutos sobre si debían o no continuar, y uno de ellos dijo: me siento malo y me volvería a mi casa si no fuera por esta señora. Mandé pasar mi caballo de los primeros, y viendo que pasó nadando sin darles el trabajo de que lo precipitaran, atravesé el puente en el momento para que mi ejemplo sirviese de estímulo a los irresolutos: como el camino estaba muy malo, caminé a pie más de una hora por una cuesta pendiente y resbaladiza: luego monté y con unos pocos llegué a un punto llamado la Ciénega, (en donde nos debíamos reunir todos,) a las nueve de la mañana mientras los demás, o los últimos, no llegaron sino hasta las doce. Pasé tres horas muy fatigada por el sol, el cansancio, el calor y el mosco que era demasiado, muerta de sed y sin poder mitigarla, pues no había agua sino a mucha distancia y muy mala: por fortuna encontramos en este paraje caña dulce que nos sirvió a la vez de almuerzo; y serían las dos de la tarde cuanto tomé un poco de carne que era lo único que algunos habían sacado de Abejorral. Entre los últimos que estuvieron en el río, fue el Sr. Elías González, quien dijo había acompañado a Soto hasta el alto del Chagualo, y que desde aquí había visto a dos o tres personas acostadas en el camino, como sirviendo de espías, y que no viendo otros objetos se persuadió que la tropa de *Vezga* todavía se hallaba distante, y se separó del dicho Soto. Ya se puede comprender que el objeto de

éste al presentarse en Abejorral, no era otro que el de demorar nuestra salida, observar nuestra fuerza y el ánimo de los que la componían, y a que no surtiese efecto el engaño tramado contra Braulio, quien sin duda es de los muy pocos que en estos casos deja volver a un pájaro tal como Soto, sin embargo que su cálculo era hacer creer a *Vezga*, que por temor de un ataque y rompimiento de armas, se había puesto en retirada, para por este medio obligarlo a que lo persiguiese y lograr un punto favorable donde se pudiese alcanzar la victoria con la menor efusión de sangre que fuese posible, en fin, nuestros contrarios son como nosotros, granadinos, y la mayor parte gente sin otro calculo que la ambición y la maldad de su conductores y caudillos.

Reunidos todos en la Ciénega hemos continuado la marcha a las tres de la tarde, hasta que llegamos a este lugar sin interrumpirla. He sido alojada con mis dos hermanos y mi cuñado R. Gutiérrez en la casa del Sr. Paulino Echeverri (uno de los mejores patriotas de este pueblo), la única que el contagio furioso de la viruela ha respetado hasta hoy. El Sr. Bautista Villegas se ha quedado en Abejorral junto con el Sr. Gabriel Arango, con orden de permanecer allí hasta la llegada de *Vezga*, para contar su tropa y observar sus movimientos.



Mayo de 1841

Día 1°.—En Pacora a las cinco de la mañana.—Mi ocupación ayer ha sido hacer una blusa para el capitán Treewilco. Como a las seis fui con mis hermanos al cuartel de los Sonsones para ver a Francisco Jaramillo que supe estaba enfermo, y estando allí llegó el comandante Henao, y dio orden de marchar en el momento para Pacora, pues Juan Bautista Villegas había vuelto de Abejorral trayendo una comunicación del Sr. Arango, en la cual dice: que *Veza* llegó ayer tarde a aquel lugar con quinientos hombres bien armados, y la mayor parte bien disciplinados, y acompañados del gobernador Manuel Antonio Jaramillo, con varios presos que traen de Rionegro. ¡Qué sobresalto me ha causado esta noticia! Mi pena es mayor que lo que aquí puedo explicar...!Debo figurarme a mi esposo entre los prisioneros!

El Sr. Félix Henao que vino antes de ayer de Sonsón para seguir a Salamina, ha regresado ayer para el mismo Sonsón a recibir al comandante Pineda que viene por la montaña. Braulio salió a caballo por la tarde, y vio toldos y candeladas en la mitad de la cuesta, y don Gabriel anuncia que *Veza* ha tomado el camino de Arma, y que Joaquín Echeverri se ha ofrecido a llevarlo por la Loma del Pito para cortarnos en Aguadas, razón porque había que dejar este punto en el momento, y por lo que a las siete de la noche (con unos pocos que tenían sus caballos cerca), me puse en camino guiada por el señor Marcelino Palacios, uno de los más activos y valientes. La noche era tenebrosa y la tempestad se aumentó después de nuestra salida, el ruido de los truenos, y la repetición de sus diversos ecos eran temibles: la repentina luz de los relámpagos a cada instante

nos sorprendía: el viento se hallaba fuertemente agitado y embravecido: la naturaleza toda parece que había reunido sus fuerzas para manifestar su soberano poder; y en medio de espectáculo tan tremendo, y de fenómenos que se suceden rápidamente y de una manera sorprendente llegamos a este pueblo de reciente origen, o de pocos años de fundación. Por consiguiente el camino es muy malo, nada más que una trocha entre montes y rastrojos cubierta de raíces y troncos, y por entre un terreno deleznable y precipitado. Parece que debiéramos haber caminado despacio, tanto por la oscuridad de la noche, como por lo resbaladizo y trabajoso del camino; pero considerando que la lluvia aumentaba a cada instante, y que los ríos que debíamos pasar se pondrían intransitables, apresuramos el paso de nuestros caballos. El sereno, la tormenta, y la agitación me causaron cierto trastorno en el cerebro; pero por fortuna mi caballo me condujo con toda seguridad, cuando los de los demás cayeron varias veces y con frecuencia. Hasta las dos de la mañana llegamos a este pueblo, y nos dirigimos a la casa del Sr. Gregorio Robledo, y la señora nos recibió con afabilidad, y me procuró el descanso que necesitaba; luego comienzan a llegar los demás compañeros, con todas las armas mojadas y llenas de barro, y como en este lugar no hay sino tres o cuatro familias adictas al gobierno, nuestros enemigos se complacen al ver el estado miserable de nuestros soldados, y dicen que venimos derrotados, y que nuestra pérdida es infalible. Esta alegría sólo se manifiesta por las mujeres de los facciosos; porque estos se han retirado para recibir después al supremo Vezga. Los distinguidos patriotas Gregorio Robledo y Pedro Jaramillo, juntamente con sus familias, han recibido a los voluntarios con todas las muestras de entusiasmo, y servidoles un buen almuerzo; han descansado un momento los últimos que llegaron, y continuaremos nuestra marcha para Salamina; y como mi caballo está ya ensillado, dejaré la pluma hasta la noche.

Día 2. —A la una de la noche en Salamina.—A las cinco de la tarde hemos llegado a este pueblo, después de una marcha penosa, tanto mas cuando nadie había tenido tiempo en Pacora de secar ni sus armas, ni su ropa. A las once dejamos a este miserable lugar, cuando ya había cesado el agua, y como a las dos y media de la tarde llegamos al río Poso que tuvimos que pasar por un mal puente, pues los que quisieron atravesarlo por el agua les costó mucho trabajo. Salamina, este pueblo patriota y raro, donde no hay un solo individuo que no

aborrezca la facción, ha manifestado su regocijo, con nuestra llegada; y el cura con algunos vecinos había preparado todo lo necesario, para la mejor comodidad de la tropa que ha sido alojada en cuatro cuarteles de la plaza; y en esta misma tarde se comenzaron a limpiar las armas que venían llenas de barro, y a secar los cartuchos. Salamina que se halla situado sobre una altura, es de temperamento cálido y seco; y en la media falda que se encuentra desde el río Poso, a la cordillera que queda a su espalda, atraviesa el camino que sigue a la montaña de Hervé, y a pesar que sus alrededores no están enteramente limpios, son sin embargo suficientemente abiertos para descubrir bien la bajada hasta las inmediaciones del paso del río Poso, pues a tres cuadras de distancia de la plaza se descubre la mayor parte de la subida, cuyo camino de continuadas vueltas es casi una línea recta al llegar al lugar, habiendo a los lados de todo él varios arbustos y lugares acomodados para sentarse. Al punto se tomaron todas las medidas de seguridad, mandando avanzadas a los dos caminos que vienen al pueblo. El Sr. Rafael Macías me ofreció su casa cuando veníamos en el camino; y aunque otros varios tuvieron la misma bondad, yo preferí esta porque no había en ella ningún enfermo de viruelas, pues es rara la casa que está libre de este temible contagio. Su digna esposa me recibió con el cariño que yo pudiera desear.

Día 3. —El cansancio y la gran inquietud que ocupaban a mi Sra. Raimunda (la esposa del Sr. Macías,) no me han dejado reposar. Toda la noche la ha pasado sobresaltada: cada momento me acercaba a la ventana que daba a la plaza, y observando el profundo silencio que reinaba en los cuarteles, me decía: “todos están dormidos, temo que nuestros enemigos nos sorprendían”. Pero al fin logré tranquilizarla, persuadiéndola que todo lo que se necesitaba para un aviso oportuno, estaba bien arreglado y que no había que temer, pues además vendría un posta del Pacora al momento que el supremo llegase allí, y que la providencia que vela por nosotros, retardaría la marcha de nuestros enemigos, mientras nuestros valientes compañeros descansaban y recuperaban sus fuerzas un poco abatidas. De este modo y dirigiendo mis súplicas al cielo, por el buen éxito de nuestra justa empresa, he pasado toda la noche: el amanecer me levanté, y a poco vinieron a verme mis hermanos. Todo el día de hoy lo han pasado en acabar de limpiar sus armas y secar la pólvora, ocupaciones de primera consideración, para las operaciones que nos esperan:

nos ha favorecido la fortuna, pues en todo el día no ha llovido. A las cuatro de la tarde se han reunido en la plaza a hacer el ejercicio: algunas señoras Sonsoneñas que viven en este pueblo, estaban a mi lado, y ¡con qué placer veíamos las evoluciones de los que muy en breve serían nuestros libertadores! Por mi parte puedo decir: que hasta ahora, ningún espectáculo se había presentado a mis ojos, tan interesante como éste. El comandante Henao y sus oficiales, han venido a mi posada como a las seis, y el está muy contento con el buen orden y disciplina que existe en los cuarteles: la tropa está dividida en cinco compañías, a saber: cuatro de fusileros voluntarios con ciento cincuenta plazas entre todas, la primera y segunda de los de Sonsón al mando de los Sres. Manuel Antonio e Hilario Jaramillo: la tercera de los de Aguadas y Abejorral, al del Sr. Lucio Mejía; y la cuarta de Salamina, al del Sr. Rafael Macías, teniendo todos estos jefes, el dictado de capitanes. Aunque los fusiles se hallan en buen estado, no se cuenta sino con dos paquetes por plaza. Los reclutas de Mariquita forman la quinta compañía de lanceros; pero entre estos cien hombres todos o ninguno conocen el uso de su arma: esta pobre gente desnuda y llena de llagas, ha hecho mucho sin embargo con haber traído los fusiles y gracias a la buena suerte, que los voluntarios no confían en esta *tropa de reserva* que ya cumplió su comisión: nuestros lanceros tienen por capitán al Sr. Díaz que acompañó el transporte de nuestras armas de fuego. El jefe de Estado Mayor es el capitán Clemente Jaramillo, y los oficiales que vinieron con él son: el capitán Montoya, Márquez, Oliveros, Escallón, Sorrilla, Aguirre y Treewilco. Estos oficiales se han empeñado desde su llegada en enseñar el ejercicio a los voluntarios, el capitán Díaz en trabajar con sus lanceros, y el Sr. Elías González cuyos esfuerzos patrióticos son bien conocidos, obra siempre en las comisiones de mas consideración, proporcionando a la vez, todo lo que puede contribuir al buen éxito de la empresa. Ninguna noticia hemos tenido de nuestros enemigos, y ya está de noche; se observa toda la vigilancia posible; esto lo ha asegurado el comandante a la aprehensible Raimunda, y así puede ser que esta noche sea más tranquila. Cansada de estar en la cama sin poder dormir, me he levantado para ocuparme en apuntar lo que acabo de saber por boca del Sr. Lucio Mejía, mientras que llega el día que no podrá dilatar mucho. Este Sr. Me ha referido que el Sr. Juan F. Villegas, llegó de Paroca muy temprano,

trayendo la noticia de que el comandante Pineda había llegado a Aguadas el domingo con Eusebio Robledo; que venían a reunirse a la fuerza del gobierno, y que habiendo sabido que el supremo estaba ya adelante, quiso el comandante Pineda pasar a todo trance, y que con este motivo se había dirigido por una trocha que iba a salir a Pacora, a una casa de campo de la señora Ramona Alvarez, hasta donde el Sr. Villegas lo acompañó a pesar de avanzada edad, dejándolo allí enfermo, y viniéndose por una trocha a este pueblo, a traer esta noticia, y la de que Vezga se halla en Pacora con toda su gente. Ya habíamos sabido que habían llegado allí unos pocos lanceros, y recelado el comandante que el supremo se quería escapar para el valle del Cauca y que para que no le impidieran el paso de Bufú, había llamado la atención, con aquellos pocos de su gente. Estas conjeturas helaban mi sangre porque si se hubieran realizado ¿quién sabe qué hubiera sido de mi esposo que juzgaba era uno de los prisioneros!; pero ya se me acabó este temor, pues el supremo parece que se anima a atacarnos. ¡Cuánta admiración ha causado, ver llegar solo al comandante Pineda! le esperábamos por Marinilla con quinientos hombres. Es verdad que los voluntarios no han contado con este auxilio para sus operaciones ni para el triunfo, pero habiendo cuatrocientos en el río de la miel, ¿quién se figurará que Pineda viniera solo?, ¿qué se hizo la gente que marchaba por el río cuando el capitán Jaramillo salió de Honda con los reclutas? Habiéndose venido por la montaña de Sonsón ¿porqué no trae los cuatrocientos hombres sabiendo que la provincia está dominada por la facción? Aunque fuera el mismo Aquiles ¿qué iba a hacer él solo...? —Temo ya, que el malvado de Isidro Mejía, que se dice ha cogido el equipaje de Pineda, luego que sepa que ha pasado sólo un oficial, sospeche que es éste y salga a Sonsón a cometer horrores con los veinticinco o treinta compañeros que tiene: mi corazón se estremece con esta idea; pero confío en la Providencia, que este malvado sea un cobarde, y que el corto número de valientes que existen aquí, sea bastante para escarmentarlo y para poner término a nuestros padecimientos. Me sobresalta también, el considerar la actual situación de Pineda; pues es muy fácil que caiga en manos del supremo... A las tres de la mañana ha venido al señor Lucio Mejía a donde su cuñada Raimunda a que le dé su ropa para mudarse, pues está perfectamente mojado; y por su boca supe, que esta misma noche a las siete había recibido orden de bajar a la quebrada que llaman la Frisolera,

a obstruir el camino con algunos otros, derribando palos y abriendo fosos, y que a mi hermano Bonifacio lo habían mandado por el otro camino a trochar con igual comisión. Mucho han tenido que sufrir, pues la lluvia ha sido constante en toda la noche; pero es muy satisfactorio ver la constancia, el valor y el gusto, con que sufren y ejecutan todas estas fatigas a que no están acostumbrados.

Día 4. —Martes a las ocho del día.—Cuando el ánimo se halla demasiado ocupado, y el pensamiento rodeando el objeto del cual depende el desenlace, que por momentos se nos acerca, se necesita de mucha calma y **despndimiento**, para desechar de la imaginación las ideas que han de conducir al resultado. En toda la noche no he tenido un momento de sosiego; unas veces me veía en el calabozo al lado de mi Pedro, diciéndole: que muy presto se vería libre; y otras en la guardia de prevención del supremo viéndolo amarrado, insultado, y que lo hacían caminar a pié; y para calmar el dolor que me causaban estas ideas, me trasladaba con la imaginación al campo de batalla, y me figuraba estar animando a los amigos del orden. Otras veces veía que la fuerza del caudillo de la facción, se aumentaba por momentos con el atractivo del saqueo y del libertinaje, y que nuestra apresurada retirada, al mismo tiempo que era un motivo para que nos calificase de cobardes, le inspiraría grande confianza, y no que tomando ninguna precaución, ordenaría un ataque sin rodeos, atenido meramente al valor de su tropa de malvados y que persuadido de que los voluntarios o paisanos, sin disciplina y sin orden, pronto abandonarían sus puestos, y obtendría nueva entrada su negra ambición, y los infernales intentos de sus satélites, que se consideraban árbitros de la suerte de estos pobres pueblos... Mas a la vez que consideraba la duplicada fuerza que nos atacaba, su mejor disciplina, la abundancia de recursos, y los alicientes que animaban a esta escoria de la sociedad, veía con calma y complacencia la justicia de la causa que defendía el valiente Henaó, y la mano de la Providencia protegiéndonos, y me confortaba igualmente la idea de que nuestras compañías se formaban de ciudadanos, que cada uno tenía un objeto amado a quien defender, y que como habían recibido más o menos cuidados en su educación, relucía en sus pechos el escudo de la moral, único y principal resorte que los había movido a presentarse en defensa de un gobierno que aprecian, por el título de su legitimidad. Consideraba también, que todos tienen una confianza ilimitada en el valor y buenas disposiciones de

su comandante, que ninguno es capaz de desobedecer lo que aquel ordene: que todos fundan su única recompensa en la gloria de contribuir a derrocar el poder ignominioso de la facción, aborrecido de todos ellos; y que habiéndose reunido para cumplir las promesas sagradas que depositaron en el seno de sus familias, derramarán con valor esa sangre con que circulan solamente sentimientos patrióticos, y deseos fervorosos de sostener el trono de la ley, y una constitución que forman el único vínculo de estabilidad social, y que nos otorgan aquel bien que nuestros enemigos no quieren comprender, a saber; el de una *justa libertad*. . . Y ¿no triunfaremos de los opresores con quienes esperamos combatir? Confío en la Divina Providencia, que nos proteja, y que haciendo visible su poder, de coraje, intrepidez y denuedo a nuestros soldados. La victoria es y será la única idea que me ocupe hasta el momento feliz que ha de decidir la suerte de nuestra ardua empresa. Esta mañana como a las tres y media, han salido todos los voluntarios guardando el mayor silencio, y Raimunda y yo los estábamos viendo desde la ventana: al pasar se acercaron algunos y nos dijeron, iban a emboscarse cerca del río, por si el supremo bajaba hoy: se despidieron de mí y solamente les dije: que la firmeza y el valor os acompañen: a lo que respondieron: ¡viva nuestra digna compañera! Todos los oficiales acompañaron al comandante Henao y a los voluntarios, con excepción de los capitanes Jaramillo y Díaz. El Dr. Henao se ha ocupado en arreglar algunas piezas para los heridos y yo en hacer las vendas, que tal vez se necesitan, y que me dejan tan pensativa al considerar, que los expuestos son mis hermanos, mis parientes, mis conocidos, todos, todos apreciables por su desinteresado patriotismo.

Ahora que serán las cinco de la tarde, han vuelto los voluntarios que han pasado un día fatal, pues ha llovido constantemente y nada se ha sabido del enemigo: un fusil que fue disparado por descuido de un joven de Aguadas, hirió a un individuo de este mismo pueblo en un pié; por esta desgracia tenemos un valiente menos, que lamenta no la herida, sino el no estar en capacidad de contribuir al triunfo. El comandante Henao ha venido a verme con mis hermanos y algunos otros, con el objeto de persuadirme a que como ya se cree, que mañana nos ataquen nuestros enemigos, exigía él y sus compañeros, que me quedase en el lugar, y que no me expusiera en el campo de batalla, añadiendo, “mucho ha hecho Ud., pues con su ejemplo ha entusiasmado a los defensores de la ley, y

debe estar persuadida, que antes moriremos todos que dejar avanzar al enemigo: ni por sólo un momento dudo del triunfo, y sería muy doloroso para mí y para todos, que por desgracia quedase muerta en el campo. Estoy persuadido de su valor y de su resignación; pero debe tener presente, que tiene un esposo y padres que la aman en su corazón; y que su patriotismo está suficientemente probado. Ud. debe quedarse en el lugar, me repetía, y ayudar a mí Juan Antonio a cuidar de los heridos que debe haber; y a su cargo queda esta importante ocupación”. A todo esto respondí: que ni el comandante, ni ninguno de los valientes que habían tenido el gusto de acompañar, debían figurarse ni por un instante, que mi resolución se limitaba a acompañarlos solamente en el paseo que habíamos hecho, con el fin de oponer nuestros esfuerzos, a los de los opresores de esta provincia. Aun penoso para todos vosotros, dije, y más penoso sería para mí, haber participado de algunas fatigas ligeras, y que al punto de desplegar el valor y patriotismo que os colman, y con los cuales habéis jurado sacrificarlos a este punto, me negaseis el gusto de presenciar y participar de la gloria que obtendréis, y del triunfo que os espera. Pienso hallarme a vuestra vista, y me creería injustamente ofendida, si me juzgaseis capaz de mudar mi traje y de ocultarme por huir del peligro. Mi recompensa es la de vosotros, ¿por qué pues, queréis privarme de ella...? Presto se nos presentarán nuestros enemigos, y tengo tal esperanza en el valor e intrepidez del comandante, cuyo noble ejemplo todos vosotros imitareis, que con la mayor confianza presenciaré el golpe fatal que han de recibir las fuerzas opresoras. El comandante después de haberme hecho muchas reflexiones, concluyó suplicándome, le hiciese el favor de atenderle, y que lo le obligase a valerse de su autoridad, y volviéndose a sus compañeros, les dijo: “¿no es verdad que nuestra heroica compañera ha llenado perfectamente sus deberes? ¿Y habrá alguno entre vosotros que permita que ella se exponga a las balas después que la vamos a ser deudores del triunfo que nos aguarda”? Todos contestaron, que no, que de ningún modo lo consentían, y se retiraron sin dejarme hablar más. La buena Raimunda era de la misma opinión que los que acababan de hablar; pero luego que quedamos solas, le dije: “en cuanto se haya principiado la acción nadie se ocupara de mí, y entonces cumpliré con lo que tengo por una obligación”.

Día 5. —Al amanecer me parecía que debía sentir la falta de descanso, porque mi sueño fue interrumpido. Las visiones que durante el sueño se me presentaron, aumentan los presentimientos que tengo favorables. Vi al valiente e inmortal Neira que se presentó al frente de los voluntarios, y que los entusiastas antioqueños, al ver a este imponente guerrero presentaron las armas, esperando que se acercase: que el comandante Henao le saludó con una viva expresión, ofreciéndole el mando de la flor de estos pueblos, y que entonces Neira con un ademán de contento, le entregó su lanza y desapareció... A un momento vi a través del resplandor pálido de la luna, y sobre un tronco inmediato al llano donde se habían reunido los voluntarios, a una persona mediana vestida de militar y de aspecto serio y pensativo: me acerqué para imponerme de una inscripción que noté al pié del tronco, y luego pude ver estas palabras: “el 5 de mayo de 1821”. Al levantar la vista había desaparecido la aparición; y en este momento vino a mi memoria, que hoy se completaban dos decenas de años, desde que desapareció de entre nosotros el genio de las victorias, el mártir de Santa Elena. De repente me hallé en una playa, a la orilla del mar, y allí vi al primer patriota que estas tierras produjeron, al héroe de la independencia, al gran Bolívar, sentado sobre un cañón con un rollo de papel en la mano, que medio abierto por una suave brisa, me dejó distinguir estas palabras: Buenavista, Tesuca, Salamina... Iba a ofrecer mis respetos a la persona cuyo nombre, desde mi más tierna niñez me llenó de ideas patrióticas, y a descubrirle el deseo que tuve de manifestárselas algún día, cuando de repente veo que se eleva este interesante objeto sobre una nube, que seguí con la vista mientras pude distinguirla. Me encontraba sola en una playa, sobre la que batían las olas enfurecidas, una sensación extraña se apoderó de mí, y entonces desperté. En este momento repasé los objetos de mi interrumpido sueño, y animada me levanté precipitadamente para consignar en mi diario los nombres de las *ilustres sombras* de que me he visto rodeada, persuadido de que esta me indicaba un buen presagio, y de que la mano de la Providencia nos conducirá a un suceso, que sería feliz para mi patria.

A las seis me vino a avisar el comandante Henao, que con el anteojo se descubría al enemigo en la media cuesta de la bajada, y luego me fui a la entrada del lugar, y lo alcancé a ver que iba bajando a paso lento, pues había llovido toda la noche. Me dirigí después a la plaza, en donde el comandante arregló la gente

de este modo: por cada nueve cuartas de compañía nombró un capitán, y cinco de estas, o cincuenta voluntarios, fueron entregadas a mi cuñado Antonio María Londoño, con orden de apostarse de primera emboscada, en un punto donde principia la cuesta llamada la Frisolera, y debiendo colocar los soldados en los puestos que ocuparon ayer, y con orden de dar fuego luego que el enemigo se hallase inmediato haciéndolo con tino y mucho cuidado, y teniendo presente; que *cada uno de ellos no llevaba más que dos paquetes*. Añadió el comandante con mucha serenidad: *si mil hombres se presentan, a mil hombres deben atacar y vencer*. Antonio María se dirigió a sus compañeros diciéndoles: *marchemos muchachos, ya oyen la orden, nosotros solo tenemos que vencer*. A esto le contestaron: ¡viva el gobierno y la constitución!, ¡viva el comandante Henao!, ¡viva nuestro capitán Londoño! y cantando marcharon a su destino. Algunos de ellos y particularmente mi hermano Bonifacio a pasar cerca de mí, se despidieron alegres y con vivas. Yo les contesté: “vosotros daréis en este momento un ejemplo de valor y firmeza, confirmando así que sois dignos de la confianza del jefe de esta heroica empresa, quién os ha escogido para ocupar el puesto más interesante. Sed, serenos e impávidos, y mirad a nuestros enemigos con aquel noble orgullo, que siempre acompaña a los defensores de la ley, pues aquellos que se os presentan, serán como todo criminal, muy pronto aterrados por vuestra impavidez. Aprovechad la localidad y los pocos recursos, y pereced antes que rendir o humillar vuestro patriotismo a estos cobardes opresores; pues el triunfo será nuestro, porque la firmeza e intrepidez que manifestéis desde el primer encuentro, llenará de espanto a nuestros enemigos. Tenedme presente, que pronto nos reuniremos coronando esta cima, y nuestra gloriosa empresa con una victoria completa”.

Según la orden del comandante Henao, se organizaron los voluntarios en cuartas de nueve plazas y marcharon a ocupar la subida aprovechándose de los puntos más ventajosos, conforme al ensayo de ayer: una de las compañías se colocó sobre el filo a la derecha como a dos cuadras del camino, y desde cuyo punto se debería oponer y rechazar la entrada del enemigo por aquel lado, sin embargo de que la profundidad de la cañada, y el monte que está de por medio, hacían inaccesible o arriesgado este paso. Un ejemplo de patriotismo y de valor, que no puede menos que animar al más irresoluto de los jóvenes, dieron los señores Escolástico y Juan María Marulanda, Rafael Mejía, Francisco Hoyos,

Alberto Botero, Juan Zuluaga y Enrique Flórez, todos de avanzada edad, confundiendo con la exaltada juventud, y marchando con serenidad al combate. No menos ejemplar es la conducta de los dignos sacerdotes Joaquín Restrepo Uribe, Marín y Montoya, que con ánimo y resolución acompañaron a los defensores de la constitución. El señor Mariano Callejas adicto a nuestra causa, es el único vecino de Medellín que se ha presentado entre nosotros: el comandante lo nombró capitán; pero como en la distribución de las compañías, no le alcanzó ninguna, al marchar dijo: “yo sólo haré las veces de mi compañía. Los últimos voluntarios que marcharon a ocupar sus puestos, fueron acompañados de los valientes oficiales Montoya, Márquez, Oliveros, Escallón, Sorrilla, Aguirre, y del buen patriota Elías González, e igualmente de los diez veteranos que se incorporaron en las filas armados con fusiles. Los llaneros de Mariquita con su jefe quedaron en la primera explanada cerca a la entrada del lugar; y el capitán Treewilco con un corto número, fue nombrado para observar la trocha por donde había motivo de sospechar, que parte del enemigo pudiese entrarse al pueblo; solamente el señor Pablo Londoño es el único de los voluntarios que ha quedado enfermo en el cuartel: los prisioneros que se trajeron de Sonsón y Abejorral, P. J. Montoya, Teodora Echeverri, (ambos de Rionegro), agentes activos del supremo, y otros dos de igual mérito, quedaron encargados al cuidado de una docena de hombres de los Mariquiteños”. A las ocho de la mañana todo estaba arreglado para recibir al enemigo, el Dr. Henaó preparándose para auxiliar a los heridos, y con encargo de no dejarme ir al campo, se había apoderado de mi lanza, que tenía escondida. Yo hice poco caso, persuadida de que ninguno se me podría oponer. La señora Raimunda se retiró con sus hijos, a una hacienda poco distante del lugar; algunas señoras me propusieron mudar de traje. ¡Ah mis señoras! les contesté: en el momento crítico y decisivo, cuando el resultado de nuestra empresa debe ser coronado con el éxito que todos esperamos, ¿manifestará yo cobardía o irresolución? Soy mujer, pero tengo firmeza, y el plan que formé en el acto de ofrecer mi ejemplo para animar a los indecisos, y las ideas que alimentaron mi patriotismo entonces, no han variado, y si mi presencia y mi ejemplo pueden alcanzar algún fruto, es hoy, y es en estos preciosos momentos que espera alcanzarlo.

Día 6. —¡Gracias al Todopoderoso! ¡Honor al intrépido Henao, y a los valientes patriotas que lo acompañaron! La facción de Antioquia dobló su cabeza delante de este corto número de defensores de la ley, que derramaron su sangre por hacerla respetar y obedecer. ¡Ojalá que este triunfo en lucha tan desigual haga volver en sí a los enemigos de la tranquilidad y del bienestar de esta pobre patria!

Ayer un poco antes de medio día, me hallaba en la casa de don Manuel A. Mejía con algunas señoras, que allí se habían reunido, cuando vinieron a pedir el galápago del capitán Díaz que estaba en la casa del Sr. R. Macías, y como yo tenía la llave, me fui a entregarlo acompañada de las señoras Macías, y entonces nos aprovechamos de esta oportunidad para irnos al campo, donde ya estaba todo preparado para resistir al enemigo. Llegamos al primer asiento en donde encontramos al Sr. Marcelino Palacios, el único que apoyó que yo no debía estar fuera del campo de batalla por lo cual mandó el mismo inmediatamente al lugar por mi lanza, con pretexto de que la necesitaba; y dentro de poco, vi en mi mano este símbolo de los sentimientos que me animaban. El Sr. Palacios nos dijo: “que nada le gustaba estar tan distante de las primeras emboscadas, pues añadió: ellos sin duda triunfan allí, y yo no participo de esta gloria”. Entonces se dirigió a uno de los voluntarios que estaba a su lado, y le dijo: “tome Ud. el mando de esta compañía, mientras que me impongo como está la cosa más adelante—luego volveré”, y diciendo esto partió a reunirse a las primeras filas. Con mis compañeras, cuyo número se había aumentado, deseosas todas de ver al enemigo, nos colocamos en una línea recta a lo largo del filo de la loma; y como casi todas tenían pañolones colorados, les dije: pueda ser que alguno de los enemigos nos vea, y nos tenga por una fuerte reserva. A la una y media de la tarde oí el estruendo de una carga cerrada que al llegar a la quebrada de la Frisolera dieron los quinientos fusileros que traía el supremo: sonido extraño para mí, y no menos sorprendente; pues el eco de las cordilleras lejanas repetía esta voz aterradora que al momento fue contestada, por la primera emboscada con un sonido más débil. Entonces se me escapó un profundo suspiro, y sólo me ocupaba, de que en la guardia de prevención precisamente traían entre los prisioneros a mi caro esposo, quien vendría a ser víctima de los primeros esfuerzos de los emboscados. Supliqué conmovida al Ser Omnipotente favoreciese a mi caro objeto: en esto oí otros tiros, y ocupado mi pensamiento en el valor y firmeza

de los voluntarios, ni aún respiraba; cuando el silbido de las balas enemigas, que pasaban por encima de nuestras cabezas, me sacó de mi distracción: este plomo exterminador, iba muy alto, y por lo mismo no nos infundió temor, y el fuego continuó con pocos intervalos. El comandante Henao mandó al capitán Clemente Jaramillo, con orden de que tanto las jóvenes que me acompañaban, como yo, nos retiráramos de aquel puesto, que a cada momento se hacía más y más peligroso. Se le contestó negativamente a este Sr. y continuó su marcha para el lugar a donde iba a inspeccionar la trocha que estaba al cuidado de Treewilco. A poco rato me vino otro enviado del comandante y como vimos que daban fuego y se retiraban nos pasamos al otro lado (porque no nos encontrasen allí) en donde como he dicho, había una compañía formada: encontré al patriota P. Restrepo a caballo, que con paso apresurado bajaba, llevando algún refresco a los de las primeras emboscadas, que ya se hallaban del mismo modo que el enemigo, en la mitad de la subida. En un asiento antes de llegar a la media falda, hicieron alto los enemigos dejando sus armas tendidas en el suelo; entonces se presentó el patriota Elías González saludándolos de un modo enérgico, y diciéndoles: si Uds. creen que aquí repetirán los escándalos y saqueos de Envigado se equivocan, porque tienen que pasar por sobre los cadáveres de todos estos valientes defensores de la constitución. Todos los más inmediatos gritaron: ¡que mueran los facciosos!, ¡que viva el gobierno legítimo! El valiente Hilario Jaramillo no permitió que los que estaban a sus ordenes hiciesen fuego hasta que los facciosos no estuvieran en pié, y con las armas en la mano. Esta generosidad podría haber salido menos favorable; pero mi cuñado Raimundo Gutiérrez con su compañía rompió el fuego que continuó con ligeras interrupciones, dando los voluntarios pruebas de valor e intrepidez. A las dos de la tarde me encontré con Manuel Botero herido en las primeras emboscadas, de un balazo en la pierna izquierda, pero sin hueso alguno fracturado. Los lanceros de Mariquita que estaban sentados en el primer puesto, llamaron por un momento mi atención: yo dije entre mí: “los bravos voluntarios no cuentan para nada con este apoyo: ¡pobre gente, que está llena de sobresalto! No les dio la naturaleza y las circunstancias aquella robustez, aquel arrojo, que hacen olvidar el peligro a estos jóvenes. Espero en nuestra buena suerte el triunfo de estos campeones, porque pocos tigres aterran al más numeroso rebaño”. Por un

momento subí al lugar, todas las señoras se hallaban en la iglesia dirigiendo sus fervorosos votos al cielo: un triste silencio y una soledad imponente reinaban en el pueblo; silencio que de cuando en cuando interrumpía el P. Restrepo, que se dirigía hacia la trocha temiendo un asalto imprevisto, y no confiando en la vigilancia de los que custodiaban aquel punto. Pasé sin demora al lado opuesto inmediato al último asiento: actualmente se habían reunido todos los voluntarios formando siete u ocho grupos, atendiendo los que se hallaban a la derecha a oponerse al enemigo, que en este momento intentaba hallar entrada por una pequeña elevación que por este lado venía a dar a la meseta. *A este paso se opusieron todos los voluntarios con el mayor valor, que se aumentaba a medida que iba llegando el grueso del enemigo.* El comandante atendía a la vez, a uno y a otro lado: mi corazón palpitaba: los momentos eran sin duda los más preciosos de mi vida: cada instante me parecía un periodo considerable: observaba que el fuego sobre la derecha correspondía con prontitud al interesante efecto que se esperaba: ningún enemigo pudo acercarse por allí. De repente oí las cajas enemigas, cuyos redobles retumbaban con mucha violencia: no comprendí que significaba esto; pero vi que nuestros contrarios estaban ya como a treinta o cuarenta varas de distancia de los voluntarios, y al silbido de las últimas balas del enemigo resonó en mis oídos la voz del valiente Henao: “a la bayoneta muchachos, ¡Victoria, victoria! ¡Se corrieron los cobardes!” El son de los tambores murió, el comandante con toda la rapidez de su caballo se lanzó sobre los enemigos seguido de sus intrépidos compañeros, que con una velocidad mágica, volaban sobre ellos, que llenos de terror corrían sin término. Era mi intento confundirme con los valientes para tener esta gloria, pues me hallaba muy cerca de ellos; pero en este momento vi correr para el lugar a mi hermano Isaac gritando, ¡Victoria, victoria! Huyeron los cobardes; y al hallarme inmediata a él observé que estaba herido de un machetazo que había recibido en una mano. Trabajo me costó hacerlo acercar a la casa más inmediata para aplicarle una venda, la que apenas sintió amarrada, cuando en el momento montó a caballo, y partiendo a la carrera me dijo: voy tras de los enemigos. Por fortuna había allí otro caballo ensillado en el que monté y corrí a su alcance, y comencé a persuadirlo a que se volviese; pues era considerable la sangre que salía de la herida. Se volvió en efecto, y yo continué para saber qué suerte había corrido mi otro hermano: a los primeros

prisioneros que encontré, pregunté por mi esposo y ellos me respondieron: que había quedado preso en Rionegro. Vi el campo lleno de muertos y heridos; y al oír los clamores, ayes y lamentos, me horroricé y llené de pena contemplando esta dolorosa escena, y tanto más me sentía conmovida, cuando reflexionaba que todo esto se debía unos pocos ambiciosos. También veía una multitud de prisioneros pálidos y espantados, y el campo cubierto de fósiles, cartucheras y ropa, costándome mucho trabajo hacer bajar mi caballo; y sólo el deseo de saber de mi hermano, me llevaba sin detención. A la mitad de la bajada encontré razón, que continuaba en la persecución del enemigo; por lo que me volví para el lugar, teniendo que pasar otra vez por los mismos puntos, llenos de vestigios de desolación y de las consecuencias de la victoria.

A la entrada del lugar encontré a todas las señoras cargando fusiles y cartucheras, para los cuarteles, y a pesar de que continuaba lloviendo, no cesaron en esta penosa ocupación, hasta que tuvieron todas las armas del enemigo dentro del lugar. Los tres sacerdotes que se habían manejado con tanto valor y patriotismo, los hallé también, ejerciendo ya su sagrado ministerio, asistiendo a los heridos, y exhortando a muchos en su última hora. Al volverme al lugar, me ocupe hasta la tarde, en ayudar al Dr. Henao, a aliviar a los heridos. La Providencia nos había favorecido en todo, y concediéndonos un triunfo espléndido contra fuerzas triplicadas y sólo sintiendo la pérdida de dos muertos y ocho heridos, más no sé qué emoción se apoderó de mí ni qué pena embarazó los movimientos de mi corazón, cuando entre estos últimos encontré gravemente herido al distinguido patriota que con tanto valor defendió la causa del orden, al Sr. Escolástico Marulanda. Con lágrimas de compasión y con un sentimiento de profunda tristeza, me acerqué al lecho de su martirio; pero al verme, olvidando sus padecimientos exclamó: ¡gracias a Dios! la victoria es nuestra, y aunque yo muera estoy conforme, sabiendo que el orden legal se ha restablecido. Me dijo: que ni yo ni nadie debía verter lágrimas porque ¿no es justo y natural, decía, que alguno de nosotros contribuya con su vida, para alcanzar una victoria tan completa? Luego me contó que uno de los oficiales de la facción, lo había encontrado herido, y que le preguntó por el estado de las fuerzas del gobierno, a la que le respondió con mucha calma: “hasta ahora no se han presentado sino unos pocos patriotas para oponerse a la entrada del enemigo, todos resueltos

como yo, a morir: pero si fuere necesario existen en el lugar cuatrocientos veteranos que cumplirán su obligación con el mismo denuedo”. ¡Pocos patriotas habrá más entusiastas, y más valientes que este señor, que muere contento por haber contribuido al restablecimiento del orden público. Enseguida me dirigí a la casa del alcalde en donde estaban reunidos en número de quince o diez y seis los oficiales prisioneros, y en este momento llegó mi cuñado Gutiérrez, que me entrego un bando firmado por el jefe supremo y su secretario general, (también prisionero), y la orden del día 4 último, dada por el mismo supremo. En voz alta leí uno y otro documento, y me impuse de las atrocidades que se intentaban cometer contra estos pueblos pronunciados para sostener la dignidad del gobierno: seis horas de saqueo prometía a sus satélites el bárbaro supremo, y entregar a discreción a sus habitantes y bienes, si en alguno de estos puntos sus contrarios disparasen un sólo tiro de fusil. Entonces me sentí conmovida de una fuerte indignación contra el autor de tan infernales órdenes, y contra sus cooperadores. Al ver en mis manos los documentos en que estaban consignados sus negros designios, su rabia y su furor, dije a los prisioneros. ¿Y con tan horrendos designios pensaban Uds. conseguir la victoria? Y Ud. señor secretario del caudillo de la facción, ¿cómo tuvo corazón para autorizar con su firma tantas inhumanidades y tan negros intentos? Sepan Uds. que la Providencia ya no podía consentir que se repitiesen las escenas de Envigado y de otros puntos donde sus iniquidades y escándalos se hicieron notorios, apresurando de este modo el término a su feroz demonio. Uno de los oficiales mostrando una pajuela añadió: “la mayor parte de los oficiales recibimos del jefe supremo una de estas, con orden de incendiar este lugar en el momento que llegásemos”. Solo contesté a éste y a sus miserables colegas, con una mirada de indignación y me retiré. Como a las diez de la noche vino a mi posada el Dr. Henao a decirme: que su hermano Braulio acababa de llegar y que estaba en la plaza, el cual había marchado después de la victoria en persecución del supremo, hasta la mitad de la salida del otro lado del río Poso, que no lo pude alcanzar, porque habiendo encontrado un caballo de refresco, montó en pelo y apresuró su fuga; pero los señores Elías González y Francisco Londoño continuaron la persecución. En el momento que supe la llegada de Braulio, salí a darle los parabienes y como no podía arrimar por hallarse rodeado de todos los voluntarios, mi hermano

Bonifacio me alzó y me acerco; y luego que Braulio me vio, se le arrasaron los ojos de lágrimas, y en elogio mío prorrumpió diciendo: “aunque Ud., mi señora, no quiso obedecer mis órdenes, exponiendo su vida, tanto como cada uno de estos valerosos jóvenes, estos exaltados patriotas, ¡cuánto me alegro volver a ver a Ud. después de una lucha tan desigual! La vi en momentos tan críticos; que me horroricé al pensar que nosotros triunfábamos, pero que Ud. perecería. Debo asegurarla de mis justos sentimientos, y en obsequio de la justicia decir: que a Ud. se debe este triunfo tan completo. ¡Gracias al Ser supremo, que protegía su vida y nuestra victoria!” A esto respondí: este elogio que yo no merezco, me causa una sensación tan viva, que quizá es superior a mis fuerzas; y si yo alcancé a entusiasmar a esos intrépidos patriotas, la mano del Todopoderoso fue la que formo mis más ardientes deseos. Continué después con vivas en honor del valiente Henao, dándole las más expresivas gracias por sus tan bien meditadas disposiciones, y repetí mi reconocimiento a los heroicos patriotas que con tanto valor, habían imitado la intrepidez de Braulio Henao, del Neira Antioqueño.

Inmediatamente después de esto, nos dirigimos a la casa del Sr. cura Mario, donde existía la oficina del Estado Mayor: aquí conseguí un asiento y recado de escribir y despaché varios postas, para mi caro esposo, y para mis padres y hermanos, dándoles parte del triunfo. Luego hice lo mismo en nombre de todos los voluntarios de Sonsón, de muchos de Abejorral, Aguadas, Pacora y la Ceja; pues algunos se hallaban ocupados, otros todavía ausentes, y varios fatigados. A las dos de la mañana, acabé mi comisión, y me dirigí a mi posada a ver a mi hermano, cuya herida le había causado una fuerte calentura, y quien en mi ausencia había sido atendido por la buena Raimunda, que temprano había vuelto al lugar. Fue tan viva y placentera la sensación que me causó el triunfo, que no me ha permitido entregar al sueño, al mismo tiempo que el delirio continuo de mi hermano, me tenía con cuidado; pero actualmente está sosegado y me voy a ver a los heridos.

A las seis de la mañana acompañé al comandante, y a algunos de los voluntarios que llevaban consigo a uno de los oficiales de la facción, para que éste llamase a los de su partido, que probablemente estarían escondidos en los rastrojos inmediatos al camino, y que por temor no se hubieran presentado, y aunque nada resultó de este paso, quedamos persuadidos que no existía ya más

gente en la inmediatez. Al preguntar el comandante al expresado oficial, sobre las disposiciones y opinión del supremo, respecto de mi declaró: que cuando Vezga supo con seguridad que yo me hallaba entre los defensores del gobierno, se había expresado en Pacora de esta manera: “ella caerá prisionera con los demás en Salamina, y prohíbo que la maten, porque quiero que presencie la muerte de su esposo, que tengo asegurado en Rionegro: la muerte de sus dos hermanos, y el castigo que pienso imponer a su padre y demás familias, prometiendo doscientos pesos al que me la traiga prisionera”. Al oír esto no puede callar; y un poco alterada interrumpí al que refería la sentencia del supremo: ni Ud. ni nadie me hubiera alcanzado viva en un caso de desgracia; (y mostrándole un puñal que tenía bajo de mi blusa, añadí:) no crea Ud. que al presentarme entre los valientes defensores de nuestra justa causa, lo hice sin acordarme de una suerte adversa, y de los negros designios de Uds.; por lo que me parecía tanto más preciso animar a nuestros pocos valientes, cuando me hallaba dispuesta a perecer con ellos, antes de ser víctima de la venganza de la escoria de la sociedad. Reflexioné entonces sobre el estado en que se habrían encontrado estos pueblos, si la facción triunfa en Salamina. ¡Estos cuatro o cinco pueblos, *a la clemencia de esos bárbaros!* Los horrores que los esperaban eran tantos, que se hieló la sangre en mis venas al contemplarlos; y en estos momentos más que nunca, he visto hasta qué grado expuse a mi familia. ¡Cuántas calamidades, cuántos escándalos, cuántas iniquidades, cuántos excesos han evitado los vencedores del día 5 de Mayo!

Entre los prisioneros que el supremo traía hasta Salamina, se hallaban el cura y el alcalde del Pacora, de los cuales el primero que marchaba delante de los facciosos se hallaba más expuesto a perecer por las balas de nuestros voluntarios que le mataron la mula que lo conducía.

Son las once del día, y en este momento acaba de llegar un posta mandado por el señor Elías González diciendo: que ayer a las once de la noche en el puesto llamado las Trojas, acompañado del señor Francisco Londoño había aprendido al supremo Vezga en casa de un labrador (faccioso), y que hoy sería remitido aquí. Es natural que el triunfo sea más completo con este suceso que con gran satisfacción fui a comunicar al comandante Henao.

Uno de los oficiales de la facción le dijo al comandante: que en el pueblo de la Vega de Supía se hallaba un comandante Alzate con doscientos hombres, y que

tenía orden de avanzar o apresurar la marcha para auxiliar la fuerza de la facción. A poco supieron los voluntarios esta nueva, y como no había suficiente número de hombres para custodiar a tantos presos, y para combatir con el enemigo en caso que fuesen atacados por esta fuerza, estaban tan exaltados, que a una voz decían: “mueran estos cabecillas que son la causa de los padecimientos de esta provincia, y desembaracémonos de esta carga por este medio. La ley los debe castigar más tarde; pero en nuestra situación es un paso legal, desprendernos de estos malvados, y ponernos en estado de combatir con los facciosos que nos resta destruir, y si cae el supremo como lo creemos, se principiará por él”. El comandante no hizo caso de estas amenazas, que estimaba como un efecto del ánimo exaltado de estos voluntarios.

A las dos de la tarde llegó el supremo custodiado por Antonio María y Francisco Londoño: me hallaba en la entrada del lugar con el comandante Henao, y estando formados en dos filas los vencedores y los demás patriotas que concurrieron, se presentó a las órdenes del comandante, y fue conducido a la casa del cura Marín, donde se alojó. Hasta esta hora estuvieron llegando los voluntarios en varias partidas, ocupadas en perseguir y traer a los derrotados. El número de prisioneros ascendió a diez y nueve oficiales incluso el supremo, ciento treinta de tropa, setenta y tantos muertos en el campo, entre los cuales se encontraron cuatro oficiales, más de sesenta heridos, y se cogieron las armas y pertrechos que los derrotados no pudieron llevar: de lo cual resulta, que apenas la mitad de los quinientos enemigos pudo salvarse, con tres o cuatro oficiales. Por parte del gobierno, los heridos son: los señores Escolástico Marulanda, Manuel y Pascual Botero, el valiente liberto Liborio, un voluntario de Pacora, otro de Salamina, el alférez Oliveros, y mi hermano Isaac. A las ocho de la noche llegó de Pacora el señor Elías González y dijo: que su hermano Eduardo había quedado a disposición del ex-gobernador de la provincia, y que éste había desaparecido precipitadamente a las siete de la noche del día de ayer. El señor González que a este tiempo estaba en el mismo cuarto del ex-gobernador, no se supo oponer a la fuga de éste, porque es muy bondadoso. ¡Qué lástima!

Poco después de la llegada del supremo se levantó un murmullo en los cuarteles de los voluntarios, que con la noticia de que habían llegado doscientos facciosos a la Vega de Supía, querían desembarazarse de los prisioneros; y para

calmar la efervescencia fue preciso que el comandante Henao diera la siguiente orden: “los valientes de mi mando no marcharán conmigo hasta mañana a las ocho del día; pero si en este intervalo somos atacados por alguna fuerza de la facción, considerando los muchos presos que tenemos que custodiar, y que nuestra pequeña fuerza no puede ser dividida; por todas estas razones, los principales cabecillas de los prisioneros serán pasados por las armas. Lo mismo sucederá en caso de que seamos atacados en nuestra marcha de aquí a la capital de la provincia”. Esta orden calmó a nuestros bravos, quienes comunicaron su contenido a los presos, que vieron con poco agrado que se hallaban con gente resuelta a no dejarse burlar.

El capitán Rafael Macías fue encargado de custodia al supremo, y como le mandó poner grillos durante la noche, se asustó el cabecilla, y dijo: ¿mi vida estará expuesta esta noche? A esta pregunta respondió Macías: “aseguro a Ud., que podrá descansar tranquilo, y que nada le sucederá esta noche. Yo carezco de conocimientos; pero como Ud. ha desempeñado varios cargos en esta República, debe conocer sus leyes, y así a ellas sólo debe Ud. temer en adelante, en caso de que crea que las haya infringido”.

Día 7. —Viernes.—A las ocho de la mañana estaba formada la tropa para salir con los presos; cada uno de los oficiales era conducido a caballo, y en medio de dos voluntarios de Sonsón: los soldados prisioneros iban entre los demás voluntarios, y los lanceros marchaban a retaguardia. Las cuatro cajas que tanta impresión me habían hecho antes de ayer cuando tan de cerca tocaban a degüello, sonaban ahora indicando nuestra marcha; volví entonces por un momento a despedirme de los heridos conocidos; y jamás olvidaré el último y tierno adiós que di a don Escolástico... este patriota eminente y valeroso; todos estaban al cuidado de personas sensibles, y de sentimientos tiernos y generosos. El hospital de los prisioneros heridos, fue entregado al mando del capitán de milicias Eusebio Cadavid, quien desde Honda auxilió a la conducción de las armas, así como al ataque del cuartel que los facciosos tenían en éste. El médico del establecimiento de las minas de Marmato debe llegar hoy para aliviar a los heridos, en compañía de varias personas caritativas de este lugar. Me despedí de todas las buenas patriotas, llevando conmigo el recuerdo de tanto entusiasmo por

el orden público, como el que han desplegado los vecinos de este pueblo en estos días de conflicto, y volví a decir un afectuoso adiós, a la valerosa Dolores Macías, recordando con un singular aprecio, su exaltado patriotismo y el esmero con que animó a los valientes que sostuvieron la dignidad de las leyes, y acompañada de mi hermano herido, salí de Salamina.

—Pacora a las cuatro de la tarde. —A las doce del día llegamos al río Posos, en donde entre Isaac y yo, pasamos a la tropa. En la entrada pregunté por el comandante Pineda, me dieron razón de su posada, y al entrar en ella, me recibió con mucho cariño; haciéndome elogios por haber contribuido a un triunfo tan completo. Yo contesté a este valiente y distinguido oficial, dándole los parabienes por haberse escapado del enemigo, y manifestándole el contento que todos los patriotas sentimos, tanto por esto, como por verlo entre nosotros; respecto de mí añadí, sólo he cumplido con el deseo que me animaba, y gracias a Dios que hemos salido bien. Uno por uno, que iba entrando al lugar, venía a saludar al comandante Pineda; y con un placer singular, se abrazaban los distinguidos soldados Pineda y Henao.

Día 8. —Saludo en Aguadas—Acabamos de llegar a ésta en donde fuimos recibidos con demostraciones de júbilo y regocijo considerables. En esta tarde fueron entregados los prisioneros al capitán Clemente Jaramillo y voluntarios de Abejorral, con orden de esperar en aquel punto al comandante Henao, que con los voluntarios de Sonsón haría la vuelta por ésta, a fin de que los de la primera y segunda compañías tuviesen el placer de ver a sus familias antes de marchar con los prisioneros para Medellín. Supimos que el faccioso Isidro Mejía que se hallaba en Positos con los suyos, se había entregado con la sola noticia del triunfo de Salamina.

Día 9. —Domingo en Sonsón—Al romper el día estábamos todos listos para marchar, y con el comandante Henao y los voluntarios seguimos para Sonsón. El tiempo era tan lluvioso como en los días anteriores; y al llegar al río de Arma lo encontramos muy crecido, por lo que fue preciso pasar por tarabita, y como el rejo se rompió con los primeros que pasaron, (sin peligro), me parecía menos arriesgado el puente provisional que se había hecho, y de este modo pasamos todos.

A las cuatro de la tarde estábamos cerca de Sonsón, y a una legua de distancia comenzamos a recibir saluciones y parabienes: más inmediato a la entrada estaban todas las señoras que nos recibieron llenas de alegría, y se colmaron de contento con la vista de los vencedores, a quienes regaban flores en su tránsito; luego vi a mis adorados padres, a mis hermanas, a muchos de mis parientes que con los brazos abiertos me recibieron. Tan extraños como dulces fueron los sentimientos que se apoderaron de mi en aquellos instantes, en que se acercaban a mi corazón los venerables autores de mi existencia, que no es posible explicarlos, y apenas yo que los sentí los puedo comprender; vertí lágrimas de regocijo y de gratitud al Ser supremo por su beneficencia suma, y por la gracia de haber conservado la vida de todos los que se expusieron por la salud de la patria, y esto fue todo lo que contesté a sus caricias. Mi anciano padre lleno de contento, y arrasados sus ojos en lágrimas, en voz baja me dijo: “¡gracias al cielo por el triunfo del gobierno!, ¡tú también hija mía querida, has participado de estos laureles! Tales fueron las escenas que a cada instante se estuvieron repitiendo; y el venerable cura, felicitando a los vencedores de Salamina, añadió: “que el cielo había protegido a estos pueblos, otorgándoles el honor de que por medio de su patriotismo y valor, derrocasen el poder usurpado y consolidasen el orden legal”. Llena de gozo expresé mi gratitud a los valientes patriotas que habían tenido la honra de acompañar hasta el campo de la victoria, congratulándome con ellos de vernos otra vez en el seno de nuestras familias.

Día 10. —Lunes.—Después de haber asistido a una misa solemne y de gracias al Ser supremo, (que fue muy concurrida) recibieron orden las compañías de formarse para continuar la marcha a la capital de la provincia; y a pesar de que la herida de mi hermano era de alguna consideración no quiso quedarse, y yo seguí entonces a su lado, para satisfacer el deseo de encontrar a mi esposo.

Día 11. —En Abejorral.—Ayer a las siete de la noche, llegué a mi posada en este lugar, casa del distinguido patriota P. G. Restrepo, quien igualmente volvió al seno de su familia, y al entrar experimenté una de aquellas gratas emociones que el corazón suele sentir sin saber la causa, y que son un presagio de algún acontecimiento fausto y favorable; mi pensado esposo corrió a mis brazos, y con demostraciones de un afecto el más tierno, me llenó de parabienes y coronó los

goces que el amor a mi patria y a él, me habían hecho experimentar. ¡Gracias al cielo! gracias a Dios, que la provincia de Antioquia ya no más pertenece a esos hijos desnaturalizados, y que el objeto de mi corazón ya no más será ultrajado. Me contó mi esposo que luego que supo la entrada de nuestras armas en Salamina, y el pronunciamiento de Sonsón, se había puesto en camino; pero que a distancia de dos leguas de Rionegro, había sido apresado nuevamente por unos lanceros, quienes por orden de los supremos de este lugar, lo llevaron a la cárcel, en la que a poco rato, estuvo acompañado del Sr. Ignacio Mejía, que igualmente fue reducido a prisión por los facciosos. Conservo en mi pecho, un sentimiento de profundo reconocimiento por el cariño y aprecio con que este digno patriota, trató a mi esposo; y haré iguales recuerdos de las tres personas que le sirvieron en la prisión. Mi esposo me propuso que acompañáramos a los vencedores de Salamina hasta Medellín, y que debíamos hacerlo.

Día 11. —En la Ceja.—A inmediaciones del lugar, fuimos muy bien recibidos mi esposo, mi hermano y yo en la casa del Sr. Vicente Villegas. Sus apreciables suegra y esposa oyeron con placer una breve relación que les hice de la campaña de Salamina, y celebraron sobremanera nuestro triunfo.

Día 12. —Fuimos a la hacienda del excelente patriota Sr. Eduardo González, a quien igualmente que a su familia, felicitamos por el afortunado desenlace de su prisión y sufrimientos. A la llegada a la Ceja encontramos a algunos patriotas de Marinilla, precedidos por el Dr. Giraldo, los que manifestaron el deseo que tenían de que el comandante Henao marchase por ese pueblo, cuyos vecinos se preparaban a felicitarlo como al digno jefe de los valientes de Salamina.

Día 13. —En Marinilla.—Ayer a las cinco de la tarde hemos entrado a este pueblo en todas épocas distinguido por su acrisolado patriotismo. Un concurso, un gentío inmenso nos recibió con un entusiasmo de alegría, que tocaba en el frenesí; por todas partes se oían aclamaciones de contento; se veían arcos triunfales, a diversos trechos; flores y laureles, entapizaban las calles; una música selecta, corroboraba las fuerza de los vencedores; y por do quiera aparecía el bullicio, que causaban los vivas con que la multitud saludaba al valiente Henao. Una espléndida comida fue servida por los primeros vecinos; todas las principales señoras me honraron con sus parabienes, por cuya demostración concibo la

más viva gratitud. A las siete de la mañana continuamos la marcha después de que mi esposo y yo ofrecimos nuestros reconocimientos al distinguido patriota Dr. F. A. Giraldo, quien nos recibió en su casa, con muestras de señalada distinción.

Día 14.—En Medellín.—Ayer a las dos de la tarde recibió el comandante Henao, una comunicación dirigida de este lugar, que decía: “los patriotas de éste, desean manifestar su contento y gratitud, a los vencedores de Salamina, y necesitan de algunas horas más para los preparativos. Por tanto suplican al jefe de los voluntarios, dilate la entrada, hasta mañana a las diez”. En consecuencia de este aviso, se quedaron la tropa y prisioneros en el alto de la bajada del lugar; y yo con los que me acompañaban, continuamos hasta la mitad de la bajada, en donde pasamos la noche en una casa inmediata al camino.

Hoy a las diez de la mañana estábamos reunidos todos, junto con los voluntarios de Marinilla y de Envigado, que habían aumentado nuestra tropa. Desde cerca de media legua de distancia de esta capital encontramos a las personas principales que salieron a recibirnos, y quienes prorrumpieron en diversas congratulaciones a los vencedores en Salamina. Al principiar las calles, un extraordinario concurso de toda clase de gentes, de éste y de otros pueblos inmediatos, nos rodeaba. Los semblantes de los espectadores manifestaban un no sé que de sorprendente, de pasmo y de contento: en la carrera inmediata a la plaza nos saludaban arcos triunfales, con motes análogos al triunfo: en la plaza estaba elevado un trono vestido de púrpura, y con la siguiente inscripción: “en honor de los vencedores en Salamina”; y en contorno encontraba la vista a todas las señoras de la capital, cuyos vestidos blancos y guirnalda de flores presentaban una escena imponente: los balcones estaban llenos de espectadores, y la plaza oprimida con un sin número de concurrentes: la provincia entera parecía que había hecho un esfuerzo extremado para venir a celebrar el día grande de su libertad y de su gloria. Luego que la tropa se hubo formado frente al grupo de aquellas virtuosas damas, se oyó una canción acompañada de una música escogida en honor a los valientes: varios ciudadanos notables formaban la calle, por donde debían pasar los principales jefes de los voluntarios: el valiente Henao con sus camaradas, fue conducido debajo del dosel y sentado en la silla, que su heroísmo, sus virtudes, su ardimiento y su valor, le habían preparado. Una

corona de laureles le fue presentada, la que entregó a sus compañeros de armas, y una arenga pronunciada por una joven, congratuló al héroe de Salamina, y pintó la feliz transformación de la provincia otra vez gozando paz, tranquilidad y orden. El comandante Henao contestó, con su conocida moderación. La lluvia interrumpió este acto de gratitud que tanto honra a los patriotas de Medellín: y en el regreso, en medio de un acompañamiento lucido, al que igualmente concurrieron las Sras., se pronunciaron multitud de discursos por la felicidad de la patria, por la consolidación de la paz y en honor del valiente Henao y de todos sus compañeros que habían contribuido a la libertad de la provincia de Antioquia. Luego me honraron con varios elogios; pero viendo que ya se propasaban, supliqué cesasen en sus peroraciones, y me permitiesen las palabras; y habiéndola conseguido, traté de manifestar mi agradecimiento por los honores que me habían dispensado, lo que hice en los términos siguientes.

“¡Entusiastas compatriotas! El honor de haber visto en Salamina destruida la facción de Antioquia, y alcanzada la libertad de mi esposo, esta gloria me ha indemnizado de todo lo que he sufrido; y la idea de haber contribuido a la libertad de la patria, me causa una sensación que yo no puedo pintar. Os doy las gracias por los honores que me habéis dispensado. Que cesen ya vuestros elogios, no sea que el placer de oír que a mí se debe esta libertad me quite una vida, que las balas supieron respetar. ¡Viva la República y sus leyes! ¡Viva el Presidente! ¡Viva el valiente Henao! sus dignos compañeros! ¡Que viva el patriotismo que el día de hoy se ha desplegado!”

Día 16. —Todos los vencedores de Salamina asistieron a la misa de acción de gracias, que se celebró en la iglesia mayor de Medellín; y el digno sacerdote J. Restrepo Uribe, con su conocida capacidad explicó, “como el dedo de la Providencia había favorecido a unos pocos patriotas, y dirigido sus pasos para librar a esta provincia de tantos males que la esperaban”. ¿Cuál otro hubiera ocupado su lugar con mas fervor, siendo el orador uno de los que en Salamina dio tan evidentes pruebas de su patriotismo y resignación?

Tuve la satisfacción de verme visitada de todas las principales señoras de esta capital; y luego que hube correspondido a sus atenciones, me despedí del señor Marcelino Restrepo y de su amable señora, en cuya casa mi esposo y yo, recibimos las muestras de su conocida liberalidad.

Día 22.—En Sonsón.—Me veo otra vez en el seno de mi familia. ¡Gracias mil y mil veces, al Ser Supremo, que mi quiso proporcionar esta dulce satisfacción, y por haberme favorecido y dignándose otorgarme la honra de haber contribuido de una manera aunque débil, al restablecimiento del orden legal!

Hemos sabido que luego que llegó a Nare la noticia del triunfo de Salamina, se retiró precipitadamente el pirata Raffeti con los buques que tenía en aquel punto; bastantes males ha hecho, y ¡cuántos no tendrán que sufrir todavía los habitantes de todo el Magdalena! Este ha sido el primer resultado del triunfo de Salamina, y ¿los que seguirán? Deben ser muchos, y al menos el valle del Cauca sentirá menos opresión; pues su supremo Córdoba, no cuenta ya con el auxilio que le proporcionara este bien provisto almacén. Me lisonjeo de que la caída del poder usurpado en Antioquia producirá frutos de mucha consideración; y que el cañón que en Salamina se disparó a favor del gobierno, y que allí santificó la constitución y sostuvo su sacrosanta inviolabilidad haciendo morder el polvo a los rebeldes, extenderá sus favorables consecuencias, y dejará oír su estallido en toda la República. Estos son los deseos de mi alma, y estos los votos que hace mi corazón por la salud pública.

Al concluir este diario, yo felicito a los buenos patriotas por la decisión y entusiasmo con que abrazaron la más santa de las causas, y por el ardor con que tomaron por enseña la defensa de los derechos del pueblo. Yo me congratulo con ellos, y ¡quieran los de ideas adversas estar convencidos, que sólo el que trabaja por el bien general de la patria, debe esperar protección del cielo!

Últimamente, concluiré, llamando la atención de las víctimas de la libertad, de los que derramaron su sangre en los campos de batalla, en defensa de las leyes, y de los que no omitieron sacrificio alguno, por sostener la inviolabilidad de nuestros pactos públicos, nuestras garantías, nuestros derechos, y la majestad del gobierno nacional, a lo que dice un sabio escritor. “*Tout ce qui est faction s’ enhardit par l’ indulgence, et s’ irrite par la “persecution. C’ est un monster qui mord lorsqu’ on le flatté et qui déchire avec fureur lorsqu’ on l’ attaque; pour le dompter, il faut l’ accabler de fers. Si vous regardez ses ravages d’ un ocil tranquile, ou que vous insultiez a sa fureur par un ris dedaigneux, il prend votre indifference pour faiblesse, et vos mépris pour un outrage. On peut comparer une faction*

*

Diario de los sucesos de la revolución en la provincia de Antioquia en los años de 1840-1841

a un feu devorant qui, ne trouvant point d'obstacle, porte partout le ravage et l'horreur, jusqu'à ce qu'enfin il rencontré la harrière d'un mur impenetrable, contra lequel il s'arrête, et qu'il noircit, ne pouvant le consumer”.

María Martínez

*

Coeditores Colección Bicentenario de Antioquia

ANTIOQUIA
LA MÁS
EDUCADA



GOBERNACIÓN DE ANTIOQUIA



CORPORACIÓN
UNIVERSITARIA
LASALLISTA

Lleva el conocimiento
por siempre



UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

1803

Rectoría



UNIVERSIDAD DE MEDELLIN



UNIVERSIDAD CES

Un Compromiso con la Excelencia



Institución Universitaria



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA
SEDE MEDELLÍN

*Este libro se terminó de imprimir en
Editorial Artes y Letras S.A.S
para el Fondo Editorial Universidad EAFIT,
en el mes de junio de 2012.*

*La carátula se imprimió en propalcote C1S 250 gramos,
las páginas interiores en propal beige 70 gramos.*

Las fuentes tipográficas empleadas son Adobe Caslon Pro Regular, Italic, Semibold.

